

ESTADOS GENERALES DEL SABER

ARCHIVO: HISTORIA e HISTORIA DEL ARTE

22 al 25 de septiembre de 2015



UNIVERSIDAD
NACIONAL DE
SAN MARTÍN

**SECRETARÍA
ACADÉMICA**



Autoridades

Rector: Carlos Ruta

Vicerrector: Daniel Di Gregorio

Jefatura de Gabinete: Hugo Nielson

Secretaría Académica: Silvia Bernatené

Secretaría Administrativa: Esteban Videla

Secretaría de Consejo Superior: Solange Novelle

Secretaría de Extensión Universitaria: Oscar García

Secretaría General: Maximiliano Schwerdtfeger

Secretaría de Gobierno: Héctor Mazzei

Secretaría de Innovación y Transferencia Tecnológica: Diego Hurtado

Secretaría de Investigación: Aníbal Gattone

Secretaría Legal y Técnica: Eduardo Ratti

Secretaría de Planificación: Lucas González

Secretaría de Producción y Vinculación Editorial: Daniela Verón

Secretaría de Rectorado: Geraldina Brid

Secretaría de Relaciones Institucionales: Ana Castellani

Publicaciones de la Secretaría Académica de la UNSAM

Directora: Silvia Bernatené

Editor en jefe y Coordinador académico: Hernán Borisonik

Asistencia editorial: Natalia Fariña

Diseño: Javier Passaglia

Contacto

Ayacucho N° 2197. CP 1650

San Martín, Provincia de Buenos Aires, Argentina

Tel: (54-11) 4580-7258 / (54-11) 4580-7276

E-mail: sga@unsam.edu.ar

Política de acceso y limitación de responsabilidad

La presente publicación provee acceso libre e inmediato a su contenido bajo el principio de hacer disponible gratuitamente sus textos al público, lo cual tiene como fin promover el crecimiento de la lectura y el debate ciudadano.

La UNSAM no se hace responsable de las ideas enunciadas en los diferentes documentos, ni de las opiniones vertidas por quienes participan en su confección. Del mismo modo, es posible que no suscriba al contenido de todos los trabajos publicados. El objetivo es darlos a conocer y fomentar la libre circulación de ideas.

Copyright

Esta publicación y su contenido se brindan bajo una licencia de Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional. Es posible copiar, compartir, comunicar y distribuir públicamente su contenido siempre que se cite a los autores individuales y el nombre de esta publicación, así como la institución editorial. El contenido de esta revista no puede utilizarse con fines comerciales. La licencia completa puede consultarse en: <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>.





Índice

Presentaciones	Pág. 3
Simposio José Gil de Castro: Cultura y representación del antiguo régimen a las repúblicas sudamericanas. Restauo en la investigación de los retratos de José Gil de Castro	Pág. 6
Mesa 1: “Diálogos sobre la historiografía desde el retorno de la democracia”	Pág. 13
Mesa 2: “Historia y tradiciones historiográficas. Formación y profesionalización de los historiadores”	Pág. 53
Mesa 3: “Problemas de investigación histórica: métodos, fuentes y archivos”	Pág. 70
Mesa 4: “Agendas de investigación: historia cultural, historia del derecho, historia y religión, historia política, historia social, historia de la ciencia, historia intelectual. Historia conceptual e interdisciplinariedad. Formación y profesionalización del nivel de grado y el posgrado”	Pág. 84
Inauguración de la exposición La mayor catástrofe de la historia de la humanidad. América Latina y la Primera Guerra Mundial (Ibero Amerikanisches Institut-UNSAM)	Pág. 103



Presentación

Bajo el nombre de *Estados Generales*, el rey Felipe IV de Francia (“el hermoso”) convocó, por primera vez en 1302, a una serie de asambleas extraordinarias con el fin de que los representantes de la nobleza, el clero y el *Tercer Estado* se reunieran y pudiesen discutir acerca de determinados problemas coyunturales. Este tipo de reuniones se repitió unas veinte veces durante tres siglos, hasta que Luis XIII dispuso su clausura. Muchos años más tarde, en los albores de la revolución de Termidor, se volvieron a encontrar en una asamblea de Estados Generales, el rey y los tres estados para debatir la situación (calamitosa) del reino francés.

La enorme diferencia que distinguió a esta última sesión fue la fuerte unión de los representantes del Tercer Estado, quienes juraron dar una nueva constitución a su nación, dando un lugar institucional a nuevas ideas políticas que habrían de dar forma a uno de los hitos fundamentales en la historia occidental. La experiencia de los Estados Generales implicó, por lo tanto, la posibilidad de darle sitio a todas las partes de una comunidad de sentido para que puedan expresarse mutuamente sus perspectivas y preocupaciones.

Una expresión contemporánea de esta experiencia se inició, también en Francia, a principios de la década de 1970. Esta vez los Estados Generales fueron la inspiración de una serie de reflexiones en la universidad, en el área de filosofía. Esta nueva puesta en acto puso el acento en la suspensión temporal de la rutina de la vida académica para permitir que haya una meditación de los saberes con y sobre sí mismos, una especie de meta-reflexión.

Con este espíritu, desde la Secretaría Académica de la UNSAM, surgió la idea de abrir un espacio de reflexividad, diálogo y debate que permita la innovación y la transformación del saber y el quehacer universitario. Independientemente de la inspiración que aporten las experiencias pasadas, nuestro punto de vista es particular y responde a las necesidades y los objetivos específicos que nos plantea nuestra universidad y nuestro tiempo histórico.

Estos Estados Generales del Saber pretenden desarrollarse, de manera sistemática, permanente y conjunta, con la mirada puesta en una serie de cuestiones de singular importancia para el presente de la universidad, en tanto que institución académica, pero también social, cultural y política, conformando un yo colectivo que reflexione sobre sus propias ideas y prácticas.

¿Por qué “archivos”?

Archivo es el término que fue utilizado por Michel Foucault en *La arqueología del saber* para designar al conjunto de elementos proporcionados por una cultura durante un determinado período. A través de ellos, se puede observar sobre qué principios una sociedad construye sus valores y saberes. De ese modo, el archivo es la fuente material y conceptual que permite comprender la lógica de las modalidades discursivas y las verdades históricas que dan forma a una comunidad de sentido. En palabras del propio Foucault, “en lugar de ver alinearse, sobre el gran libro mítico de la historia, palabras que traducen en caracteres visibles pensamientos constituidos antes y en otra parte, se tiene, en el espesor de las prácticas discursivas, sistemas que instauran los enunciados



como acontecimientos (con sus condiciones y su dominio de aparición) y cosas (comportando su posibilidad y su campo de utilización). Son todos esos sistemas de enunciados (acontecimientos por una parte, y cosas por otra) los que propongo llamar archivo”.

El archivo no es una memoria que pretende conservar la identidad de una cultura. Tampoco es el resultado de una voluntad de preservación. Al contrario, “es el sistema general de la formación y de la transformación de los enunciados”, es decir, es la muestra de que las prácticas sociales no responden a un desarrollo armónico y lineal. Por eso, el archivo se encuentra a mitad de camino entre la tradición y el olvido, como posibilidad de comprender una constelación conceptual situada histórica y geográficamente, garantizando la subsistencia y la continua metamorfosis de un campo discursivo.

Por otra parte, los archivos nunca pueden dar cuenta de todo, sino que presentan parcialidades, áreas específicas, zonas e intensidades en las que algún sistema enunciativo funciona. Por eso, pensamos que esta categoría se aplica con justicia al temperamento de los volúmenes que aquí presentamos. Estos textos no han sido mentados como meras “memorias” o registros de lo que alguna vez han dicho miembros de la comunidad de un área del saber, sino como pista de las intuiciones y realidades que atravesamos en este momento concreto, en continuidad y ruptura con tiempos pasados y con la mirada puesta en el mejoramiento de la calidad educativa y social de la función de la universidad en la vida comunal. En este sentido, la conformación de archivos de los Estados Generales del Saber sobre las distintas áreas del conocimiento en las que la UNSAM desarrolla su actividad aspira a dar cuenta de los procesos de reflexividad de todos sus integrantes comprometidos con el saber. Esperamos que sean, por lo antedicho, una herramienta que aporte a la construcción de nuevos horizontes.



Estados Generales del Saber: Historia e Historia del Arte

La conceptualización de la historia ha pasado por muy diversos momentos, desde la *ιστορία*, comprendida por los griegos como “investigación”, hasta las discusiones más actuales sobre historiografía, pasando por ideas, técnicas y metodologías. La Historia humana (como camino, no como disciplina) se supone que comienza con la escritura (lo anterior es prehistoria), así como del mismo modo la Historia del arte se retrotrae generalmente hasta las cuevas de Altamira. Apelando, por ejemplo, a Reinhart Koselleck (en su ya célebre *Futuro pasado*) se puede observar con claridad el carácter político que las ideas de historia han tenido siempre. Si se concibe a la historia como ciencia, si se la coloca cerca de la religión, si es obligada a darnos las lecciones que hace falta aprender del pasado, o si debe explicar el presente o predecir el futuro, invariablemente se la está mentando desde una perspectiva que considera al dato y su análisis desde un sitio particular mirando hacia el “progreso”, el “devenir”, la “suma de acciones sin sentido predeterminado” o el “destino”. En otras palabras, son siempre relatos acerca de la memoria de la humanidad como algo siempre en construcción, son formas de concebirnos a nosotros mismos.

La UNSAM tiene una larga historia con la Historia, que recorre diversas unidades académicas y ámbitos de la universidad (como el IDAES, la Escuela de Humanidades, la Escuela de Política y Gobierno, el Instituto de Investigaciones sobre el Patrimonio Cultural, Lectura Mundi y el Observatorio de Educación Superior y Políticas Universitarias) y la posibilidad de formar alumnos desde la licenciatura hasta el doctorado (pasando por la Maestría en Historia conceptual), presentando una oferta amplia y pluralista. Asimismo, se encuentra el Núcleo de Historia del Arte y Cultura Visual y la Maestría en Historia del Arte Argentino y Latinoamericano que ofrecen una importante serie de herramientas críticas para quienes se interesan en la profundización de esta disciplina.

Como es ya nuestra costumbre, la organización de los Estados Generales del Saber en Historia e Historia del Arte tiene la intención de ser un espacio de reflexión sobre estas materias, haciendo foco en los sucesos ocurridos en las últimas décadas en la Argentina, así como en las tradiciones y las agendas de aquí en adelante. También han sido analizados críticamente los modelos y métodos utilizados en el presente, la formación y profesionalización de quienes se dedican a la Historia y la Historia del Arte en el ámbito académico, así como los vasos comunicantes con las humanidades, las ciencias sociales y la docencia.

Por otra parte, en este encuentro, contamos con la presentación del Simposio José Gil de Castro y de la muestra fotográfica “La mayor catástrofe de la historia de la humanidad. América Latina y la Primera Guerra mundial” (organizada en conjunto con el Ibero Amerikanisches Institut).

Como continuamente lo expresamos desde la Secretaría Académica, la intención de estas reuniones es abrir y fomentar el debate, desde la libertad y la amplitud que la UNSAM ha sabido siempre impulsar y contener. El resultado está a la vista y, como en la historia, se encuentra abierto para seguir siendo escrito.



Simposio José Gil de Castro

Cultura y representación del antiguo régimen a las repúblicas sudamericanas

Restauro en la investigación de los retratos de José Gil de Castro

Silvia Bernatené:

–Buenas tardes, gracias por su presencia. Esta actividad, el primer simposio sobre José Gil de Castro que realiza el Instituto, se desarrolla en el marco de las actividades que la universidad viene llevando a cabo. En conjunto, cuatro unidades académicas van a debatir durante algunos días, en nuestros Estados Generales del saber. La universidad ha propuesto, desde el año 2012, a través de la Secretaría Académica, esta modalidad de encuentro, de diálogo entre las disciplinas. Esta es la séptima experiencia donde docentes, investigadores y estudiantes de distintas áreas se reúnen para discutir la producción y la distribución del conocimiento, el formato y las actividades que tienen en cada uno de los campos disciplinares. Es un placer poder contar con tanto público, con tanta actividad que, sin lugar a dudas es el corazón de la propuesta. Eso le decía a Laura. Los estados generales promovidos desde la Secretaría académica, desde el observatorio y el programa de Lectura Mundi, tienen sentido si las unidades académicas, los docentes, los investigadores, los que trabajan día a día, creen que es un espacio posible para que el conocimiento siga tomando la forma que debe tener en una universidad, siempre allí en la frontera. Así que hoy en este primer simposio, miércoles y jueves serán las mesas de debate, y el viernes la fiesta ferroviaria, en la que cerramos la actividad con una propuesta del Instituto. Así que solamente darles la bienvenida, gracias nuevamente.

Laura Malosetti:

–Ahora le voy a dejar la palabra al decano del Instituto de Patrimonio Cultural Tarea de la universidad. Lo que vamos a presentar hoy es una propuesta que hemos hecho para mostrar a la comunidad universitaria un trabajo que se viene desarrollando desde hace varios años entre historiadores, historiadores de arte y conservadores, que va a presentar Roberto Amigo, uno de los que ha liderado el proyecto. Estamos muy felices de poder exhibir el resultado de seis años de trabajo en este tema, gracias.

Néstor Barrio:

Bueno, muchas gracias, gracias por estar. Simplemente anticiparles mínimamente lo que nos proponemos mostrar. Son una serie de cortas presentaciones, donde vamos a entrar un poco, me animo a decir, en la cocina. Es decir, desde la materia hacia el significado. Es un recorrido inverso a lo que estamos acostumbrados a escuchar entre los historiadores. Para nosotros es una gran oportunidad y un honor poder intervenir en estas jornadas. Nuestra contribución es para establecer un dialogo con ustedes



y para sumarnos a estas reflexiones. De todos modos, la presentación formal de este trabajo, y sobre todo el enorme proyecto que venimos transitando con los colegas de Chile y de Perú, lo va a contar ahora Roberto. Él les va a dar a ustedes una reseña, así como la razón de ser de este trabajo, que nos enorgullece enormemente, porque hemos encontrado, junto a los colegas, una enorme cantidad de información a partir de la restauración de los cuadros. Eso es lo que vamos a tratar de mostrarles hoy, y todos deseamos que se pueda hacer una sesión de preguntas y respuestas, que se genere un diálogo fluido, porque eso es lo que al final nos queda como inquietud. Le dejo la palabra a Roberto, gracias.

Roberto Amigo:

–Gracias por la invitación y gracias a ustedes por venir. No es un día para venir hasta estos lugares, pero espero que veamos nuevamente los avances sobre el restauro que es lo principal hoy. El proyecto Gil de Castro fue añorado durante bastante tiempo, hasta que pudimos concretarlo en un trabajo conjunto entre Perú, Chile y Argentina, con la excusa de los bicentenarios, lo que nos permitió por fin conseguir los subsidios y los aportes que requiere un proyecto de este alcance. Creo que es una iniciativa bisagra para el estudio de la historia del arte en la región, por distintos motivos. Es la primera vez que trabajan conjuntamente restauradores e historiadores del arte de tres países. Asimismo, es uno de los primeros proyectos en los que se sostuvieron una serie de seminarios de discusión bastante intensos, con historiadores del arte, pero también con historiadores. Este proceso tuvo como producto final dos exposiciones. Una en Lima, en el Museo de Arte, y la otra en el Museo Nacional de Bellas Artes de Santiago. A futuro se prepara la tercera, con los restauros de la obra del Museo Histórico Nacional en el próximo mes.

Por otra parte se hizo un catálogo razonado, tal vez el primero de un artista del siglo XIX producido en los últimos tiempos, un artista que es un tránsito entre el antiguo régimen y el período republicano. Además se elaboró un libro sobre técnicas, donde escriben conjuntamente historiadores del arte y restauradores, compartiendo hipótesis y discusiones entre los trabajos técnicos y las lecturas iconográficas o de lógicas pictóricas sobre un artista. Ese cruce entre nuestra mirada, que se centra en la superficie de los cuadros, y aquella que se enfoca en lo que rodea al cuadro, lo extra-artístico y los estudios técnicos, ha permitido calibrar una serie de hipótesis en el traspaso del antiguo régimen a las repúblicas, que creo que puede ser un modelo para avanzar en cuestiones comparativas.

Porque estamos hablando de fines del siglo XVIII hacia las últimas actividades de 1830, fines de 1830, lo que permite cruzarse con investigaciones en curso sobre el período republicano. A la vez, trabajar sobre Gil de Castro recuperó ciertas cuestiones algo olvidadas dentro del desarrollo de la historia del arte en el último tiempo, que es el trabajo monográfico sobre un artista, es decir la investigación plena sobre la obra completa de un artista. La historia del arte derivó más hacia cuestiones de gustos o cuestiones sociales, fortuna crítica, recepción, otro tipo de metodologías, y no se había planteado, sobre todo para el siglo XIX, el viejo modelo de un catálogo razonado, la observación en directo todas las obras, los ensayos críticos monográficos y la recuperación de la biografía completa de un artista. Por eso, es un tipo de



recuperación de la vieja disciplina de la historia del arte en sus enfoques tradicionales ¿no? que establecía la relación del conjunto del artista y su obra con el contexto social. A esto se sumó la oportunidad de hacer estudios técnicos de las obras.

A su vez, la posibilidad de trabajar sobre Gil de Castro implicaba volver a desarmar las historiografías nacionales, por eso digo que en algunos casos fue un modelo paradójico. Por un lado recobraba una iconografía muy tradicional, vinculada a cada una de las construcciones y los discursos nacionales tanto de Perú como de Chile, y en menor grado de Argentina, donde se recuperaba únicamente a partir de cierta iconografía de los héroes. Por el otro, el trabajo conjunto desarmaba esas historiografías, formadas a nivel nacional, y volvía a plantear la discusión acerca de la iconografía americana en el tránsito entre el antiguo régimen y el americanismo republicano.

Además, Gil de Castro aportaba otra cuestión muy interesante para las discusiones historiográficas del momento, que podemos ver especialmente en dos aspectos. La primera era su condición, por eso le decían el mulato Gil con posterioridad. No es una cuestión historiográfica, pero era un pardo libre. Tal vez uno de los desafíos de construir la biografía de Gil de Castro, era volver a pensar esa relación entre artesanado de pardos y funcionamientos de las milicias. Era un pardo libre y a su vez era hijo de una esclava, Penas, quien había logrado su libertad poco antes del nacimiento de Gil de Castro. Su hermano fue esclavo durante toda la independencia. Esto trae algunas cuestiones sobre este desplazamiento del artesanado de pardos libres que podía circular desde Lima hasta Santiago. También permite pensar estas cuestiones en el Río de la Plata, donde al artesanado de pardos libres o de pardos vinculados a la pintura lo tenemos algo olvidado. Aunque ha sido muy estudiado para algunos gremios como zapateros o plateros, se estudió poco en el caso de la pintura, y basta recordar a Fermín Gayoso o Gregorio Torres para que debamos volver a pensar esta tradición de pardos libres en la pintura, vinculada a lo gremial o al trabajo artesanal, relacionada con las artes visuales en el siglo XIX, en el Río de la Plata.

El otro punto historiográfico que permitía discutir el proyecto Gil de Castro, era la denominada “militarización”, junto con todos los estudios sobre la militarización que se han dado en la historiografía recientemente. Abordando la participación de estos gremios de artesanos en la constitución de las milicias. En el proyecto que integró la parte chilena, Hugo Contrera presenta un trabajo en el catálogo que es muy clarificador de esta relación entre artesanos, gremios y milicias, y el papel de Gil de Castro en este tramo de redes que a veces olvidamos cuando estamos pensando la pintura temprana del siglo XIX.

El otro aspecto del proyecto fue recuperar los trabajos de Wuffarden y Kusunoki, una tradición de pintura regional con sus propias particularidades, que era lo que podíamos llamar una escuela limeña y su impacto en la región en Santiago de Chile y, por ende, en las formaciones en el Río de la Plata. La idea de una escuela limeña de pintura, con sus propias características, y los estudios técnicos permitieron avalar las hipótesis sobre la formación de Gil de Castro, más cercano a Pedro Díaz. Esta noción de un modelo pictórico propio que se desarrolla en Lima e impacta en otros centros como Santiago, presentada por Wuffarden, considero que va a tener un largo alcance historiográfico para pensar las relaciones de la pintura sudamericana, y que cobra fuerza a partir del papel de Gil de Castro, al igual que otras escuelas



pictóricas, como la cusqueña o la altoperuana, que sí tienen mucho peso historiográfico en nuestras propias reflexiones sobre lo pictórico.

Presentaciones en diapositivas

Instituto de Investigaciones sobre el Patrimonio Cultura – Taller Tarea UNSAM

Fernando Marte y Sergio Medrano. *Aportes de la técnica y el trabajo del taller de Gil de Castro.*

Néstor Barrio. *Nuevas aproximaciones a la técnica y el trabajo del atelier de Gil de Castro.*

Carolina Ossa. *Estudio de La Madre Santísima de la Merced de José Gil de Castro.*

Damasia Gallegos. *Restaurar lo restaurado. Alcances y límites en la intervención de las obras de José Gil de Castro.*

Dolores González. *Gil de Castro, una atribución, dos confirmaciones.*

Alejandra Gómez. *El retrato de Pedro Botet y Gros de José Gil de Castro: una identidad recobrada.*

Mariana Bini y Carolina Vanegas. *Transposiciones de color y de sentidos en el retrato del coronel José María Aguirre.*

Ana Morales. *El retrato de Juan G. Lemos. Posibles aportes a la historia más allá del deterioro.*

Judith Fothy y Luciana Feld. *Detrás del reverso. Propuesta de recuperación de los reversos con inscripciones en algunas pinturas de Gil de Castro.*

Ronda de preguntas

Primera intervención:

–Quisiera preguntarles a todos, o sea a los involucrados, pero también a Laura y a Roberto ¿qué hallazgos o qué revelaciones resultaron a partir de todo, de la investigación material? En relación justamente con la historia, con la idea de revolución de la cultura visual, revelaciones que se hayan suscitado a partir de este trabajo. Creo que es algo que presentaba Roberto cuando hablaba de las líneas abiertas o de nuevas posibilidades.

Segunda intervención:

–En el mismo sentido (la monarquía y las repúblicas y la cuestión del pardo libre) ¿hay algo de la materialidad que revele cuestiones respecto a un personaje que supongo es bastante particular con estas características?



Laura Malosetti:

–San Martín tiene una medalla de paño porque no había sido todavía acuñada, fue hecha inmediatamente bueno, así fue siempre (Risas). Lo que nos hemos preguntado es por el lugar de los retratos, qué usos tuvieron, qué finalidad, para qué fueron pintados. Algunos fueron pintados por ahí por encargo, para celebrar batallas, para hacer un culto del héroe. Otros fueron pintados con fines privados, encargados por oficiales que participaban en las batallas. Esto se discutió mucho en nuestros encuentros, qué función tenían esos retratos, qué papel tuvo la función simbólica de las medallas, el otorgamiento de distinciones. Lo exhibimos acá porque estamos exponiendo los resultados de los estudios técnicos.

Roberto Amigo:

–Una parte está en el catálogo. Hay algunas cosas bastante interesantes, por ejemplo la necesidad de los oficiales del ejército de las Provincias Unidas. Son los primeros que se retratan para enviarlo a familiares, antes del traspaso, antes de ir al Perú. Entonces, ya hay un uso bastante singular de los retratos que se puede asociar a subidas en escalafón. Uno puede ver que la fecha en los retratos coincide con la entrega de una condecoración, la subida de grado o que tuvo una heroicidad en la batalla. Hay un cierto correlato, una relación con el retrato como una adjudicación del valor. Allí hubo un uso más privado digamos, la mayoría deben ser retratos privados. Uno los tiene que ver con la distancia como retratos más de estado, pero no dejan de ser retratos privados, muchos dedicados a familias. Que esa es una tradición que viene de la colonia, retratos con una carga afectiva. Muchos ven las dedicatorias, están dedicadas a la mujer, a los hijos. En muchos casos hay tres copias, por ejemplo el caso que vimos, hay otro que era de la otra rama de la familia. Se hacen retratos para repartir entre los hijos, entonces tienen una carga afectiva. Algunos sujetos empezaron a pelear en 1806 y siguieron peleando, hicieron todo el curso, y vienen de la guerra de Brasil. O sea, gente en tránsito de pelear todo el tiempo, retratos con sus pedidos de envío, eso es como de uso privado.

También es algo muy interesante el tema de los retratos de San Martín, porque no es el director supremo. No podemos hablar de un pasaje directo sino que es el jefe de los ejércitos, es el libertador pero no es el director. Los retratos del director supremo se hacen recién con O' Higgins y son más bien tardíos. Sí hay una retratística de San Martín y hay registros del uso de algunos retratos en las festividades, en los bailes o en las celebraciones de las batallas. No sabemos si esos cuadros fueron los de Gil de Castro, pero es muy probable que los retratos de Gil de Castro de San Martín hayan tenido un uso en fiestas de celebración de combates. También los dos retratos que hace de San Martín para enviar a Mendoza y San Juan, que tienen el famoso "Nada prefirió más que la libertad de su patria", que también se puede vincular con los santos y señas de los ejércitos. El otro, de Mariano Cabello en Lima, en el que retrata a San Martín apenas entra en la ciudad, le encarga el retrato de cuerpo entero de San Martín, el cual sí está hecho sobre el retrato del virrey, dato que se tenía sobre ser libre del retrato de Fernando VII, también apareció, después de la discusión, otro retrato con el legajo militar encima, los uniformes.



Hay un retrato muy lindo que no vimos acá, el de Melián, que está retratado de civil porque está enfermo, entonces le dan la baja. Se lo retrata de civil con el uniforme doblado al lado para que se hagan todas las condecoraciones. Melián le habla a su uniforme en el retrato y le dice que lo volverá a vestir si la patria lo necesita. Entonces hay una relación con el uniforme que se puede ver dentro del contexto revolucionario del proceso de militarización que ya sabemos, que el ejército es el lugar de ascenso social en un lugar de la sociedad. Pero es bastante complejo, porque hay una superposición de cargas simbólicas en las medallas, uniformes, condecoraciones y libertades. También hay casos como el de Bermúdez, que se pasó acá, que se pasa al Ejército Realista en Perú. Tiene toda una inflamación patriótica su retrato, sí, pero en verdad después termina en el Ejército Realista. Por eso es bastante interesante, porque es un retrato que entra en el Museo Histórico Nacional, pero el Museo nunca lo exhibió.

Laura Malosetti:

–Esta idea de que llevamos la revolución vista desde cada soldado, desde cada oficial, no soldado. Las decisiones que toma, en términos de cómo auto-diseñar su uniforme, de qué negociación hacer, con quien lo retrata, qué discusiones. O sea, todo eso hace como una aproximación muy cercana a la naturaleza de esos procesos.

Néstor Barrio:

–Además de ser un cambio de régimen, del antiguo al republicano, también hay un importantísimo cambio en todas las técnicas de la pintura y de los materiales para hacer una pintura. Piensen ustedes que diez años antes ellos tenían que preparar los colores, no había una tienda de pintura donde se compraban colores. No me parece un detalle menor. Es muy importante saber que en la escuela de Lima, en los talleres de Lima, se formaban como artesanos y después del año treinta y pico compraban los colores a los ingleses y a los franceses, es decir que hay un cambio gigantesco. En los últimos retratos de José Olaya, que es famoso en Perú por el Diario popular, está pintado sobre una tela industrial con colores industriales, con preparaciones fabricadas en Francia. Todo lo anterior está hecho a mano, con un tiempo de elaboración enorme. Después de las primeras declaraciones de independencia de los países de Sudamérica, que es en el único lugar donde sí puedo dar fe de que fue invadida, no más o menos invadida si no que fue la llegada de una catarrata de productos franceses e ingleses que estaban prohibidos para la importación. Los artistas pintaban con objetos hechos a mano, la pintura la tenían que moler, las telas las tenían que encontrar vaya a saber dónde. Todo eso, muy poco tiempo después, cambió aún en la pintura de Gil de Castro. Es muy interesante, todo tiene unas relaciones comerciales sobre cómo circulaban estos materiales que no es poca cosa. Este hombre también está justo en ese momento, él cae y no conoció la fotografía por poquito. Así que ese aspecto, ahí nomás estuvo ¿no?



Tercera intervención:

–A Carolina Ossa: ¿cuál cree que es el principal aporte del proyecto de Gil de Castro? ¿Cómo ve usted la interacción de las ciencias históricas con las tareas de conservación que se llevan adelante en la UNSAM?

Carolina Ossa:

–El proyecto Gil de Castro realiza muchos aportes, pero yo diría que el principal es haber reunido a tres países con instituciones muy importantes a trabajar en torno a un solo pintor, así como la investigación de la totalidad de la obra de un mismo pintor. Es un pintor que nos unió como países y como instituciones también.

Respecto del Taller Tarea, lo conozco desde hace bastante tiempo y ellos trabajan muy relacionados (el área científica y el área de análisis) para tomar decisiones en relación a los tratamientos de restauración y conservación. Además, como un área de investigación que sirve como aporte, no solo para ellos, sino que también en Chile, hemos usado información que ellos han generado. Nos ha enriquecido nuestro trabajo como restauradores. Yo veo que tienen excelentes profesionales trabajando ahí.

Roberto Amigo:

–El proyecto Gil de Castro ha permitido trabajar de manera conjunta a investigadores de Chile, Perú y Argentina, no solo para discutir hipótesis sobre la cultura visual y la representación entre el Antiguo Régimen y las repúblicas, sino también con la observación directa de las obras, con un proceso de restauración que ha recuperado gran parte de este patrimonio en los tres países.

Creo que las tareas que se realizan en el taller de restauración de la UNSAM muestran un modelo de discusión y alimentación, junto con las ciencias históricas, que es muy importante. Los trabajos de historiadores, historiadores del arte y restauradores permiten una retroalimentación para dar nuevas hipótesis de lectura desde la materialidad, pero también para aportar a los procesos de restauración desde los conocimientos históricos.



Mesa 1: Diálogos sobre la historiografía desde el retorno de la democracia

Espositores: José Emilio Burucúa (UNSAM), Hilda Sabato (UBA-Conicet).

Coordinación: Laura Malosetti, Juan Suriano.

Silvia Bernaténé:

–Buenos Días, gracias por su presencia. Estamos iniciando los Estados Generales del Saber en Historia. Es una propuesta de trabajo que la Secretaría académica inició en el año 2012. Una proposición de reflexividad sobre la discusión, la conformación de cada campo disciplinar en la que la universidad desarrolla sus actividades de docencia e investigación. Alexandre Roig es quien tiene la palabra autorizada para dar un detalle más acabado respecto de lo que pretendemos que los estados generales dejen en la universidad. Lo primero es la constitución de un cuerpo de docentes e investigadores con capacidad expresiva sustantiva, para pensar las acciones en su campo, de investigación y formación, que son dos tareas importantes, pero sobre todo que tengan la capacidad de pensarse a sí mismos y de discutir cuál es la posición de la UNSAM en cada una de estas disciplinas.

Los efectos de estos Estados Generales han sido muy positivos, no solo por generar un colectivo de discusión y reunión de profesionales, quienes usualmente se encuentran trabajando en distintas posiciones en la universidad, sino porque el producto de este intercambio se constituye en un archivo para delinear las propuestas de trabajo a futuro. Los convoca el presente, la constitución de un colectivo y nos convoca la perspectiva de la disciplina en la universidad. Así que profundamente agradecidos por estar aquí y por haber colaborado en el armado de esta agenda. Mañana tendremos la grata presencia de la profesora Hilda Sabato y el profesor Burucúa, que van a hacer una conferencia. Si ustedes observan, el espacio está puesto como mesa de diálogo, pero necesitamos ampliarlo para que todos nos sentemos a la mesa y podamos tomar la palabra de manera democrática y hacerla circular. Éste es el espíritu de los Estados Generales, queremos que haya debate, discusión, circulación de la palabra. Van a haber moderadores, cuya misión es provocar el diálogo y la discusión entre los asistentes. Seguramente en la tarde haremos otro formato para que todos estemos sentados en torno a esta mesa. Estos micrófonos tienen un sentido, que no es hacer audible nuestro discurso, porque en este espacio podríamos escucharnos a viva voz, sino que todo lo que estamos diciendo se está grabando y va a constituir el texto que luego será distribuido. Bueno, le doy la palabra al decano de acá de Humanidades.

Carlos Greco:

–¿Qué tal? Buen día. Primero quiero agradecerles a todos su participación, para nosotros es un orgullo y un honor tenerlos aquí. Ustedes representan... ¿vieron esa frase que tenemos allí, “la potencia del talento”? Creemos que la universidad se está construyendo y, como toda organización universitaria, se basa en sus personas, por la capacidad que expresan en la creación, transmisión y divulgación del



conocimiento. El desafío que nos planteamos en términos institucionales y, muy particularmente, en las ciencias sociales y humanas es pensar la universidad del siglo XXI. Esto, paradójicamente, requiere hacer historia, pensar el futuro sobre la base del análisis histórico. Ese es un gran desafío considerando que, histórica y culturalmente, el saber estuvo delegado en las universidades, el saber en términos de creación y transmisión. Hoy nosotros lo analizamos, lo pensamos, lo reflexionamos desde hace unos meses, esa cuestión está en tensión, en crisis, la sociedad está cuestionando quiénes eran los dueños del saber. La universidad tiene que asumir el desafío de apropiarse de esa dimensión, de ese atributo. Apropiarse significa ser dueño, conducir, producir, generar reflexión en torno a las disciplinas. Nuestra institución es una institución joven, no tenemos historia, tenemos que construir una historia. Nuestro deber en estos momentos, más que erigir un futuro, es elaborar una historia. El desafío es, concebir en todas las dimensiones de la palabra la construcción de la historia, la disciplina y la elaboración cronológica institucional, histórica de nuestro futuro. Así como ocurrió en otros momentos, por la iniciativa de la secretaria general académica, por eso Silvia lo menciona muy recientemente a Alexandre, porque fue en su gestión que comenzaron estas propuestas.

Los resultados obtenidos hasta ahora fueron muy fructíferos, pero básicamente porque como la filosofía, la historia es un conocimiento que transversaliza. Es una disciplina que atraviesa a otras disciplinas, está presente inclusive en las duras, las que llamamos ciencias duras, porque se hace historia de las ciencias, del conocimiento de la física, de la química. Consecuentemente, eso implica otro desafío en el sentido de la integración y de la diversidad. La integración y la diversidad de distintos actores, sólo se puede probar con el diálogo, con el debate serio, consistente, fuerte, responsable, pero dialogando. Ese es otro reto principal que nosotros proponemos, que dialoguemos constructivamente. Tenemos la expectativa de que estos Estados Generales sean tanto o más fructíferos, sientan todo el apoyo y la disposición de nuestras unidades académicas.

No estamos presentes orgánicamente, estamos presentes para servirlos, para que ustedes se expresen en todas sus dimensiones, no importa donde se refieren orgánicamente. Hoy están perteneciendo a la historia, que es la madre y la génesis de sus vidas, porque finalmente nosotros en nuestras disciplinas de acción y de producción, nos sentimos vivos, porque nuestra vida pasa por el conocimiento. Así que siéntanse cómodos, productivos y todo lo que necesiten, nosotros estamos a disposición para que lo puedan maximizar.

Ariel Wilkis:

–Buen día a todos. Al igual que la Secretaria Académica, quería darles la bienvenida, agradecerles a todos los que participen en esta actividad, que es absolutamente para celebrar por muchos motivos. La primera, porque es la séptima experiencia que se hace en la universidad de los Estados Generales. La segunda es que convoca a cuatro unidades académicas de la universidad: Tarea, Humanidades, Política y Gobierno e IDAES. La tercera, subrayo, para mí la más importante, es que nos estamos dando el tiempo, nosotros como profesores, académicos, investigadores y alumnos de establecer un diálogo, un



intercambio intelectual, dejando de lado nuestros roles institucionales, profesoriales, como investigadores, y encontrándonos durante estos tres días como intelectuales, para discutir aquello que nos produce y nos contiene, que es la historia en este caso, pero la historia como disciplina y también la historia como la historia de la disciplina.

La historia de la disciplina de la historia, que es la parte más importante para sacar a la luz, y que muchas veces dejamos de lado porque estamos insertos en una dinámica permanente de producción de conocimiento, que está pensando las exigencias del momento y nos corre el eje de pensar de una manera reflexiva en qué momento, en qué etapa, en qué corriente intelectual, ideológica, teórica, estamos inmersos. Me parece que eso constituye ahora, estos tres días, en un momento excepcional y único de pensarnos como intelectuales, así como el contexto que nos produce como intelectuales. Además abre, no sólo este espacio a los historiadores que no tienen, disculpen que hablo como sociólogo en este momento, el monopolio para hablar de la historia, sino que es un diálogo de intelectuales en el cual todos podemos participar, hablar con la disciplina. Celebro que tenemos este lugar, que son parte de la universidad y que constituyen este espacio. Cerramos esta presentación y damos pie al inicio de este momento.

Juan Suriano:

–Buenos días. Yo sencillamente quiero recalcar esta idea de que los estados generales representan un debate horizontal, donde se da un encuentro raro, porque no hay ponencias previamente establecidas, todos venimos con lo puesto en realidad, o nuestro capital cultural de años, algunos más, otros menos. Mis palabras tienen que ver con la presentación de uno de los, iba a decir conferencistas pero es invitados, en mi caso quiero presentarles a Hilda Sabato. La idea de armar dos charlas, el resto de la jornada va a ser un debate horizontal, una discusión donde todos vamos a participar, donde no vamos a controlar el uso de la palabra, pero en este caso terminamos armando una disposición tradicional, si se quiere, porque la idea era funcionar todos alrededor de una mesa, pero hubiera sido bastante antipático sentarnos algunos acá y otros allá, por la tarde eso lo vamos a resolver. La cuestión fundamental que quería plantear es que, la idea de las dos charlas introductorias o inaugurales, para decirlo de alguna manera, de esta jornada, tiene que ver con que seguramente van a plantearse una serie de esquemas, ejes, interrogantes que después vamos a retomar en los debates posteriores. En este caso, invitamos a dos referentes de la historia, y de la historia del arte en el caso de Burucúa. Me refiero simplemente, una palabra para Hilda Sabato, quien es además de una amiga y colega de muchos años, una importante referente de la historia argentina, de la historia política incalculable, pero de la historia política en general, libros como *La política en las calles*, como *Buenos Aires en armas: la revolución de 1880*. Hilda ha sido profesora durante muchísimos años, creo que treinta aproximadamente en la Facultad de Filosofía y Letras y ha contribuido a la formación de muchos de los acá presentes y de muchos más. Ha ganado el premio Humboldt de la fundación Humboldt a la investigación científica el año 2012 y ha sido profesora invitada en diversas universidades extranjeras que no viene al caso ahora expresar. Simplemente darle la



palabra y agradecerle muchísimo que esté con nosotros. Una sola cosa más, la idea es que después de la charla de los dos expositores, hagamos una ronda de preguntas, comentarios y que comience el debate.

Hilda Sábato:

–Muchas gracias Juan por la presentación y por la invitación a esta experiencia. No participé en ninguna experiencia similar, así que me pareció muy interesante y me entusiasmé cuando Juan me invitó, con la posibilidad de ser parte de una reflexión colectiva sobre la disciplina, el oficio, las tribus si quieren, en los últimos treinta años, que son de alguna manera los años centrales de mi propia historia como historiadora. Sin embargo, cuando me senté con más calma a pensar cómo voy a introducir esta discusión, el entusiasmo decayó un poco y se convirtió en una especie de auto reproche: ¿Por qué irresponsable omnipotencia había aceptado este desafío casi imposible? Que está en el papelito que circula donde se cuestiona qué pasó con la historiografía desde los años 1980 hasta el presente (risas).

No se necesita ser muy sagaz para darse cuenta que la empresa es absolutamente irrealizable, que el cambio operado en nuestra tribu es inmenso y que, por lo tanto, no tengo forma de abarcarlo con ninguna justicia. Pero era tarde ya ¿no? estaba atrapada, así que traté de recuperar cierta compostura para encontrarle la vuelta, como uno hace en estos casos. Con total conciencia de que más que un estado general, es un estado parcial, muy parcial, resultado de una mirada entre tantas otras posibles sobre lo que nos pasó con la historia en las últimas tres décadas. No voy a elegir un área ni una dimensión del problema para profundizar en ella, sino que voy a intentar por una parte, interrogar la producción historiográfica, a partir de los cambios experimentados en los temas y enfoques predominantes y por otra, las condiciones materiales e institucionales de producción.

Al mismo tiempo, quiero introducir algunas consideraciones sobre las variaciones en el lugar que ocupa el hacer historia en nuestra sociedad. Viendo las caras de los que están acá me doy cuenta, le decía hace un ratito a Gastón, que todo lo que voy a decir ustedes ya lo saben, así que tómenlo como un punto de vista. Es interesante que el punto de partida de esto sean los años 1980, diría, aunque no lo dice la convocatoria, que más precisamente el año 1984. Porque ese año refiere estrictamente al ámbito local, la caída de la dictadura inauguró entonces una nueva era, que en nuestro campo específico produjo un giro, al que yo llamaría copernicano, en las condiciones de producción historiográficas. No se trata de un momento de crisis o de cambio en el campo disciplinar a escala global, que tuvo otros hitos y derroteros, sino de un momento fundacional en términos institucionales y profesionales. Es en ese nivel donde reinaba la devastación, producto de las políticas represivas de desmantelamiento de la universidad y de otras instancias públicas de creación libre de conocimiento. La historia y las ciencias sociales, como también otras áreas de la cultura fueron, como ustedes saben, particularmente afectadas por esas políticas, cuyo objetivo era terminar, con cualquier expresión autónoma de pensamiento, con todos los mecanismos previamente existentes para su promoción y desarrollo, y sobre todo con las figuras que podían ser referentes en ese sentido.



En nuestra disciplina, en las décadas anteriores a la dictadura, se habían generado espacios de renovación, atentos a la historiografía de punta en otras latitudes. Si bien la profesión siguió por muchos años básicamente en manos de las escuelas más tradicionales, las novedades fueron importantes y dejaron una huella decisiva para lo que vino después. Fueron los años de influencia de la Escuela de Annales y de las vertientes marxistas de la historiografía inglesa y francesa, del predominio de la llamada historia social, no como campo específico de indagación, sino como una manera de aproximarse al pasado, y en el acercamiento a las ciencias sociales, especialmente a la sociología y a la economía, que ofrecían a la historia modelos de causalidad fuerte y métodos positivos. Este mundo dio algunos de los textos que luego serían clásicos de nuestra historiografía, producidos por figuras, nombro algunos nomás, como José Luis Romero, Tulio Halperín, Carlos Sempat Assadourian, Ezequiel Gallo, Sergio Bagú, Chiaramonte, etc. Todo esto cayó en los 1970, aunque dejó su marca, tanto entre quienes desde el exilio interno intentaron seguir pensando, como entre quienes tuvieron que partir y cuando pudieron siguieron sus carreras afuera, para luego en algunos casos volver, ya sea poco antes o poco después del final de la dictadura. En ese marco, el 1984 fue un terremoto institucional intelectual, sobre todo en las áreas de humanidades y sociales donde hubo, no en todas partes de manera pareja -qué es en todo el país de manera pareja- un cambio inmediato.

Fue el momento del ingreso a la universidad de quienes habíamos estado al margen durante el periodo anterior, del regreso de muchos exiliados, de la normalización del gobierno universitario, de la reorganización de las carreras, de reformas en los planes de estudios, de renovación del plantel docente, de puesta en marcha de la investigación como eje de la actividad universitaria y de la consiguiente recomposición del CONICET, para dar lugar de manera mucha más amplia a nuestras áreas. Ese fue un momento clave del viraje del CONICET y también de la creación del programa de becas y subsidios a proyectos, como nunca antes se había visto. Ninguno de nosotros, cuando hicimos nuestras carreras, teníamos becas, proyectos ni ninguna de esas cosas, eso era de otro mundo. En fin, fue una etapa de actividad frenética, entusiasta para los que la vivimos, en la que se creía posible crear una línea intelectual profesional a la altura de los críticos. Apostábamos entonces a la democracia y al pluralismo, a la refundación de la universidad pública y al fin de las ortodoxias historiográficas.

A pesar de las restricciones presupuestarias y con una situación económica general muy complicada para la Argentina, el crecimiento del campo académico fue raro. En el caso de la historia, los focos de renovación se multiplicaron en las universidades de todo el país, dando lugar a un movimiento esparcido que, a pesar de unos altibajos temporarios, no ha cesado, no ha parado. Por el contrario, creo que se ha acelerado en los últimos años, ahora más en clave de lo que yo llamaría reproducción normalizada, por usar alguna expresión. En clave de transformación abrupta. Es más normal lo que está pasando ahora. En sus comienzos esa revolución institucional fue también una empresa intelectual. Se trataba de recuperar el tiempo perdido, de introducir los debates historiográficos que solo habían tenido una recepción marginal en la Argentina, de promover la actualización y la transformación del campo, de



impulsar la investigación y la creación del conocimiento según los más novedosos protocolos de la disciplina.

Según cuentan quienes entonces eran estudiantes, yo ya no lo era, después del 1984 todo les resultaban novedoso, los profesores, la bibliografía, los temas, las discusiones. Sin embargo, esto eran novedades, no porque representaban estrictamente lo nuevo en la historiografía, sino porque poco y nada de lo que circulaba en los centros de producción más dinámicos había llegado a la Argentina. Entonces era una reacción, por eso vuelvo al primer punto, estoy hablando de un momento local. Si tuviera que englobar la orientación inicial bajo un título único, diría que fue la historia social, como mencionaba anteriormente, la que proveyó la base sobre la cual se hizo esa renovación de los años 1980.

En principio, podría pensarse que se retomó una historia que había quedado trunca, la de la vanguardia historiográfica de los años 1960, en la que los franceses de Annales y el marxismo cultural inglés, en sus diferentes variantes, fueron bibliografía obligada. Entre los locales, los historiadores formados en torno al grupo social de José Luis Romero constituyeron el punto de partida para la nueva investigación. Tulio Halperín Donghi se convirtió en la figura central de referencia en el caso de la historia argentina, junto con otros que ya mencioné, la mayoría de los cuales continuaban activos y productivos, era gente relativamente joven en ese momento. No se trató, sin embargo, y esto quiero subrayarlo, de un volver a vivir, porque la historia social ya había experimentado importantes cambios con relación a los momentos fundacionales en los años 1950 y 1960. En los años 1970 y primeros 1980 había habido cambios en el mundo de la historia social que también se incorporaron en el escenario local, que pronto cuajarían en un viraje epistemológico decisivo que habría de quebrar a nivel mundial el consenso historiográfico anterior, es decir el consenso que ellos llamarían de los 1960.

En efecto, fue avanzada la década del ochenta cuando ese viraje epistemológico fue reconocido en toda su radicalidad en los centros de la vieja historia social. En una editorial de años 1988, que llevaba el sugerente título ¿Historia y ciencia social es un viraje crítico?, la revista Annales, nada menos, se hacía finalmente eco de una agitación teórica y epistemológica que hacía tiempo sacudía a otros campos del conocimiento y que había llegado a la historia para quedarse. La relación privilegiada que, durante varias décadas, había mantenido la historia con las ciencias sociales, en particular como dije antes con la economía y la sociología, había entrado en crisis. Esa crisis era parte de un cambio más amplio en la manera de concebir y de escribir la historia, había un periodo de controversias, ensayos y de experimentaciones en la disciplina. Esta se fue desgajando del papel central que había ocupado en el pasado, en la forja de identidades y en la legitimación de esas identidades nacionales, pero no solo las nacionales sino también de clase. Así como de su pretensión de explicar el entendimiento. Sus formulaciones totalizadoras se habían sustentado, decía el mismo editorial de Annales, en el consenso implícito y cito “que fundaba la unidad de lo social identificándolo con lo real”. Ese acuerdo estaba quebrado, no solo cayeron los grandes relatos en los que se inscribía la indagación sobre el pasado, sino que se reavivaron discusiones sobre viejos temas pero con nuevas claves. La naturaleza de la producción historiográfica, el estatuto del texto histórico y hasta la posibilidad misma del conocimiento del pasado.



Esto entró en una verdadera revolución que cambió las bases sobre las cuales venía funcionando la historia por bastante tiempo. Estos combates por la historia, de los años 1990, pusieron en cuestión el consenso relativo de las décadas previas. En esas lides, el llamado giro lingüístico planteó desafíos fuertes al postular, en sus versiones más radicales, la intra-discursividad de la historia, que llevó a desarmar nociones tan básicas para nuestro oficio como las de fuente o prueba, qué era la fuente, qué quiere decir probar. No era una discusión nueva, era una discusión vieja pero que se reiteraba bajo nuevas claves y nuevas preguntas. En particular, se minaron algunos, esto sí es importante en relación al tiempo histórico, de los presupuestos centrales de la historia social, de esa historia social que había hegemonizado el campo, como los conceptos de totalidad y determinación social, al cuestionarse cualquier noción de sujeto que implicara unidad, autonomía y acción consciente, se impugnó la idea de actor social, entendida tanto colectiva como individualmente. Así como el concepto de experiencia, en tanto instancia clave de relación entre estructura y conciencia social. Ese concepto de experiencia había sido clave en la historia social. Estas discusiones fueron virulentas en el norte, donde además de la disputa intelectual se jugaba por supuesto algo más, que era la pugna por los recursos institucionales. Las peleas eran sangrientas como se podrán imaginar, pero cuando parecía que quienes desafiaban el statu quo no pararían hasta lograr la hegemonía, *low and behold*, como dicen los ingleses, las aguas se fueron calmando, sin que surgiera una nueva ortodoxia historiográfica.

Los cuestionamientos a la historia de los 1960 tuvieron efectos, sin embargo terminó predominando un consenso algo ecléctico y laxo, que se apoyaba más en la crítica a lo anterior que en un nuevo paradigma interpretativo. Había nuevos paradigmas interpretativos, no es que no los hubiera, pero ninguno de ellos logró realmente imponerse sobre los demás. Esto desembocó en una segmentación de las miradas, en una multiplicidad de lenguajes y estrategias de investigación, en la disolución de las hegemonías interpretativas y en la falta de confianza, esto también lo subrayó, en cualquier interrogación que se pretendiera omnicompreensiva. Toda esta polémica es lo que pasaba en el norte, básicamente en Estados Unidos, Francia, Inglaterra, un poco más tarde Alemania. ¿Cómo llegó esto a la Argentina? Allá se desataron enfrentamientos a veces feroces, entre nosotros, hubo poco o ningún debate en estos términos, tal vez porque aquí no había combate posible en el plano institucional.

A diferencia de lo que ocurrió en otros países, en el nuestro la historia social no había alcanzado el lugar de predominio que tuvo allá, por el contrario había sido de ella, todavía en los 1980, la bandera de renovación frente al anquilosamiento de las instituciones académicas oficiales. Aún más tarde, cuando la renovación se hizo posible, adoptó perfiles que respondían más a los cambios inducidos por la crisis que a la tradición que le había provisto aquellas banderas. Esto es, la historia social, tal y como se empieza a instalar acá como bandera de renovación en los años 1980, ya estaba horadada, ya no es la historia social pura. Así es que, en un texto muy sugerente porque es del año 1990, digo por lo temprano para nuestro campo, Carlos Altamirano señalaba una nueva coyuntura en la práctica historiográfica, sin polos hegemónicos en cuanto a las vías, los instrumentos y los objetos que permiten lecturas de resultados significativos de nuestro pasado. Esto es, en el campo la diversidad si existía en ese momento. Este



campo en expansión en la Argentina no fue centro entonces, de ninguna de las agitaciones que sacudieron a los de otras latitudes, aunque, de alguna manera, procesó sus consecuencias y estuvo marcado -aquí salto de la práctica y de la historiografía al contexto- por el propio pasado local.

Los años de muerte vividos luego de la etapa de ilusiones revolucionarias fueron traumáticos, las certezas anteriores se derrumbaron ¿Cómo creer en la razón en medio de la sinrazón? ¿Cómo confiar en las teleologías que prometían un futuro liberador, en el que muchos de los de mi generación creímos? Desde ese presente, las preguntas de los historiadores perdieron la seguridad que brindaban las teorías y los modelos vigentes hasta hacía muy poco tiempo ¿Hacia dónde y cómo mirar? ¿Qué buscar? Diría que la diversidad de respuestas fue la característica más notoria de esos años.

En este sentido, vuelvo a las condiciones materiales de producción, hay una imbricación absoluta entre qué se hace, y cuáles son los contextos de producción. La multiplicación de ámbitos institucionales de producción y circulación historiográfica favoreció la diversidad, esta pluralidad, si quieren ustedes epistemológica, se favorece con las condiciones materiales. Si bien en el CONICET, el peronismo en el gobierno recurrió a figuras de la vieja guardia, que como Raúl Matera y Bernabé Quartino buscaron reponer personajes y prácticas de la época de la dictadura, hubo en esos años una expansión de las universidades, que habilitó fondos, abrió oportunidades de cargos y proyectos, en un momento en que las grandes universidades, la UBA, Rosario, Córdoba, etc. estaban saturándose. Así, a pesar de los altibajos, en los 1990 se prosiguió el camino de la profesionalización de la historia asociada a la refundación universitaria. En ello militaba buena parte de mi generación, como, voy a citar algunos nombres para que a ustedes les suenen en la cabeza, alguna vez fueron profesores de todos ustedes. Luis Alberto Romero, Enrique Tandeter, Leandro Gutiérrez, Eduardo Domínguez, Susana Bandieri, Gastón Burucúa, Ofelia Pianetto, Marta Bonaudo, Altamirano, Oscar Terán, Mirta Lobato, y unos cuantos más que los voy a citar, pero simplemente para decir a qué me refiero cuando aludo a mi generación, algunos son un poco más jóvenes que yo, otros más viejos. A estos se sumaron pronto jóvenes, gente de la generación siguiente, hubo una continuación, estoy hablando de los 1990, de profesores y reformas de programas iniciadas en la década anterior y nuevas generaciones formadas en información a través de sistemas de becas, entre otros, financiados desde el Estado. Una formación de criterios de calidad compartidos, una proliferación de trabajos que respondían a esos estándares, una multiplicación de revistas y colecciones para la difusión de la investigación. En suma, decía Luis Alberto Romero en 1996, tenemos una profesión y señalaba, sin embargo, que junto con ella había llegado cierto conformismo y una pobreza de debates, por lo que lamentaba la ausencia de una imagen general de la historia argentina, que él intentó plasmar en sus libros generales sobre el país.

En efecto, uno de los rasgos básicos de la producción de esos años, eje en sintonía con las tendencias más generales en la historiografía occidental, no desembocó en la propuesta de interpretaciones omnicomprendidas de nuestra historia ni de claves que permitieran explicarlo todo ¿Qué puede decirse entonces si eso no ofreció horizontes? ¿Qué puede decirse de los resultados en la investigación, a través de tanta producción de libros, artículos, revistas, tesis, ponencias? No voy a resumir acá lo que se hizo en



esos años, no podría, pero sí voy a señalar algunos de los rasgos centrales de esta etapa, agrupados en tres campos. Primero, campos en alza, acá voy a comprimir, no les cuento cómo, dos áreas que habían tenido escasa popularidad en las décadas anteriores y fueron las principales protagonistas del cambio. La historia intelectual y cultural en sus muy diversas variantes y la historia política. Estas ramas, por decirlo así, dejaban de considerarse arcaicas y menores como lo habían sido durante décadas, relegadas en los 1960 a las zonas más tradicionales de la disciplina. En el primer caso, la historia intelectual, la expansión e innovación fueron, a mi manera de ver, impresionantes. Si bien, hubo antecedentes ilustres en el estudio de las ideas y las significaciones, a partir de los 1980 y 1990 hemos visto un refinamiento y una complejización notables, tanto en los objetos de estudio como en las formas de abordaje, ideas sistemáticas, pensamiento no formalizado, cursos de distinta índole, lenguajes políticos, imaginarios, ideologías, visiones del mundo, prácticas culturales. La variedad de interrogantes amplió enormemente los alcances de este campo, cuyos límites fueron y se mantienen difusos y cambiantes. Un capítulo aparte merecería aquí una historia porcentual, que más recientemente, no tanto en esos años, adquirió una relevancia enorme como campo específico pero también como propuesta epistemológica fuerte.

En cuanto a la historia política, se benefició, no solo por la disolución de la hegemonía ejercida por otras ramas, la historia social o por la económica, sino también por la difundida desconfianza en los modelos teleológicos y las explicaciones estructurales. Así como por el interés creciente por la acción humana y la contingencia como direcciones significativas de la interpretación ideológica, que habían sido bastante relegadas en la década inmediatamente anterior. La interrogación sobre el poder se vio estimulada por los problemas del presente, que creo que tuvieron una importancia decisiva a la hora de definir las preguntas de aquí. Es muy fácil asociar las innovaciones de la historia política, no solo en la Argentina, a los debates propios de los noventa, sobre la democracia y sus transiciones en América Latina, en Europa Oriental, la caída del socialismo real, la revalorización de la ciudadanía y de la sociedad civil entre otros temas que eran de actualidad enorme en los debates políticos e ideológicos de ese momento. Sin duda, estos no fueron los únicos campos en expansión, pero sí a mi manera de ver, los más innovadores en esta etapa.

Segundo, en términos generales, en esta y en otras áreas, los esfuerzos de buena parte de los historiadores estuvieron orientados a desmontar las interpretaciones globales teleológicas típicas del periodo anterior. Por lo tanto, se dedicaron más a interpretar fragmentos que a dar cuenta de la totalidad, de ahí la famosa crítica a la historia fragmental, a derribar mitos más que a construir, a formular preguntas sobre el pasado desde el presente, sin pretender encadenar causalmente ambos términos de manera unívoca. Es decir, fueron procesos más bien de desarmado, los historiadores estábamos queriendo desarmar más que armar. Esa vocación cuestionadora llevó a privilegiar ciertos temas y periodos sobre otros, entonces seguimos con el tercer rasgo de estos años.

Gran parte de la renovación pasó por revisar las interpretaciones vigentes sobre la construcción nacional y en ese sentido, el largo siglo XIX, desde el periodo tardío colonial hasta 1930, cobró centralidad en la agenda de los historiadores en diferentes cargos. Se buscaba desmoldar las visiones y los mitos del



pasado argentino, no como lo hace nuestro especialista en mitos, estos eran los historiadores, los mitos históricos, que estaban cristalizados en la historiografía y también en el sentido común. Creo que en los terrenos de la historiografía, no así en el sentido común, los resultados de las investigaciones fueron impactantes. La completa revisión de las ideas sobre el origen de narración de los procesos revolucionarios, la estructura agraria-pampeana, la vida política en los diferentes momentos, las prácticas culturales y sus cambios, poco quedó en pie de la imagen del XIX como un período de transiciones casi lineales de la sociedad, la economía y las instituciones del antiguo régimen a las del moderno Estado Nación, la democracia, el capitalismo. Esa continuidad, esa noción de tránsito quedó impugnada, cuestionada por la historiografía de los años 1990 en la Argentina. Es difícil saber cuánto de esta revisión profunda ha trascendido fuera de nuestros círculos, pero en estos círculos hoy se perfilan impugnaciones a estas operaciones que buscaban horadar los grandes relatos. El panorama de la historiografía no ha permanecido igual a sí mismo.

El nuevo siglo, milenio, trajo novedades en varios planos, no solo en nuestro rincón del mundo, pero voy a empezar por acá y por la situación político institucional de nuestra disciplina. Si se mira en el largo plazo se descubre que, las tendencias en términos de profesionalización y extensión del campo académico muestran una gran continuidad potenciada por la expansión de los recursos. A las pruebas me remito, más carreras, posgrados, becas, subsidio, revistas, publicaciones. Esta situación puede entusiasmarlos, cada vez hay más lugar y plata (¡Aleluya!) para seguir. Pero no siempre más equivale a mejor, y es necesario preguntarse por el sentido de esta inversión, que es una inversión social de la sociedad argentina y nuestra también, por los problemas que ya son evidentes y que entiendo ustedes van a discutir en estas jornadas. Problemas de escalas, criterios de calidad y de valoración, de perfiles profesionales, de relevancia, entre otros. Lo peor que podemos hacer es conformarnos con lo que tenemos, aunque a veces estamos bastante cómodos, así que espero que se discuta a fondo. Esta es la visión de largo plazo, ustedes me dirán que ella privilegia las continuidades y olvida los altibajos y las rupturas.

En este período además, no puede soslayarse, veo varios acá que seguramente pegarían el grito, se señala el quiebre del 2001. En efecto, este es un momento bisagra en muchos sentidos, que no tengo tiempo para analizar aquí, que sobre todo marcó a las generaciones pos-dictadura, para quienes esa experiencia no tenía antecedentes. Se abrió un abismo que iba a poner en tela de juicio tanto el optimismo político de los años 1980, como el distanciamiento desencantado, y para muchos despolitizado de los 1990. Para mí, como supongo que para muchos de mis contemporáneos, la crisis fue vivida como un fracaso de las expectativas políticas abiertas con la caída de la dictadura, en torno a la posibilidad de construir una democracia representativa y pluralista a partir de la instauración del estado de derecho y de la movilización del potencial progresista de esta sociedad, que entendíamos hasta ese momento había estado reprimida. Pero si para los jóvenes fue la peor crisis de sus vidas, que los marcó para siempre, un momento duro que creo que de alguna manera no nos perdonan a los más grandes, de alguna manera



los responsables directa o indirectamente del experimento fallido, para nosotros, para mi generación, fue un nuevo golpe de los tantos que nos tocó vivir y tal vez me atrevería a decir, no nos pegó.

Sin embargo, todos, jóvenes y no tan jóvenes, hubimos de reformar nuestras expectativas, lo que en muchos casos, no en el mío, incluyó un rechazo fuerte a los ideales y los valores con que se habían iniciado esos veinte años de democracia. En ese contexto desesperanzado en que no se vislumbraba otro futuro que no fuera el de la agonía colectiva, la apuesta política del nuevo gobierno peronista elegido en 2003 con Néstor Kirchner a la cabeza, logró recomponer un horizonte de expectativas que inauguró una nueva era, supo capitalizar la desilusión con el pasado inmediato para poner en marcha un proyecto que buscaba distanciarse de los ideales del 1983 y también de las propuestas del propio peronismo en el 1990, mientras que reavivó algunas de las consignas de los años 1970, reinstaló el pasado como terreno de disputas anticipatorias de las del presente, y agitó banderas que, si por un lado, lograron amplias adhesiones, por el otro también despertaron una multiplicidad de rechazos provenientes de diferentes sectores sociales y campos ideológicos.

Más allá de los distintos balances que cada uno de nosotros pueda hacer sobre estos doce años, no creo equivocarme al sostener que el nuevo contexto político ideológico ha tenido incidencia en nuestra forma de hacer historia, y que si bien sería totalmente absurdo buscar determinaciones inmediatas en ese plano, subrayo, no digo que haya una relación directa, es interesante preguntarse por los efectos de este clima de época en nuestras prácticas como historiadores. A ello hay que agregar por cierto, los vientos que llegan de afuera y que contribuyen a modificar el perfil de la disciplina y de la profesión. No voy a especular con cuáles fueron las influencias internas y externas, en cambio quiero preguntarles sobre los cambios historiográficos que yo detecto como más visibles en este momento, desde mi mirada. ¿Cuáles han sido las principales novedades de este periodo en comparación con el anterior? Condensó al máximo en tres rasgos centrales.

Primero, el interés cada vez mayor por un pasado relativamente cercano. Un interés que está vinculado a lo que han llamado los analistas, el recalentamiento del presente, a las incertidumbres y frustraciones generadas por las democracias realmente existentes y a la multiplicación de reclamos por la identidad en el seno de sociedades que no aceptan la reducción a la unidad nacional o cultural. En Argentina, ese interés se manifestó por una preferencia por el siglo XX sobre los anteriores y especialmente por la segunda mitad. No hace falta destacar, bueno es evidente y además lo vemos todos los días, lo atractivo que se hace el tema del peronismo, el histórico, el de la década de 1970, el actual, el de mañana. Está a la orden del día en la agenda historiográfica, todos pero uno mismo. En ese marco, pero con su propia especificidad, quiero destacar el rigor de la historia reciente, cuyos límites son difusos, pero en este caso privilegia los años '60s y '70s y los años de la dictadura con su carga de hechos traumáticos que requieren formas particulares de acercamiento y análisis. Acá tenemos varios representantes de ese campo. En este terreno, la relación con el campo de la memoria es evidente, un campo de moda en el mundo en las últimas épocas, cuya expansión algunos han considerado como casi inflacionaria. Los vínculos entre historia y memoria han dado lugar a reflexiones y debates que son centrales para nuestra



disciplina. No voy a internarme en esa discusión pero hay una extensa bibliografía sobre esto y es un debate que continua.

En muchos de estos casos, las preguntas centrales ya no apuntan, como ocurría en la historia del siglo XIX que mencioné respecto de la década anterior, a realizar y derribar mitos fundacionales, sino a internarse en territorios hasta ahora poco explorados, a partir del aparato crítico y los métodos de la disciplina. En eso la historia reciente es un caso muy evidente. También hay propuestas que se vinculan con la afirmación de identidades, la construcción de memorias colectivas y el reclamo que se hace a la historia de servir para reivindicar el pasado, las luchas de grupos particulares, para legitimarlos en su presente. Esta historia reivindicativa se vincula en un punto particular y no en general, con otros rasgos del momento, que es la expansión de la historia sociocultural y paso a este segundo punto.

La crisis disciplinar, con su cuestionamiento de la historia social tal y como se entendía en los años 1960 y 1970, su impugnación de la historia adoptada de un sujeto central y universal que esa fue una de las críticas grandes, abrió el camino para la multiplicación de los sujetos portadores de distintas historias que merecen ser contadas. Esta apertura desembocó en dos tipos distintos de resultados, a veces superpuestos. Por un lado, la rica exploración de diferentes sujetos colectivos que habían permanecido al margen del interés historiográfico o se encontraban incluidos en las grandes categorías de nación o clase. Por el otro, la búsqueda de una identificación explícita del historiador con el sujeto elegido, que lo lleva a ser parte de la construcción de identidad y, en la mayoría de los casos o en algunos casos por lo menos, a subsumir la función del conocimiento en la de la reivindicación social, política o ideológica. En el primero de esos planos, en el de la proliferación de estudios sobre distintos sujetos, tenemos una variedad de estudios, muchos excelentes, sobre la historia de mujeres, los pueblos llamados originarios, los diferentes sectores sociales, los grupos étnicos y podríamos seguir, que en general incorporan el análisis social de género, cultural y político de maneras muy diversas, para abordar la historia de estos diversos sujetos.

En el segundo plano, el de desmitificación, la apatía por los sujetos en estudio no implica necesariamente un bloqueo de los criterios que presiden la aventura del conocimiento, se puede incluso sostener lo contrario. Pero la identificación *tout court* y el imperativo de reivindicación con frecuencia llevan a obturar la capacidad de interrogar críticamente, decisiva en nuestro juicio. Esta deriva tal vez es impune con otras preocupaciones de los últimos años.

Paso al tercer y último plano, preocupaciones que se pueden entender como una reacción frente a tendencias anteriores y que se expresan, no tanto como enfrentamiento directo, sino más bien como alternativas ahora preferidas para vincularse con el pasado. Algo así como una vuelta a los planteos generales de los que se escapaba la historia pos ochenta, un reclamo contra la fragmentación del saber y la resistencia a las explicaciones abarcativas, que se manifiesta de diversas maneras y se relaciona con una insatisfacción de los historiadores con el lugar que tienen. El hacer historia en las sociedades contemporáneas, desgajada de los imperativos que llevaron a la disciplina a un lugar de prestigio y poder en la era de las naciones, la historia de finales de siglo XX parecía cobrar autonomía como disciplina y



reclamaba el estatuto de un saber desprendido de esos mandatos extraños a sus propios protocolos. Una reacción frente a la funcionalidad de la historia para otro fin. Son esa autonomía y esa ajenidad las que hoy están puestas en cuestión, quizás porque se las asocia con la pérdida de poder y centralidad pública que tiene nuestra disciplina en estos tiempos.

En la Argentina hay reclamos dentro del propio campo por una identificación mayor del historiador con las luchas sociales y los sujetos colectivos de distinta índole, pero también con una participación mayor en la formulación de interpretaciones fuertes del pasado que sirvan para confrontar relatos en el espacio público. De esto hay mucho para hablar. Más allá de nuestras fronteras, por su parte, se hacen visibles otras búsquedas también vinculadas, no somos excepcionales, con el lugar de la historia y del hacer historia. Creo que es posible considerar en ese marco, la gran movida historiográfica de la última década y que se puede pensar la tendencia de la historia global en sus diversas variantes. A pesar de sus diferencias, todas las versiones de la historia global tienen un denominador común que es la crítica a las historias nacionales, las cuales focalizan su mirada dentro de la frontera de cada país, o de otros espacios específicos. Proponen en cambio, los globales, una definición de los marcos y escalas espaciales de indagación, un movimiento que de alguna manera se vincula, con la necesidad de estar a tono con los procesos de globalización realmente existentes, con lo que está pasando y de convertir la historia en un saber útil para estos tiempos.

Entre nosotros en Argentina se discutió muy poco sobre este tema de la historia global, en general la miramos con desconfianza, incluso hay risitas cuando uno habla de historia global, pero me parece que hay que atender ahí, hay que mirar, esto tiene enorme influencia en el mundo y creo que hay que pensar por qué. ¿Por qué surgió? ¿Por qué tiene éxito? ¿Cuáles son sus alcances, sus límites? ¿Adónde apunta? En paralelo con este reclamo, hace poco, esto se divulgó todavía menos en la Argentina, se difundió un segundo clamor. Mientras el primero, el de la global, pone el foco en la escala espacial, el nuevo refiere a la escala temporal y exige volver a los tiempos largos. Hay un texto que se llama *The History Manifesto*, dado a conocer el año pasado, escrito por dos historiadores norteamericanos, que se lamenta por la pérdida del lugar de la historia en las sociedades contemporáneas. Por su ausencia total en la formulación de políticas públicas, no nos prestan atención, ¿no?, y por su incapacidad para incidir sobre los procesos decisorios. Los *decision makers* consultan a los economistas, pero a los historiadores. Acusa también a la disciplina de regodearse con las particularidades y los tiempos cortos, nos dedicamos a cosas de detalle, pavadas y lanza un clamor, un llamado, es muy fuerte el texto, se puede ver en internet, está abierto para todo el mundo, se publicó por Cambridge University Press, pero está abierto, cualquiera que lo quiera leer lo puede hacer. Lanza un llamado a retomar la *longue durée*, así textualmente braudeliana bajo nuevos términos. Esta propuesta circuló rápidamente en el norte y desató una cadena de reacciones, hay varios debates, en *Annales* ahora salió uno, había otro en *American Historical Review*, con enérgicas adhesiones y también críticas. Lo que me interesa destacar es que es sintomático de un malestar, de una insatisfacción frente a los consensos débiles de finales del siglo pasado, del siglo XX, y de las nuevas búsquedas que, a veces me parecen un tanto absurdas, pero que



en ese analizar, discutir, pensar y relacionar con esto que es el lugar que tiene el hacer historia en nuestra sociedad, creo que es lo que está en juego.

Habría mucha más tela para cortar pero, no quiero terminar sin antes hacer referencia a lo que considero un núcleo duro e irrenunciable, que es mi compromiso con la historia, que precede o está más allá si quieren, de los debates más o menos circunstanciales, más o menos sustantivos sobre la profesión, su utilidad en el presente y su funcionalidad frente a cualquier proyecto político o ideológico. Lo voy a hacer a través de la cita de una historiadora muy interesante, medievalista, Gabrielle Spiegel, una cita de 1990: “El núcleo ético del compromiso profesional del historiador ha sido siempre la creencia en que su labor ardua, con frecuencia tediosa, produce cierto conocimiento autentico de lo otro muerto, un conocimiento que se admite, está moldeado por las percepciones del historiador y sus sesgos, pero que mantiene cierto grado de autonomía”. Esta creencia en la irreductible alteridad del pasado –según Spiegel– confía en la historia su función específica que es la de recuperar esa alteridad.” Me identifico con esta cita, indudablemente soy hija de mi tiempo ¿no?

José Emilio Burucúa:

–Un agradecimiento especial tanto a Juan como a Laura por haberme invitado a estar aquí. Justamente hace treinta años tuve que hacer lo mismo, para rearmar el comité internacional de ciencias históricas que se celebró en la ciudad de Paraná. De modo que volví a ese texto y me encontré con que hacer el panorama de estos treinta años era un trabajo muy difícil, pero muy gratificante. Justo pensaba que podríamos salir y tirar algunos fuegos de artificios, pero también hay que adoptar un punto de vista crítico y no conformista ¿no? con lo que ha pasado en estos treinta años.

Me voy a referir exclusivamente a la historia de las artes visuales. Habría mucho para decir en nuestros campos, en la historia de las artes como en el caso del cine, pero simplemente voy a citar a dos autores, Clara Kriger, que ha escrito un libro muy importante sobre el cine y dictadura, y David Oubiña, cuyo libro sobre la juguetería filosófica marca un hito en este campo. También hay para decir de la musicología, pero me voy a centrar en la cuestión de las artes visuales. Voy a seguir un orden bastante tradicional y me voy a referir a algunos libros que considero importantes durante estos treinta años, algunos enfoques, y voy a deducir más bien las miradas y las cuestiones teóricas de este repaso de la producción, reunir un poco las pruebas como hacían los viejos positivistas, para a partir de ahí concluir cuestiones generales.

Debo decir que muchísimas de las cosas que dijo Hilda me eximen de volver e insistir en algunos de esos temas, como la cuestión que ella llamó la inversión copernicana de la historiografía argentina a partir del 84, creo que lo mismo se podría decir de la historia del arte. Recuerdo que, en esa contribución de 1987, hablé de cinco libros, ahora tendría que hablar de cincuenta libros. Eso no lo voy a poder hacer, pero de todas maneras voy a seguir el programa que nos proponían Juan, Laura y toda la gente del IDAES que preparó los Estados Generales. Es decir, hablar de la producción historiográfica, del tema de la profesionalización, de las relaciones entre la historia del arte y la historia, en particular sobre lo que insistía Juan, abordar la historia institucional y las relaciones internacionales.



Empiezo con lo que serían los contenidos de las disciplinas, las nuevas perspectivas que se han ido abriendo en estos treinta años, y sigo entonces, el orden cronológico. Diría que los historiadores del arte hemos insistido bastante en la periodización tradicional, hay especialistas en período prehispánico, en período colonial, los hay del siglo XIX, del siglo XX y cortos, llamémoslos así para seguir a Hobbes, para el caso de la historia del arte. Creo que todavía es más corto, porque se extendería desde la llegada de las vanguardias, a principios del siglo XX hasta los '70s. Después, hay un siglo XX más largo, que incluiría todo lo que podemos llamar el arte contemporáneo hasta llegar a la primera década del siglo XXI. Esa es un poco la matriz que voy a seguir en mi exposición.

Empezando con el horizonte prehispánico, lo que voy a hacer es descubrir dentro de cada uno de estos horizontes las figuras que venían desde antes y que se convierten en una especie de gran maestra del maestro, para estos campos más delineados. En este aspecto el arte prehispánico, hubo un libro –yo me había referido a él en el año 1987– de plena dictadura, de Alberto Rex González, que es una historia general del arte prehispánico en la Argentina y que sigue siendo una obra absolutamente fundamental, porque además tuvo el coraje de sacar el contexto que era una cosa bastante difícil. En este libro de Rex González, se plantea algo que está hoy presente en el horizonte, que es la necesidad de, para enfocar adecuadamente estos temas del arte del mundo prehispánico, es indispensable una perpetua oscilación entre lo que podríamos llamar la antropología, la historia y la estética. No hay posibilidad de decidirse y optar por uno de ellos y el que narra esta historia del arte prehispánico tiene que hacer un movimiento pendular entre estos tres ejes. Esa es la conexión de Rex González y fue la elección que ha asumido para este particular problema de historiar el arte prehispánico la persona de María Alba Bovisio, una discípula indirecta de Rex González a través de Pérez Gollán, quien ha sido importante también, tanto la influencia de Pérez Gollán y de Marta Dujovne que convirtieron este problema también en un problema de transmisión, de comunicación y que se plasmó en el Museo Etnográfico. Es una institución de la facultad de Filosofía y Letras donde se ha producido una renovación muy importante del campo entre el 1985–1986 y el presente.

Si vamos al periodo colonial hay una figura magistral que es la de Héctor Schenone, que siguió produciendo en los años 1980, 1990 hasta principios de los 2000, y que marcó muchísimo el campo, sobre todo hay un desprendimiento de su interés por la iconografía, su gran saber, el campo de la iconografía. Además, el abrió las puertas para que esta iconografía tradicional se dejara insembrar por la teoría de la imagen, de la representación, por ejemplo en los trabajos de Agustina Rodríguez Romero, por el tema del acogimiento, que es un tema complicado, cuál era el acogimiento de la pintura, de las culturas coloniales por parte de quienes eran sus destinatarios, pueblos originarios a convertir. Este problema del acogimiento, donde las fuentes son muy escasas, es el gran tema, era lo que le preocupaba a Schenone, que empieza realmente a probarse que hay posibilidad de dar algunas respuestas en este sentido, por otras vías que no son las de la materialidad.

En este sentido, rescato el gran trabajo de Siracusano sobre *El poder de los colores*, que es bastante reciente, del año 2005, y por la vía de la relación con lo que podríamos llamar la actividad específica del



conocimiento, la relación entre imágenes del arte e imágenes de la ciencia en el periodo colonial, para eso creo que la figura importante es Marta Penhos con su libro *Ver, conocer, dominar* del 2005. Ahora hay una cuestión que, parecía ser muy importante antes de los 70, que es el arte de las misiones, que creo que tiene que seguir siéndolo, donde no ha habido debates sino enfrentamientos encarnizados que no condujeron a nada sobre la religión jesuítico-guaraní y la producción artística. Creo que se abre un horizonte interesante, que viene de un antropólogo que hace antropología histórica, Guillermo Wilde, y que este podría ser el camino, porque ha habido una veintena de discusiones, a veces hasta encendidas en nuestros congresos y que no aclararon nada, no encontraron, francamente, nada más nuevo acerca del arte de las misiones.

Si pasamos al siglo XIX, las novedades son todavía más abarcadoras y revolucionarias en muchos aspectos. Destacaría algo, sobre lo que Hilda llamó la atención, que es el problema de la construcción nacional y nuestros estudios del siglo XIX, del arte de ese siglo, han participado en esta investigación y en estos debates sobre cómo ha sido la construcción nacional, casi en pie de igualdad con la historia intelectual, por ejemplo. Por lo menos, hemos descubierto la dimensión de lo que se producía en pintura y en escultura, fundamentalmente. Era una cuestión política central, tanto en la república anterior a Caseros, como durante la época de la república constitucional. En ese aspecto, creo que todo lo que se ha trabajado sobre el problema de los monumentos, de la construcción de monumentos, y en el tema de cómo se arma la identidad nacional, un poco bajo la inspiración, por supuesto, de los trabajos de Maurice Agulhon o Hobsbawm. Eso ha sido realmente muy importante y ha abierto un horizonte que todavía podemos decir que absorbe equipos y proyectos de investigación muy serios. Se ha formado en ese aspecto, uno de los archivos latinoamericanos más importantes, creado por Teresa Espantoso Rodríguez, en el ámbito del Instituto de Historia del Arte "Julio Payró" de la Facultad de Filosofía y Letras, que es un archivo consultado por colegas de todo el mundo y hay muchos trabajos a partir de esto.

Donde creo que más ha fertilizado esta cuestión y donde mejores productos ha dado es en Cuyo. Al respecto son muy importantes los trabajos que ha hecho Patricia Favre sobre esta monumentolatría o monumentomanía de finales del XIX y principios del XX relacionadas, por supuesto, con la figura de San Martín y el Ejército de los Andes. Sigue siendo algo que todavía presenta temas importantísimos y que tienen una articulación muy grande con el debate político del presente, recordarán ustedes todo lo que ha sucedido alrededor del monumento de Cristóbal Colón. En este aspecto, la primera parte del siglo también ha abierto ahí la posibilidad de perspectivas de contenidos, de temas y enfoques muy nuevos para los estudios sobre el arte efímero, la historia social y estética de la fiesta de la primera mitad del siglo XIX. Una perspectiva que ya había abierto acá Noemí Goldman, pero que desde el punto de vista de la historia del arte ha sido hondado por María Lía Munilla Lacasa, y también por un historiador antropólogo, como es Pablo Ortemberg, que ha llevado esta cuestión hasta el análisis del arte efímero en el paso del antiguo régimen a la república en Perú, o como trabajos que está haciendo en este momento Carolina Banegas sobre algo parecido, respecto de los monumentos colombianos, pero la destaco porque es algo que está haciendo desde acá y en esta constelación.



Cuando ingresamos al tema de los artistas y la producción de la generación del 1880, la renovación se completa. En este aspecto, me parece que ha sido muy importante la obra de Grimberg, que es la que ha iluminado estos abordajes, sobre todo la idea de energía social y negociaciones culturales. Creo que Laura Malosetti ha demostrado en su libro *Los primeros modernos* hasta qué punto el tema del arte, las instituciones que crean, las artísticas que crean a los pintores, los escultores de la generación del 1880, es fundamental en este proceso de invención de la nación moderna. Este libro tiene una gran virtud, que es la de volver, ahora que formaban parte de un imaginario sobre el que los conocimientos se creían agotados, este libro demuestra que no, para nada. Sobre todo si se lo enmarca en este problema, en esta cuestión de cómo se inventó la nación moderna. También diría que, para el estudio de esta época ha sido fundamental la idea de las categorías del campo, creadas por la sociología de Bourdieu, del campo artístico, que sigue siendo una herramienta fundamental a la hora de tratar de entender estos procesos. Gracias a esta aplicación de la teoría del campo, aparecen nuevos actores del horizonte artístico como los coleccionistas, trabajos de Marisa Baldassarre, o las instituciones, la Asociación Estímulo, la academia, los salones nacionales. Ha sido un enfoque muy interesante el de María José Herrera en un libro reciente *Pintura argentina*, donde hemos visto cómo se entrelaza el tema concreto de producción de obra, podríamos decir de la generación de vidas artísticas, con esta cuestión desentendida desde hace unos diez años de las instituciones artísticas.

El concepto, la categoría de campo, también ha producido cosas notables fuera de lo que podríamos llamar el circuito más inmediato del arte producido en Buenos Aires de 1920, en este marco los estudios de los monumentos, de la historia de los monumentos en Córdoba en la que esta indagación sobre el campo artístico, que es el campo cordobés, se ha demostrado mucho más denso de lo que podíamos imaginar. Señalo dos trabajos en ese sentido, la historia que Tomás Bondone ha hecho sobre Emilio Caraffa y el panorama que nos ha presentado Nusenovich en un libro muy bello, editado este año, que se llama *Arte y experiencia en Córdoba en la segunda mitad del siglo XIX*, donde incluso estos campos a la Bourdieu, no dejan de conectarse de una u otra forma con el viejo criterio biográfico, de la vida de artistas que nunca pierde vigencia.

Basta que examinemos cuáles son los programas de exposiciones de los grandes museos en la Argentina o en el mundo y veremos que el criterio de tratar de comprender la obra de un artista a partir de su psicología, de su experiencia, de su contexto, sigue siendo un enfoque importante, fundamental. Aquí ha aparecido algo nuevo, prácticamente nuevo, que son los estudios de historia de la fotografía, donde también hay una figura consular, a la manera de Schenone o de Rex González, que es la de Luis Priamo. Los trabajos de éste, cultura histórica de Luis Priamo en esta materia, creo que han hecho posible que se estén, sobre todo en la última década, despuntando muchísimos proyectos relacionados con la historia de los retratos y la fotografía del paisaje. Sobre esto que podríamos llamar, porque nos lleva a otra cuestión que son las imágenes por fuera del campo artístico, "campo de lo visual". Aquí hay una figura fundamental, que es la de Sandra Szir, cuyos estudios de revistas infantiles y la historia de *Caras y caretas* trajeron esta nueva manera de encarar los materiales visuales. Son los denominados estudios



visuales, donde ha demostrado hasta qué punto hay una relación con la historia del arte, pero muy crítica, tensa desde el punto de vista de la metodología, pero a la que tenemos que prestar atención los que seguimos apegados a un criterio histórico y que introduce lo que podemos llamar las imágenes de la publicidad, estas imágenes que aparecen en estos vectores de la cultura popular, como pueden ser las revistas infantiles.

Algo que surge de esta discusión y me parece muy importante es que, si bien pareciera que en Argentina como centro de gravedad de la cultura, lo literario tenía mucho más importancia que lo que surge de las artes visuales, lo que Sandra ha demostrado es que quizás, si nos restringimos al arte, sea verdad. Pero no si ampliamos el espectro a este tipo de rodajes, que es el de los estudios visuales. Ahí aparece que lo visual, en este sentido lato, quizás tenga hasta la misma fuerza de gravitación de las letras en la constitución de algo así como un imaginario colectivo. Llamo la atención sobre esto porque me parece que es algo que no sospechábamos que pudiera ocurrir allá hacia fines de los ochenta, cuando empezaba la consolidación de las disciplinas.

Sobre el siglo XX corto, es decir, el debate de 1920–1970, otra vez está la fertilidad de la sociología de Bourdieu, para pensar una historia social del arte en estos términos, del campo, y ha sido en este aspecto muy importante el trabajo de Diana Wechsler, que con este enfoque vuelve a grandes figuras del arte nacional, como puede ser la de Spilimbergo o la de Berni, y realmente aparece una nueva mirada. No solo una nueva mirada, sino también la puesta en valor y el redescubrimiento de producciones de estos artistas, como por ejemplo, la producción del grabado, no voy a referirme a enfoques muy nuevos sobre el tema del grabado, porque tendrían que ver con estos estudios visuales que acabo de señalar. Por ejemplo, Diana no solo nos da una nueva mirada sobre Spilimbergo, sino que redescubre una de sus producciones, asombrosa, extraordinaria, que es la serie de grabados La vida de Emma. Diana Wechsler demuestra hasta qué punto La vida de Emma está en el corazón de una de las mayores experiencias estéticas que más ha marcado los imaginarios de mi generación, que es toda la historia de Ramona Montiel y de Juanito Laguna. Acá hay una derivación de eso que Berni hace suyo a partir de Spilimbergo. Así como monumentos en Cuyo, cuestión del campo en el siglo XIX, la dialéctica entre artistas e instituciones en Córdoba son muy fuertes. Eso nos pedía Puán, que prestáramos atención a qué pasa en la disciplina en otros lugares más allá de la patria chica, que siempre es Buenos Aires. Creo que Rosario nos ha dado algunos trabajos fundamentales sobre Berni en 1930 o Juan Perela, este investigador que es Guillermo Fantoni, que ha mostrado cosas que realmente no conocíamos. Para este siglo XX corto, también la indagación sobre instituciones es un hecho muy importante, el papel que ha tenido el salón nacional. Me acuerdo que en mi juventud, cuando estudié historia del arte, hablar del salón nacional era más o menos una mala palabra. Claro, uno pensaba, estaba con las trompetas de la vanguardia, acá había toda una producción que no tenía ningún interés. Precisamente esta vuelta al tema de las instituciones y el campo artístico ha demostrado el peso que tenía el salón nacional y como todos los grandes artistas de la vanguardia también mandaban su obra para obtener la validación del salón nacional. Esto había que reinterpretarlo, había que encontrar el sentido que tenía este gesto de los



artistas. Esto tenía un paralelo, por supuesto, con toda la renovación que había en Francia, más que nada respecto al temas del siglo XIX, y la demostración palmaria que se hizo de cómo, una personalidad tan revolucionaria como Manet, constantemente hacía sus envíos y ganaba premios de cierta categoría, en el denostado salón de París. Pero sí, francamente esta era casi una mala palabra hasta finales de los 1970. El primer aldabonazo en este aspecto, lo dio un historiador del arte italiano, interesante, muy poco conocido, apenas traducido, que es Carlo del Bravo. Fue la persona que hizo mirar el arte del ottocento italiano que se consideraba un epígono del arte francés, en el mejor de los casos, de una manera diferente. Esto es interesante porque Carlo del Bravo fue discípulo directo de Roberto Longui, quien había hecho un relato del arte italiano que era vigoroso y lleno de admiración por la vanguardia. Lo que Longui habría querido demostrar, creo que lo logró a lo largo de toda su vida, era hasta qué punto, Caravaggio por ejemplo, había sido un factor fundamental en la propia revolución del arte moderno y la dialéctica de la vanguardia a partir de Manet. Entonces, fijense la validación era ver a Caravaggio como el núcleo de Manet y después se seguía a la vanguardia. Lo que hizo del Bravo fue analizar el ottocento italiano, esta perspectiva nueva, distinta, a la que la historiografía del arte argentino le debe muchísimo.

Ahora entro en otro tema, el del arte y la política, que para el siglo XX corto ha sido un horizonte fundamental. Acá tenemos que agradecer a dos figuras que han debatido mucho, que no sé si se querrán mucho, pero han discutido con mucha altura. Por un lado Ana Longoni, con los trabajos que ha hecho en el marco del CeDInCi, de recuperación de la importancia que tuvo Tucumán Arde, o de figuras como la de Jacoby. Por el otro lado Andrea Giunta, quien ha hablado del proceso de internalización a fines de los '70s. El proceso de debate ha sido de gran altura, no ha dejado los aspectos de la militancia de lado, pero creo que el tenor que ha tenido, se ha discutido mucho la centralidad y la gravitación que el vínculo arte-política tuvo en la producción estética de esas décadas. Aquí es donde está la discusión, Ana Longoni piensa que eso fue el centro de gravedad del campo, Andrea Giunta piensa que no, que era más bien el impulso hacia la internacionalización. Pero la calidad de ese debate, con toda la carga militante que ha tenido, nos ha salvado a la historiografía artística de la caída en ciertos ideologismos francamente empobrecedores, no existe ese debate así. Puedo decir que hasta me complace que así sea, que lo que en otras disciplinas sociales aparece como un debate impregnado de ideologismos, no de ideología, de ideologismos, en la historia del arte no se va a dar. Eso nunca deberíamos dejar de agradecerse a estas dos figuras y a lo que hay alrededor de estas figuras, es decir el CeDInCi como institución y los equipos de investigación que ha formado Andrea Giunta para estudiar esta época.

Vamos a otro tema fundamental, que son los fenómenos de internalización, donde se ve un nuevo aspecto del arte argentino, es decir, que habíamos tenido una visión un poco provinciana. Como que acá se dirimían grandes cuestiones, que era así, pero en la medida en que estaba articulada con otros grandes debates estéticos, en los que participaban los artistas argentinos y latinoamericanos con una fuerza, una intensidad, una presencia que nosotros desconocíamos. No sabíamos muy bien cuál había sido el papel de los artistas argentinos y brasileños por ejemplo, en toda la discusión de las vanguardias en París, en la década de 1920. No sabíamos y había sido importantísimo. Ya antes, con la presencia de



Ribera, por ejemplo, en el movimiento cubista antes de 1914. Entonces, me parece que esta cuestión de la internacionalización, en la Argentina, México, la presencia en España, son cosas que ha estudiado también Diana Wechsler, Raúl Antelo para el caso brasileño, y por supuesto, Andrea Giunta para esa gran internacionalización que ocurrió en los '70s. Creo que la influencia ha venido de otro campo, que es el de los estudios literarios. Cuando uno analiza que es lo que está en el fondo de este horizonte, aparece el libro de Beatriz Sarlo sobre la modernidad periférica. Ella cumple, cumplía con la fotografía como Schenone en la iconografía colonial, aunque es una persona bastante más joven que otros grandes maestros del pasado.

Respecto de este tema de los campos y los nuevos enfoques de las vidas, hay una cantidad de géneros artísticos que han sido revisitados para lo que se refiere a este siglo XX corto, como decía, argentinos en París. Esto remite a discutir ciertas tesis generales que casi tienen el valor de una verdad aceptada, por ejemplo, la importancia que sigue teniendo la escuela francesa, toda la actividad parisina radical, París sigue siendo el gran foco, el lugar. Estos son los estudios que ha hecho Isabel Plante, que enfrentan muy bien, con muchos argumentos a la tesis de que París ha sido desplazada y reemplazada por New York a partir del fin de la Segunda Guerra Mundial. No vamos a discutir el tema, pero Isabel Plante ha demostrado que las cosas en la Argentina y en Brasil fueron diferentes, y no deja de ser importante. Pienso también en todo lo que ha estudiado María García sobre los concretos en Argentina y Brasil, que tiene que ver con este tema de la internacionalización. Un trabajo muy importante, que realza o que revisita un género artístico y que también se vincula con los estudios visuales, más que con una historia del arte tradicional, es el abordaje que Silvia Dolinko ha hecho del grabado, como lo que ella llama muy bien, un arte plural. Lo ha hecho a partir de un artista como Berni, de su acción en la Bienal de Venecia, pero lo ha ampliado a toda la circulación y movimiento de estas imágenes, que tienen un alcance mayor que la pintura en el grabado, todas las formas y materialidades que usa el grabado a partir de fines de los 1950. En este punto aparece también una cuestión nueva, donde ha sido muy importante la participación de los historiadores tout court, que es el mundo de la caricatura, que también es una novedad. Había visto un libro muy famoso de la Serie del Siglo y Medio, sobre el uso político de la caricatura a fines del siglo XIX, pero realmente creo que este es un horizonte muy nuevo, que se inicia con los trabajos de Marcela Gené sobre la caricatura en el primer peronismo. Considero que es una piedra bien mirada. Continúa, ejemplo, con los trabajos de José Zanca sobre el Irigoyenismo, Florencia Levín, Mara Burkart sobre el humor gráfico en tiempos de la dictadura, donde realmente la historia del arte se conecta. O más bien, son la sociología y la historia que se acercan al campo de la historia del arte. Este diría que es uno de los puntos que le interesaban a Juan, quizás la conclusión podría ser que los historiadores se ocupan de temas artísticos cuando se trata de la caricatura, del humor.

Con respecto del arte contemporáneo, desde los '70s hasta hoy, la herramienta fundamental sigue siendo la del campo de Bourdieu, pero aparece otro tema importantísimo que es el de la dialéctica de historia y crítica, producción artística y mercado, acción pública y política. Por primera vez aparece el problema del mercado como un tópico para que los historiadores del arte indagemos y reflexionemos. El

coleccionismo descubrió, Marisa Baldasarre, que era una cuestión importante para principios del siglo XX. El trabajo de Serviddio sobre arte y crítica latinoamericana en la década de 1970 y el de Viviana Usubiaga sobre las imágenes inestables en los '80s, considero que también son piezas muy importantes de investigación en las que aparece esta cuestión de la crítica y del mercado. Debo decir en este aspecto que, en mi contribución del año 1987, castigaba mucho a la crítica, era francamente mala. Hoy no puedo decir lo mismo, hay cosas muy buenas en la crítica. Existen críticos importantes, todo empieza un poco con Briante, Página12, pero se ha prolongado. Muchos colegas, que han salido de la carrera de historia de las artes, se dedican a la crítica con un nuevo enfoque, no es el "me gusta - no me gusta" como era en los '80s, sino que hay una fundamentación sociológica e histórica de peso. Pienso también en Julio Sánchez, Elba Pérez o Ana María Battistozzi, tendría muchísimos nombres para traer a colación, pero creo que la crítica es mucha más robusta hoy y precisamente por un tema al que enseguida llego, que es el de la profesionalización en nuestro campo.

Ahora, después de todo este panorama ¿cuáles son las discusiones? Todos debaten todo, pero me interesa el cruce de arte y política. Ese creo que es importante, tenía que serlo, ese ha sido el más relevante. Pero, por eso preferiría hablar de los principales planteos. Hay uno que siempre está presente, que su viejo problema es el de mestizajes. Es una antigua cuestión de la historiografía del arte latinoamericano, porque la primera vez que se plantea como tema a dilucidar y como categoría a ser construida por la historiografía del arte, es en un congreso de historia de América que tiene lugar en la década de 1930. Ahí es donde aparece el concepto de arte mestizo que acuña Ángel Guidoy, que después se va a convertir en uno de los grandes temas de toda la historiografía desde México hasta el Río de la Plata, pero que tiene una nueva vuelta de tuerca, y vaya si la tiene, en los trabajos de Gruzinski, que entre otras cosas ha sido premiado por el último congreso de historia como la obra notable del último quinquenio, y creo que su trabajo sobre el pensamiento mestizo y la contraparte del mundo sigue dando lugar a una discusión o a un debate.

Lo que me permite señalar un libro, poco conocido entre nosotros, que pienso que es un gran libro, de esos que hace época, que es *Florenia y Bagdad. Una historia de la mirada entre oriente y occidente* de Hans Belting, que se publicó en el año 2008. Quien es más conocido entre nosotros por otro trabajo fundamental, que es la *Antropología de la imagen* del año 2001. Pero es en el primero donde plantea con fuerza varios problemas, el de los mestizajes, la resistencia al mestizaje, el punto de vista de una historia de época, en fin una obra capital. Yendo a Belting, si el mestizaje es un viejo problema, que tiene un revés muy contemporáneo y sobre todo a la luz de los procesos de globalización, hay otro tema fundamental que se vincula con el anterior, a través de la figura del autor, que es el de la relación textos-imágenes.

Es muy importante la participación de investigadores argentinos en el gran proyecto internacional, que se conoce como Word & Image, que tiene dos centros, uno en Inglaterra, que es en donde se llama International Association of Word & Image, creo tiene una versión francesa, la Association Internationale pour l'Etude des Rapports entre Texte et Image. En ellos se ha volcado toda la gran experiencia



acumulada a partir de los trabajos que ponían en crisis, como señaló Hilda para la cuestión de la discusión de los paradigmas de la década del 1980, el tema del sujeto, de los actores sociales, de los paradigmas que también repetimos y cómo ponen en crisis esto en la historia del arte. Por ejemplo pienso en Baxandally, su libro sobre la experiencia del Quattrocento o en Anders y su famosísimo trabajo sobre la representación en el siglo XVII, también en Louis Marin y su teoría de la representación y, por supuesto, en esta vuelta a la vida de Warburg.

Voy a hablar de algunos excesos a los que ha llevado la fidelidad a la teoría de Warburg entre los pantagruélicos, me incluyo. En esta cuestión de las relaciones entre textos e imágenes se ha abierto a una discusión, acá sí que hay una discusión, que en la Argentina todavía no ha asumido los caracteres de una verdadera batalla, que tiene en otros países, como por ejemplo Alemania o los Estados Unidos. Este es un tema fundamental, que arranca con un famoso texto de Freedberg sobre El poder de las imágenes y luego continúa en los trabajos de Mitchell, que empieza siendo un análisis, una crítica radical y deslumbrante de la iconología, la vieja iconología allá por los años 1980, pero que a mi modo de ver a hecho barranca abajo de una forma. El último libro de Mitchell se llama *¿Qué quieren las imágenes?*, donde francamente, a las imágenes se les otorga no solamente un poder, sino una entidad, y las imágenes no pueden aparecer como actor social, como sujetos de estos problemas. Sin embargo, con el libro de Mitchell parece que hay quienes intentan que sea así. Por supuesto que esta cuestión del poder de las imágenes obliga a hacer una redefinición constante del arte, para cada periodo histórico que se estudie y se examine. En este aspecto, ahí tenés otra vez una figura fundamental, hermoso texto sobre la antropología de la imagen. Pero sinceramente han llevado a algo que parece una exageración, que es el del build act, no es un concepto de Belting, es de Bredekamp, de un texto de 2011, que es el acto de imagen. Me parece, honestamente, que no hay tal cosa, un acto de imagen. Este es un texto que es difícil de penetrar y esta deconstrucción completa de los otros actos, de los actos de fabricación de la imagen, de acogimiento, de apropiación de la imagen, que son todos actos que tienen sujetos de carne y hueso y no emanan de la propia imagen. Esta es una discusión que hay que dar en los términos en los que lo plantea el propio Bredekamp, quien ha sido un gran historiador. Creo, de todas maneras, que hay que presentar batalla.

En este punto aparece otro tema muy interesante, que tiene que ver con los estudios visuales y con el ensanchamiento de nuestra experiencia, que es el de la organización de archivos visuales. Cómo congregamos para nuestro trabajo, cómo reunimos a las imágenes, de qué manera lo hacemos, con qué criterios elegimos esto sí y esto no. El tema de la organización del archivo nos lleva al descubrimiento de los significados, tanto estéticos como sociales o históricos de la imagen. Hay un libro que, sinceramente, me costó muchísimo leerlo, sé que es un libro muy discutido, pero que me produjo una gran satisfacción que exista, como historiador del arte latinoamericano. Es el libro de Raúl Antelo que se llama *María con Marcel. Duchamp en los trópicos*, publicado en el año 2006. Es muy complicado, hay un abordaje muy organizado en la psicología del mañana, cosa que bueno, me parecía al principio que me iba a llevar a territorios más que difíciles, hasta casi indeseados de mi parte, pero debo decir que aparecen algunas



ideas, ¿esto de donde lo sacan?, es una cosa que está en sus cabezas solamente. Con algunas asociaciones, es básicamente la historia de Marcel Duchamp con María Martins, todo el viaje que hacen juntos por América Latina y el impacto que tiene la experiencia latinoamericana en la obra de Duchamp, en su planteo revolucionario. Sin embargo, las hipótesis son, aparentemente, muy estrafalarias, pero no sé cómo ha hecho este hombre que ha encontrado absolutamente todos los lazos históricos que tendría que aceptar hasta un positivista. Por eso es un trabajo extraordinario, donde queda planteada otra cuestión que me parece fundamental y que tenemos que discutir, que es la cuestión de la verdad. ¿En qué consistiría la verdad para nuestra disciplina? ¿La buscamos? ¿se busca la verdad o se construye? No me parece que sea una discusión menor, no sólo para la historia del arte, sino para la historiografía en general y hasta para las ciencias sociales, me atrevería a decir.

Para ir terminando me voy a referir a la cuestión de la profesionalización y las relaciones internacionales. No hay duda de que la profesionalización es un proceso que se ha producido después de los 1980 en nuestro país. Hoy hay profesionales en historia del arte por cosas que ocurrieron a partir de 1985, y en este aspecto recalco lo mismo que decía Hilda, el CONICET ha sido un instrumento fundamental en este desarrollo. No se ha visto nunca una incorporación tan masiva de investigadores en nuestra ciencia al CONICET, como la operada en los últimos veinte años. Esto ha sido básico, ha sido importantísimo para que nuestra disciplina se consolidara, se examinara así misma, se criticara todas las veces que era necesario, mejorara sus programas y significación, la formación de sus investigadores, permitiera o abriera la posibilidad de imaginar maestrías, doctorados con solidez en el plantel de profesores, y de materias, etc. Así que este es un tema primordial, que, por supuesto, fue acompañado en el plano más específico de las universidades con la creación de carreras de historias del arte, tanto carreras de grado como posgrados, por ejemplo la maestría de arte latinoamericano en la Universidad Nacional de Cuyo ha sido esencial. Fue la primera maestría en la que se incorporaron muchos estudiantes de Brasil, Colombia, después eso se ha trasladado también a las maestrías en el área de Buenos Aires, doctorados serios, bien armados en Córdoba, Rosario y La Plata. No voy a hablar de lo que pasa en casa, del caso UNSAM-IDAES y la llegada de, por ejemplo, del archivo de la fundación Espigas, que es una cosa importante. También en el plano editorial han aparecido, por primera vez, colecciones de historia del arte en dos grandes editoriales, como son Siglo XXI y Edhasa. Sin dejar de lado que el Fondo de Cultura Económica ha publicado, permanentemente, muy buenas tesis en historia del arte. Otro territorio nuevo es el problema de la conservación y restauración, que ha adquirido una entidad, también gracias a un hecho político interesante, que es la recuperación, el rescate de la pintura mural del equipo liderado por Siqueiros, que estaba en la quinta de Botana y que es un tema que formaba parte de la agenda cultural del actual gobierno, muy importante, desde 2007 hasta 2012, en que se logró inaugurar este conjunto de frescos del siglo XX, relocalizados, un hito en la historia de las artes latinoamericanas.

Un tema que ha aparecido aquí con una figura estelar, rutilante de nuestro firmamento, es la del curador. Digamos que las curadurías han tenido un efecto beneficioso sobre la profesionalización. Es más, le han dado una visibilidad social a nuestra ciencia que no tenía hasta ahora, creo que más que la propia



historia, de donde venimos ¿no? Por ello esta figura del curador es básica. Por suerte, la mayor parte de nuestros curadores vienen del horizonte académico concentrado. Eso ha posibilitado la aparición de nuevos museos en los que se hace investigación para reparar las exposiciones. Pienso en el museo de arte contemporáneo, en el MALBA, el UNTREF, también el museo de la Fundación OSDE ha sido fundamental y los viejos museos por supuesto. Hasta ha aparecido entonces una maestría en curaduría en la Universidad de Tres de Febrero, cuya inauguración verdaderamente hay que celebrar, porque le otorga a la curaduría un marco académico importante, que además la articula con todo esto que venimos hablando de la consolidación del campo de la historiografía. Pero ojo, esto trae grandísimos peligros. El primero, que no se han producido todavía en la Argentina, por lo menos no con la radicalidad de otros lugares, es que la curaduría nos ha introducido en el circuito del gran capital, porque son cifras muy grandes las que se manejan y circulan para la organización y finalmente la realización de estas exposiciones. Esto, indudablemente, yo creo en la Auri sacra fames y como viejo que soy, temo un poco qué es lo que trae consigo la administración de grandes cifras y proyectos, que son un peligro para nuestra disciplina.

Otro peligro es el de las exageraciones curatoriales. Son cosas que he visto en el mundo, no en la Argentina, donde no ha habido exageraciones curatoriales hasta hoy. Uno puede estar o no de acuerdo con, por ejemplo, la nueva organización de las salas del Museo de Bellas Artes, pero eso está hecho con mucha calidad y está muy bien el artículo crítico que ha sacado María José Herrera la semana pasada en la Revista Ñ. Está muy bien fundamentado y hay que prestar atención a lo que dice, sin embargo me parece que de todas maneras esa apuesta del museo es fuera de serie. No es una exageración curatorial, hay un guion, producto de una discusión colectiva sobre la que podamos estar o no de acuerdo, pero es muy importante. Pero hay algunas exageraciones curatoriales, por ejemplo, la exposición de heterotopías en Austin, que prácticamente condena al arte latinoamericano a la heterotopía. No se sabe muy bien dónde está ¿no? Quizás en el aire. También, el abuso que se está haciendo del Atlas, todo es un Atlas bueno, ¡está bien! Pero ustedes piensen que, cuando Warburg presentó su Atlas, que él decía “mi Atlas tiene que lograr que las imágenes hablen por sí mismas”, pero al presentar dos de las setenta y dos planchas o paneles de su Atlas, habló 6 horas y media para explicar de qué se trataba. Es decir, que no parece que las imágenes hablen por sí mismas. Creo que ahí hay dos casos de exageraciones curatoriales. Considero que nosotros hemos estado bastante inmunes hasta el momento, pero llamo la atención sobre esta figura de la curaduría, porque es muy importante lo que nos ha dado pero, potencialmente, pueden traernos grandes problemas.

Respecto de las relaciones internacionales, los historiadores jóvenes, más que nada los de las dos últimas generaciones, han permitido que la historiografía del arte argentino se ponga en contacto y casi en pie de igualdad con lo que ocurre en el Getty Research Institute, con el Kunsthistorisches Institut de Florencia o con los que hacen programas de investigación y también programas curatoriales en conjunto. En este aspecto, debo decir que fue fundamental para nuestra disciplina, un seminario que organizó el CAIA, el Centro Argentino de Investigaciones de Arte, durante la presidencia de Gabriela Siracusano, con



el Getty Research Institute, que permitió que vinieran acá personalidades como las de Rita Eder, Hans Belting, Griselda Pollock, Gamboni, Tom Cummins. Realmente fueron personajes. Estuvieron algún tiempo acá, nos dieron un aire muy importante, estamos hablando de los 1990 y han hecho posible esta presencia de los grandes debates de la historia latinoamericanista. Así que hay muchos motivos para festejar y otros para estar atento y quizás preocuparse.

Ronda de preguntas

Intervención:

–Tengo una pregunta para Gastón (José Emilio Burucúa): vos iniciaste diciendo que, en los estudios de la historia del arte, sigue habiendo una periodización bastante tradicional. ¿Vos no crees que eso está fuertemente incidido por la currícula de la carrera en Filosofía y Letras? Porque, pese a la multiplicación de carreras de grado y posgrado, sigue siendo, de alguna manera, la principal productora de profesionales. Entonces ¿vos no crees que ese esquema que, pese a la reforma de los 1980 en las artes visuales y en las artes prácticas, se mantiene como muy tajante, haya producido esa periodización?

José Emilio Burucúa:

–Sí, sin duda que esa es una de las vertientes, digamos. También el peso enorme de la tradición de la historia tout court, grandes periodos y bloques. Ahora, hay algunos migrantes, personas que han pasado de lo colonial hacia las primeras épocas de la república, que hacen trabajos realmente muy interesantes, porque nos vienen a mostrar la persistencia, que se resiste a desaparecer, a ser desplazada, y el peso que eso podría llegar a tener en la cultura. Por ejemplo, de colonial a republicano, así como hay muchos que migran del fin del siglo XIX hasta lo actual. Ahí está ese periodo que puedes tomar, entre el gran florecimiento de los 1880 y la exposición de Pettoruti en el 1924, eso es un momento de transición riquísimo, sobre todo en lo que se refiere a la aparición de instituciones o de estos nuevos actores sociales, como son los coleccionistas, los tutores culturales. Después, en el siglo XX, hablé de un siglo XX corto, pero también se puede pensar en toda la segunda mitad del siglo XX, que es posiblemente otro tema. Pero en líneas generales se ha mantenido eso, creo que lo que vos decís es fundamental porque las carreras son así. Entonces los equipos de investigación también lo son.

Intervención:

–Volviendo a hacer referencia a la nueva historia argentina y, sobre la historia del arte que dijiste, que fue el capital de ese recorrido, ese recorrido bibliográfico, esta introducción que es una pieza magnífica. Vos empezás diciendo algo así como que la historia del arte nunca ha tenido un lugar destacado en relación con la gran historia, con h mayúscula parafraseándote ¿cómo ves vos esa relación en la actualidad? Pasados tantos años, esa relación mayor-menor que planteabas en el 1999, ¿Cómo la ves ahora?



José Emilio Burucúa:

–Yo diría que es más intensa la comunicación, bienvenido sea para nosotros probar y pienso que para los historiadores también. Creo que hay un elemento probatorio, que es la articulación estrecha que hay entre todo lo que es la enseñanza de posgrado en historia y lo que es historia del arte, así como el planteo de un doctorado común. Eso realmente lo veo hasta como una utopía realizada. Como también el hecho de que esté en el IDAES, porque me parece que es muy importante para la relación con la antropología, con la sociología ya la tiene desde antes. Lo mismo está pasando en el Instituto Germani, donde hay grupos de historiadores del arte que están trabajando en este contexto que es el de la sociología un poco más amplia, por ejemplo el grupo de Ana Longoni, que tiene una inserción tan fuerte en el Germani.

Intervención:

–¿No pensás que eso también puede tener que ver con el hecho de que, los intercambios entre historia del arte e historia tout court son más fluidos también en ámbitos internacionales en los últimos treinta años? Grandes historiadores que se vuelcan a historia del arte.

José Emilio Burucúa:

–Sí, totalmente. El hecho de que una persona como Ginzburg, que es un gran historiador, pero que prácticamente se haya conformado. En sus últimos trabajos es un historiador de lo visual, para no llamarlo ya directamente historia del arte.

Intervención:

–Pero también de ver, el propio Bouza, son varios.

José Emilio Burucúa:

–Sí, sí. El caso de Bouza es muy interesante, porque él viene de un horizonte que poco tenía que ver, pero su incorporación a algunos proyectos museográficos, el hecho de que se le haya confiado la célebre exposición sobre Velázquez, aquellas fichas de cuadros donde aparece el tema de la lectura representada, eso hizo que Fernando entrase en un ambiente, que se incorporase a la historia del arte de una manera muy espontánea y fertilísima. Por eso también, el caso típico para mí es el de Carlos Ginzburg, que hoy pareciera ser más un historiador del arte que un historiador general.

Alejandro Grimson:

–Creo que son dos extraordinarias exposiciones que hablan de esas dos profesionalizaciones, en cierto sentido ¿no? Una suerte de dos historias de profesionalización y de compensación de campos. Pero quiero concentrar la pregunta en Hilda específicamente, porque además Gastón quizás fue más explícito



en algún sentido. Hilda lo trajo a Altamirano, sigue citando otras disciplinas. Mi pregunta tiene que ver con ¿qué pasa con la conformación de esa profesión? Vos citaste a Luis Alberto en algún momento, tenemos la profesión creo que en 1996 ¿qué pasa entre la conformación de la profesión y toda la especialización, con el afuera de la profesión?

Hilda Sábato:

–¿El afuera, otras disciplinas?

Alejandro Grimson:

–Con el afuera me refiero a lo siguiente. Otras disciplinas son los autores que ustedes ya mencionaron, por ejemplo el texto de Beatriz Sarlo, Altamirano, me refiero específicamente a que vos planteaste otra cuestión, que para mí se conecta con esta, que es la cuestión de la deconstrucción de la narrativa nacional y la posibilidad de un orden de armar la narrativa. Mi pregunta sería ¿puede haber una narrativa nacional o deberíamos tener una narrativa nacional no teleológica, no determinista, no mecanicista, no homogeneizante, etc.? ¿Cómo se puede pensar eso, si es posible? ¿Cuál es la interacción con las otras disciplinas que se requiere para poder pensarlo? ¿Puede hacer eso solamente la historia? Hay un caso muy famoso, vos dijiste hay una enorme producción sobre el peronismo. Cuando uno piensa en ciertos autores dice, Germani, Murmis, Portantiero, del Campo, Torres, son todos sociólogos. James, Matsushita, son extranjeros. Después, hay una enorme producción también de historiadores, bueno hay historiadores, economistas, que trabajan ese período, en otros períodos, no solo ese, pero que han hecho contribuciones fundamentales. Otros como Juan, que han trabajado la etapa inmediatamente anterior. En fin, hay muchísimos casos y situaciones, lo que quiero decir es que si se nota una cierta avidez en las nuevas generaciones, aparentemente mucho más intensa dentro de los historiadores profesionales, digamos. Como una producción, en cierto sentido, de la historia más reciente. Es un ejemplo simplemente que tiene que ver con la otra pregunta ¿no? Con la pregunta al respecto de la relación entre el campo específicamente de la historia y la pregunta de las otras disciplinas.

Hilda Sábato:

–Empiezo por la última. Cuando mencionaba la expansión de los trabajos sobre el peronismo dentro del campo de los historiadores, me refería al periodo del 2000 en adelante, precisamente. Porque creo que es parte del movimiento más reciente dentro de la historiografía, una proliferación. Ya no es que hay alguna gente que está pensando peronismo, no. Obviamente, se está creando una rama, un sub-campo que está pensando ese tema dentro de la historia, más allá de los aportes absolutamente clásicos que venían justamente de otras disciplinas o de estudiantes extranjeros.

Esto del tema de la interacción con otras disciplinas. La historia como ciencia, arte, oficio, todo eso junto, ha tenido siempre vinculaciones muy estrechas con otras disciplinas, por razones que hacen a la propia característica del saber, de la forma de conocer en historia. Entre otras cosas, siempre hemos recurrido a



categorías y a teorías que se formulan fuera de la historia, justamente. Entonces, lo que yo marcaba era un cambio de un momento en la historiografía occidental, digamos, en la que predominaba la que conocemos ¿no? La relación fuerte con las ciencias sociales. Quiero decir que, para cuando yo me formé, esa era una reivindicación contra la vieja historia, la relación de la historia con las ciencias sociales. Si a mí me hubieran hecho la pregunta hace cuarenta años ¿dónde creo que tiene que estar la carrera de historia? Digo derecho y ciencias sociales, no es lo que diría hoy. La idea de humanidad me parecía horrenda en esa época. Claro, en un momento en que la relación de la historia con las ciencias sociales, como proveedoras de categorías, de modelos de interpretación fuerte, etc., constituía la referencia de vanguardia para los historiadores. Esto es lo que entró en crisis, que ya lo dije. Una de las consecuencias de la crisis, a la que no me referí en mi charla, es que se ampliaron muchísimo las disciplinas de referencia. Una de las disciplinas que apareció, ocupando crecientemente un lugar que antes no tenía, fue precisamente la antropología, pero también la crítica literaria, la lingüística, la filosofía, bueno, la filosofía en toda la década. Lo que quiero decir es que ha habido momentos en los cuales la historia se va y creo que una de las consecuencias de la pos crisis con las ciencias sociales fue el estallido de eso.

Es decir que se amplió el horizonte de referencias que los historiadores tenían. ¿Qué está pasando ahora en ese sentido? No lo sé, porque yo creo en ese punto, como habrán visto con mi charla, veo en los últimos años un nuevo viraje, que no sé hacia dónde va. En principio, hay un nuevo viraje. Cómo se va a manifestar en la relación con el afuera, digamos, en el campo del conocimiento, no lo sé. Puede haber una narrativa nacional, que no a todo el mundo le gusta, pero ese es otro tema. Entonces, mi opinión o mi aspiración en este tema, es que efectivamente no hablaría en lo que no estaría percibiendo como algo deseable, la construcción de una narrativa nacional, hablaría en plural: narrativas. Obviamente tienen que ver, no tanto con la nación sino con la construcción del colectivo, que hoy lo llamamos nación, mañana vaya a saber cómo se llamará. Creo que efectivamente es interesante pensar en los colectivos, es relevante pensar en las comunidades sociales, pero no veo que ahí la historia tenga que tener un lugar particularmente ni destacado, ni mejor, ni peor que ninguna otra disciplina u otro campo de conocimiento o de la cultura. No creo que la construcción de un pasado nacional paradigmático sirva demasiado a mi gusto, o por lo menos al tipo de nación o al tipo de comunidad política que yo aspiro tener.

Luciana Anapios:

–En realidad tenía una reflexión sobre lo que dijeron los dos, de paso apunto a lo que dijiste Hilda, pero les agradezco a los dos, las intervenciones nos van a servir todo el día de hoy y mañana para deparar mucho de lo que vamos a discutir. Pero me quedé pensando en algunos temas sobre esta renovación historiográfica, que en los 1990 había tenido mucho impacto en la historiografía, y los resultados habían sido sustanciales, no así en el sentido común. Mi pregunta acotaba un poco a ¿qué sentido común estás pensando? ¿Qué lugar tiene la difusión de estos historiadores como divulgadores, en la construcción, o en la alteración, o al menos, complejización de ese sentido común? Si eso tiene alguna relación con todo lo que vos decías de este reclamo, son dos temas distintos, por un lado, la demanda de mayor

participación de los historiadores en ámbitos de poder y esta ausencia de la historia en la formación de políticas públicas. Porque hay algo que representa un panorama, efectivamente de mucha renovación historiográfica, dentro de campos historiográficos que están realmente aportando muchos temas interesantes, pero parecen que están alejados de estos espacios de construcción de políticas públicas. Y al mismo tiempo qué pasa con ese sentido común.

Hilda Sabato:

–Usé el sentido común, el sentido vulgar digamos, para sentido común ¿no? Como cuáles son las representaciones que uno intuye que están más difundidas en la sociedad argentina sobre su propio pasado. Uno lo intuye, no solamente a partir de una intuición interna, sino en relación con el éxito que tienen, justamente, los relatos o las construcciones sobre el pasado que provienen de otros sectores, particularmente de los difusores profesionales de la historia y algunas figuras como Pigna, O' Donnell u otros, que tienen un mercado enorme y uno supone que ese mercado está indicando alguna empatía con las posiciones de sus autores.

En ese sentido, lo que uno podría afirmar, pero para esto habría que hacer estudios más empíricos al respecto, es que la transformación de la visión de nuestro pasado, que no es una transformación sino que justamente es el conjunto de cambios respecto, no solo a qué pasó, sino a cómo pensar lo que pasó, que me parece que es más importante que tratar de detectar lo que vos decías ¿cuál es la verdad, la que dice Pigna o la que digo yo? No, justamente, lo que me interesa a mí es cuestionar esa idea de que hay una verdad y que esa verdad está enunciada desde algún lugar favorito. Entonces, cómo mira la sociedad su propio pasado, la capacidad de interrogar el pasado desarmando las visiones que son tan compactas, unilaterales, teleológicas y demás, con las cuales se construyen esos relatos que circulan más ampliamente, esa sería la cuestión en mi caso. Lo que yo propondría, no es transformar mi verdad por otra verdad, sino permitir que esas verdades sean examinadas desde nuevos conocimientos, que no pretenden reemplazar una verdad por otra, sino abrir un campo de interrogación, permitir que la gente piense de manera crítica. Ahora, hay un tema muy complicado, además acá hay varias personas que han insistido sobre esta cuestión, que tiene que ver con el deber de los historiadores de salir a propagar sus hallazgos, por decirlo así, y en el éxito o no que tienen en ese pensar.

Debo decir que me parece que, en los últimos treinta años, una de las cosas que justamente ha sido característica de este periodo, y en la cual no entré en mi charla pero creo que es importante, es que había un esfuerzo muy grande por difundir las investigaciones que se hacían en nuestro campo. Se ha hecho a través de distintos mecanismos, incluyendo empresas editoriales, que se han dedicado, justamente, a producir libros de historia de circulación que pretenden, o que aspiran a un lenguaje de difusión, que permita una audiencia más amplia que los trabajos de especialistas. Los historiadores hemos circulado en ámbitos públicos de manera reiterada en los últimos treinta años, en la televisión, la radio, etc. Con lo cual uno podría decir que no es que no haya esfuerzo de difusión. El problema está en ¿cuál es el impacto que puede tener? ¿A quién está dirigido? ¿Quién escucha esto? ¿Cuándo se



escucha? Ahí es donde creo que hay un montón de dificultades. Uno de los problemas básicos es que la característica misma de la manera en que muchos de nosotros estamos planteando las revisiones del pasado, es contraria a lo que mucha gente quiere escuchar. No porque vos le digas que Rosas era bueno o era malo, sino porque vos le vas a decir Rosas no era ni bueno ni malo. Entonces a mí cuando me preguntaban en los programas de televisión, después de hacer una explicación larguísima me preguntaban: “¿Cuál es tu héroe predilecto?”, y yo decía “¿Mi héroe? No hay héroes”. Y cuando lo trataba de explicar, el televidente ya cambió de canal, se fue a escuchar a Pigna que le dice fulano es bueno, mengano es malo. No porque el tipo sea tonto, sino porque a ver, depende mucho de cuál es el clima en el país, por eso también hay períodos y períodos. Son treinta años, que no son iguales. No es lo mismo lo que ha ocurrido en el espacio público en 1984, 1985, 1986, que lo que pasa ahora, y cuál es el grado de receptividad que puede tener un discurso ahora, hace 10 años o hace 20. En ese sentido, te digo que depende un poco, si vos lo que vas a hacer es reemplazar un discurso por otro y decir: no, mira, acá el que era verdaderamente nacional y popular era Rosas, o no: acá el que era verdaderamente nacional y popular era Mitre, por decirlo así. Esa es una pelea que puede tener receptividad. Se van a pelear de un bando y del otro, pero eso no es lo que interesa, no me parece que esa sea la operación de lo que, en mi caso, me interesa hacer respecto del pasado, para contribuir a una sociedad que sea menos cerrada, más pluralista y más compleja en su comprensión de sí misma.

Intervención:

–Hola, gracias a los dos. La verdad que impecable, uno se queda pensando, los que somos más chicos o más jóvenes, nos sirve mucho para reflexionar sobre varias cosas. En realidad, mi pregunta iba más por el lado de algo que un poco planteó Lu, me parece que eso nos quedó resonando a todos, casi todos, Alejandro también. Como que nos quedamos repicando en este tema de en qué momento se alcanzan ciertas marcas de la profesionalización y como eso va, por un lado, a permitir que esa profesionalización se continúe y profundice, en algún sentido, como nuevos formatos y con nuevos vicios. Por el otro hasta qué punto eso implica un distanciamiento respecto de, problematizando la propia disciplina ¿no?, salir de, en este caso de la historia, del mandato con el que nace, que es el de narrar las historias nacionales o armar los grandes relatos. No obstante, hay una incomodidad creo yo, para todos, para los consagrados y para los *sans-culottes*, digamos, ya que estamos en los Estados Generales.

Hilda Sábato:

–Acá no hay ningún *sans-culotte*, en este lugar.

Intervención:

–A los que estamos ahí se nos plantea permanentemente, esta disyuntiva entre las condiciones de producción de historia, migajas y de objetos totalmente desmigajados, con cuál es la función social que podemos tener o la contribución social, sobre todo en esto que mencionaban los dos. En definitiva, los



nuevos diseños de políticas públicas, de políticas científicas, de destinar recursos a la formación de recursos humanos en estas disciplinas. Muchas veces, cuando uno está en la maratón dice “bueno, me voy a dedicar a esto o lo otro” y finalmente llega el momento en donde uno se plantea, ¿a quién le interesa? o ¿para qué sirve lo que yo estoy haciendo, lo que yo puedo decir? Porque finalmente, uno hace como un efecto en el vacío.

Sobre todo hablo de generaciones, como decía Hilda, pos 2000, que crecimos al calor de la vela CONICET-kirchnerista, y que un poco se plantea este momento, donde digo bueno, la cita esta de Romero que recuperamos todos “tenemos una profesión”. Creo que eso está claro, me parece que ahora también la profesión tiene como que encontrar utilidades, roles, y a veces es difícil hallarlos en las propias universidades, ni que hablar dentro del sistema científico, que está claro que no va a poder reabsorber todos los recursos humanos que formó, eso ya lo vemos todos los años con cada convocatoria a carrera. Ahí vuelve mucho más punzante la pregunta de qué utilidad social puede tener la historia, si la tiene, porque siempre me acuerdo la entrevista de Halperín en que él dice “no, la verdad yo creo que a nadie le es útil saber cómo funcionaba la acumulación de poder en la confederación rosista”. ¿Cómo voy a convencer a alguien de que le es fundamental saber cómo funcionaba? Un poco la pregunta apunta a esto, en qué medida la ultra profesionalización se distancia de los procesos de unidad social, los sentidos de unidad social digo, formatos de divulgación. Cómo, esto último que vos mencionaste, del reclamo por el retorno a la larga duración, no se monta un poco en esto de que para poder llegar con ciertos mensajes a otros públicos, el relato o la narrativa más extensa es indispensable o se me hace a mí indispensable.

José Emilio Burucúa:

–Yo tengo otra cosa.

Intervención:

–El viejo truco “tengo otra cosa”

José Emilio Burucúa:

–¿Lo que vos preguntas es la profesionalización?

Intervención:

–Si, en relación con qué pasa ahí con la utilidad social de esa ultra profesionalización y la posibilidad de llegar a otros públicos.

José Emilio Burucúa:

–Espera, hay algo que advierto a lo mejor, y me parece que sería bueno que discutiéramos entre los historiadores del arte, que es la tensión muy fuerte que hay entre los historiadores de la academia, por



llamarlo así, y los historiadores que hacen difusión. Hay una disputa muy grande. En el campo de la historia del arte no es así, no existe esa tensión.

Intervención:

–Es mucho menor.

José Emilio Burucúa:

–Es mucho menor. No ha habido programas de difusión de la historia artística del país donde no haya participado un fuerte contingente de historiadores del arte, en sentido del horizonte de la academia, no. Nosotros no tenemos ese problema. Ahora, ¿a qué se debe esto? Sería bueno preguntárselo, porque considero que hay varios factores. Primero es que nosotros colonizamos la crítica, es así. A partir de los 1980, por una cuestión de discurso, de calendario generacional, te diría que los críticos de arte de los periódicos, tanto en *La voz del interior*, en *Cuyo*, todos, no solamente prensa de la Ciudad de Buenos Aires, *La Nación* es la que más se resiste, pero se dio verdaderamente el desembarco de quienes vienen de la disciplina. Entonces colocaría el punto de distinción en una figura como Briante, ahí es donde me parece que empieza el cambio. ¿Quiénes podrían aparecer como un equivalente a la difusión, a estos divulgadores que generarían problemas en el campo? son los críticos. Eso está muy colonizado, por lo que ese es un factor. El segundo creo que es la instancia del museo, que para nosotros viene de muy lejos. Es un lugar de validación siempre y tiene que ser un profesional porque es mucho lo que está en juego, desde el punto vista del capital invertido. Tiene que ser un profesional y se considera que ahí estaría el curso que se convierte en algo así como en un consenso colectivo. Eso es muy importante para nosotros, esos dos factores me parece que hacen que no exista ese problema.

Hilda Sábato:

–Te hago una pregunta, o expongo una hipótesis. Quizás también ustedes no se cuestionan la pregunta que se está haciendo acá (¿para qué servimos?), porque el arte ¿para qué “sirve”? ¿Para qué sirve la historia? Y ¿para qué sirve un cuadro? No sirve para nada. Cuesta un montón de plata y no sirve para nada. En este sentido de qué entendemos por utilidad. La historia ¿para qué sirve? ¿Por qué tiene que servir para algo más allá de su propia especificidad como campo de conocimiento?

¿El conocimiento sirve para algo? Si sí, la historia plantea una forma específica de conocimiento, que son diferentes de la física, del arte, de la medicina, pero es una forma de conocimiento humano. Esa es para mí la primera función de la historia, lo demás lo agrega cada uno. Si uno quiere ser el historiador, que se yo, de las mujeres y ponerse a la vanguardia de la lucha de las mujeres, es perfectamente posible y es interesante, siempre y cuando no subordine una cosa a la otra. Me parece que ahí está la cuestión, que la pregunta es una interrogación donde partimos de una cierta culpa ¿para qué hacemos lo que hacemos? ¿Por qué tenemos culpa en hacer lo que hacemos? Si vos tenés la conciencia de que la historia y todo lo que la historia implica en cuanto al trabajo que hacemos, es, como decía Spiegel, arduo y a veces



tedioso. Ese trabajo tiene que ver con, yo coincido con ella, con recuperar al otro muerto, a la alteridad. Esto es fundamental como planteo de compromiso del historiador, puede ser otro el compromiso que uno tenga, pero en cualquier caso lo que significa es que hay una construcción de conocimiento y esa construcción es lo que hace valiosa a la historia. Desde que se inventó como tal y con todos los cambios que ha sufrido, en cuanto a qué es lo que se considera válido como conocimiento histórico. No tengamos culpa de eso, después, si cada uno de nosotros quiere además ser útil a la asociación de amigos de Curupayti y trabajar sobre eso, fantástico, si queremos producir programas de televisión para que la gente se embandere o simplemente queremos producirlos para que la gente piense el pasado de otra manera, magnífico. Pero eso viene además. Creo que ahí, en ese punto es donde digo, por eso te decía hasta qué punto ustedes tienen culpa de hacer lo que hacen.

José Emilio Burucúa:

–Creo, además, que ahí es distinta nuestra situación, y tiene que ver con los museos y con lo que se hace de hecho en los museos, que es bastante más activo desde hace años, pero que solía hacerse hasta hace poco en los museos de historia ¿no? Es mucho más activa la participación del público en los museos de arte. Ahora, eso me parece que tiene que ver con algo que ha ocurrido en la educación, en lo que se refiere a educación artística la vanguardia ganó. La vanguardia ganó, entonces el arte se ha legitimado colectivamente como una forma ineludible de la expresión. Si alguien quiere alcanzar una expresión auténtica de sí mismo, individual, personalizada, o de un sí mismo compartido, el arte es la herramienta. Eso es algo que las sociedades, nuestras sociedades aceptan, hacen suyo y les importa hacer suyo y esa es una excelente garantía para que nosotros podamos decir para qué servimos. Valemos porque todo tu mundo emocional, que en realidad vos querés mostrar al mundo en qué consiste, porque es importante que lo hagas como individuo y como miembro de un colectivo, vale. Eso lo estudiamos nosotros. Tenemos más suerte.

Hilda Sabato:

–Nosotros tenemos el pasado.

José Emilio Burucúa:

–Nosotros también tenemos el pasado. Esta aventura del mundo emocional también está en el pasado. Nadie te va a preguntar “che, ¿para qué sirve?”

Intervención:

–Mi pregunta no pasaba por una cuestión existencialista, sino por el rol anclado en el Estado. No porque no me guste lo que hago, al contrario.



Mario Greco:

–Primero, agradecerles a los dos, a Gastón le agradezco menos porque pensé que iba a hablar de Grünewald hoy (¡esta era la oportunidad!), y particularmente a Hilda porque creo que hizo el ejercicio que se propone en esta práctica de espacios de reflexión, que es efectivamente una suspensión y una introspección. Un trabajo de reflexión que, supongo, te agradezco el tono además, esos treinta años fuiste seguramente muy protagonista, te vas agarrado unas cuantas rabetas, habrás discutido con un montón de gente, etc. El comienzo de tu relato, cuando vos mencionaste los maravillosos primeros años de la década de 1980, en especial porque recuerdo, quizás no te referiste, pero seguramente porque estabas muy implicada en eso, al programa de historia social del CISEA y básicamente la figuras de Leandro Gutiérrez y la tuya ahí, lo digo porque una generación de gente de las ciencias sociales se formó en esos primeros años, algunos estaban en la universidad de El Salvador porque todavía estaba cerrada la universidad pública, y les pasó esto que vos contaste, que lo nuevo era un poco viejo ya, pero como se abría la puerta a lo nuevo.

Una cosa que puede ser interesante para pensar parte de este hecho, que se propone este colectivo, la universidad en general, distintas unidades académicas, sobre la formación en historia y le agrego una preocupación adicional, no solo la formación de historiadores sino la presencia de la disciplina histórica en la formación de otras profesiones que también están en la UNSAM, considero que es un problema, que no sé si también deberíamos incluir en la agenda ¿no? Por lo menos, me derivó demasiado, en la constatación de que nuestros sociólogos y antropólogos tienen una relación cada vez más distante con la historia, incluso con la historia argentina, con la historia fáctica. En esos años vos te encontrabas con tipos como Portantiero o Leandro, gente de esa generación, que tenía que darte todo medio junto, los debates se hacían como hacia atrás y hacia adelante de manera muy vertiginosa, pero de alguna forma eso marcó la formación de esas nuevas generaciones. Con esa novedad que no era tan nueva, pero que para esos nuevos alumnos era todo junto.

Una primera cosa, una reflexión sobre ese proceso que no pudo definirse y diseñarse en términos de laboratorio, sino que salió como salió. Entonces, me parece que permite preguntarnos sobre qué haríamos si estamos en una situación de laboratorio, un momento en el que vos decís parece que la cosa está cambiando, lo estoy recibiendo, pero no sé ni para dónde va. Uno después cuando hace *dibujitos*, lo que tiene y lo que no, lo hace con lo que tiene, como puede, con las discusiones que se dan en algún lugar y no en todos. Porque esa generación tuvo una relación extraordinaria con el discurso histórico, esa generación de los 1980, no de los historiadores sino de los sociólogos, los economistas, todos nos formamos con el libro de Braudel y con textos, con las difusiones del grupo de Leandro y tuyo. Cómo pensar cuando allí, que ocurrieron casi naturalmente procesos de formación, mirando el momento de formación. Si no hay ahí una experiencia para recuperar, en términos críticos, de aprendizaje, porque eran buenos momentos.

La segunda pregunta, que podría ser también para Gastón, es que nosotros hacemos un ciclo en la universidad que se llama *Narrativas de lo real*, que lo fundamos con Alberto Manguel. Lo primero que



hicimos y, repetimos varias veces, es la relación entre literatura e historia, esa es una dimensión muy importante. Estuvo Franco Moretti hace poco tiempo y es un gran capítulo que creo que miramos solo en una dimensión más bien espectacular, o en una dimensión más bien cultural, en el sentido banal detrás de lo cultural y poco más rigurosamente en el curso de los procesos de formación.

Hilda Sábato:

–Si, estoy totalmente de acuerdo con lo segundo. Y lo primero le toca a usted. Quiero decir, me parece que puede ser útil esa experiencia pero también hay circunstancias totalmente distintas. Una de las cuestiones es que es muy difícil, incluso para uno mismo, es recordar las condiciones de la transición, de los primeros temas del período anterior que llevaron a todos nosotros a lugares que son irrepitibles, por suerte. Justamente la sensación irrepitible, de dificultad, en el fondo de lucha ¿no? No me gusta mucho la palabra en este caso, pero habíamos de llevar para adelante cosas que no sabíamos adonde iban a terminar. Son cosas que algún día se sabrán, la historia de estos procesos, que también es interesante, y lo deberían hacer antes que nosotros pasemos a mejor vida.

Ricardo Ibarlucía:

–Un día le preguntaron a Borges qué tal se llevaba con su cuñado Guillermo de Torre (un historiador, escritor y marido de Norah Borges). Borges contestó: “nos llevamos bien, él es sordo y yo soy ciego; no lo veo ni me oye”. Creo que podría refrescar esta anécdota lo que es actualmente el diálogo entre historia y filosofía, que se cree un diálogo sordo, más bien entre un ciego y un sordo. No, no creo que fuera justo decir cuál de los dos representa a Borges.

Resumiendo un poco, en los últimos tiempos, no hablo de los últimos años, en las últimas décadas este desencuentro se ha ampliado, ese hiato es bastante grande. Más allá de los esfuerzos que uno percibe, por ejemplo del lado de la filosofía, uno podría decir que, una línea ha ido de Danton a Hayden White, para graficar un poco, que han tomado la historia como objeto de reflexión en versiones muy diferentes y específicas. Pero si uno ve la práctica de la historiografía de la filosofía, se desconoce por completo la metodología histórica, los autores, los debates no están presentes en ese campo, y del lado de la filosofía también, pero no solamente. En cambio, en la filosofía de la historia tampoco uno podría decir, excepto los nombres que he dado recién, una discusión más directa con la metodología, problemas epistemológicos específicos. A la inversa, creo que algo de esto también pasa, porque el giro hacia las ciencias sociales estuvo acompañado de un rechazo de la filosofía como un saber especulativo, como la cueva del teleologismo, de los finalismos históricos. Como que la filosofía en la historia quedó congelada en la primera visión por el liberalismo o el marxismo, en su versión más actual. En ese diálogo imposible, la sensación que uno tiene, porque sobre todo en la historia, se produce algo parecido a lo que ocurre con la difusión. Tenemos problemas con los difusores y la producción académica casi similar y la impresión que da, y que quería preguntarles a ustedes, es que nos miramos recíprocamente con desconfianza los de un campo y del otro. Cada uno ve en el otro esa especie de enemigo tradicional, y



los filósofos somos vistos por los historiadores como sofistas, gente que dice cosas que no se entiende muy bien de quiénes son y de qué tratan. Los historiadores como mitógrafos por ejemplo, que sería el otro rival ancestral. Esto lleva a muchas cuestiones para plantear, pero cómo verían ustedes hoy el dialogo entre estas dos disciplinas que, yo prefiero llamarlas en plural, porque no hay una, ni /a filosofía ni /a historia.

Intervención:

–En realidad un poco ya se tuvo preguntando, pero mi pregunta era para Gastón, el tema de la ausencia de debate dentro de la historia del arte. Si cree tiene que ver con cuestiones metodológicas, de constitución de la disciplina o quizás con una poca o relativa ferocidad en relación con el campo social o el campo político desde la historia del arte como disciplina.

Valeria Manzano:

–Dos cuestiones: una tiene que ver con una de las cosas mencionadas por Paula, creo que ser útil en estos días es que pensemos el sentido de la relevancia, no la utilidad, pero sí la relevancia. La importancia de nuestra propia producción para el campo, para la producción de conocimiento y más allá. Porque me parece que desplazar el eje de la utilidad es más funcionalista hacer esto otro, que nos promete de manera más subjetiva y colectiva también. La otra es retomar una mención en torno al pasado como alteridad. A quienes trabajamos con la historia reciente se nos vuelve particularmente evidente, pero es para todos. Tratar de ver o pensar qué mecanismos metodológicos, cognitivos, son los que más habitualmente se están utilizando para la producción de esa alteridad, de ese pasado como alteridad en la contemporaneidad de la producción historiográfica.

Intervención:

–Tengo un comentario sobre la culpa de la que habló Hilda: también la sentimos los historiadores del arte. A mí me tocó formar un proyecto, que es el de catalogación del Museo Nacional de Bellas Artes, todos los historiadores del arte convocados que trabajan en la cabina se sintieron interpelados a participar, nadie dijo que no. Había un deseo muy fuerte de socialización de ese conocimiento y del trabajo con el patrimonio, esa misma utilidad social y creo que estaba en la base y se sintió, por lo menos yo lo sentí en ese proyecto.

Claudio Ingerflom:

–Antes que nada, gracias Hilda y Gastón por sus clases magistrales, por lo menos en mi caso, no quiero llenar vacíos existenciales sobre los '80s y los '90s. Tres acotaciones cortitas. Una con respecto a la relación que puede servir. Gastón planteaba que la verdad la buscamos o la construimos, yo no sé si se trataba de la verdad del historiador o la verdad de los actores de la historia. Pero en todo caso creo que, como dice Hilda, la historia es la construcción del conocimiento y, sin incursionar en la axiología, creo que



en la construcción del conocimiento es difícil eludir la cuestión de la verdad, me parece difícil evitar el asunto sobre la significación de los actos del pasado, porque si no nos ocupamos de eso los que se van a hacer cargo son los que quieren legislar sobre el pasado o respecto de las verdades históricas y judicializar, como pasa en estos momentos en algunos países en Europa occidental, judicializar lo que puede ser verdad acá, histórica, o lo que tiene que ir a ser tolerado por el código penal. Creo que además ocupar ese terreno es la única forma de preservar la autonomía y la legitimidad de nuestra disciplina a conciencia.

La segunda acotación, respecto a lo que decía recién Ricardo, creo que mañana a la mañana la sesión está un poco destinada a trabajar estos temas. Efectivamente, entre la alergia a la teoría de la profesión y el desprecio por la erudición histórica que caracteriza al filósofo en general, hay terrenos en común. La tercera, tiene que ver un poco con que yo me quedé muy sorprendido, con mi desconocimiento, entre la importancia de trabajos argentinos en el plano internacional que señalaba Gastón, y una discontinuidad implícita en tu exposición Hilda, no la formulaste así, pero yo lo hago a partir del material que proporcionaste, entre la importancia que tuvo y creo que tienen en Argentina las preocupaciones políticas y sociales, en el clima universitario ¿no?, el rol del fracaso de las implicaciones globales con una escasa producción sobre estos problemas. ¿A qué me refiero? Si nosotros hacemos un congreso sobre historia del Río de La Plata en Düsseldorf, en Helsinki o en cualquier otra ciudad, vamos a tener diez argentinos, diez norteamericanos, diez alemanes, etc. Ahora, si hacemos un congreso sobre la historia de York, me pregunto cuántos argentinos van a venir, cuántos uruguayos van a venir. Quiere decir que estamos repitiendo el esquema de dicción global en el mundo, entre los que tienen que saber un poquito nomás sobre ellos mismos y los que tienen que saber sobre todo el mundo, división que tiene sus bases políticas, económicas, etc. Entiendo que hay implicaciones objetivas, recursos, lenguas, archivos, etc. Eso por cierre de la erudición, aunque hay gente en la Argentina, por ejemplo, que trabaja sobre Lizanzu, sobre el Medioevo y que está a la altura de cualquier estudio que se haga en Harvard, París o Londres, pero son excepciones. No hay una formación sobre contra regiones, hay una suerte de argentinos, no somos los únicos, pero pesa. Sobre los esquemas globales, justamente hay otra discontinuidad. Por un lado, fracasaron dentro de lo que estamos pensando en el futuro, en América Latina hoy como representación de vanguardia, por ejemplo, de la recuperación de lo político, en fin, una serie de cosas, o en la pluralidad de los relatos. Por otra parte, pienso por ejemplo, la historiografía india no esperó ni la historia global ni la mundialización para construir esquemas, no digo a ver si los poscoloniales son buenos o malos, ese otro problema, pero con pretensión, con aspiraciones a explicaciones globales que iban más allá del caso indio o bengalí. No importaba el pasado, por qué no se dio en los 1980, por qué no se dio en los 1990, más bien la inquietud sería bueno, cómo estamos hoy, qué es lo que hay que hacer, por dónde ir, cuál son las capas internas nuestras en el campo de la historia, no hablemos ahora de los institucionales ¿Sí? Hablemos de nosotros.



Intervención:

–A mí me parece que se ha hecho un diagnóstico sobre las transformaciones de la disciplina a lo largo de estos treinta años, donde están la profesionalización, la investigación, la publicación. Mi pregunta es ¿cómo es que impacta en la formación de esos historiadores? También se ha hecho mención al posgrado, pero estoy pensando más cómo esas transformaciones han influido sobre todo en la formación de grado, que es de donde sale de algún modo, ese artesano de la historia.

Hilda Sabato:

–Voy a tratar de ser breve. Empiezo con lo de Ibarlucea que también se vincula con lo de Claudio. Creo que hay una especie de discurso sobre la enemistad, pero al mismo tiempo, uno podría dividir la cuestión en dos. Una es la filosofía de la historia, esto es un tema. La filosofía de la historia se sigue escribiendo, tendrá más o menos popularidad, a los historiadores los afecta de manera lateral, a ciertos historiadores les gusta leer a los que hacen filosofía de la historia y discutir, después conocemos historia, donde generalmente andamos por otro lado. Es decir, usamos otro tipo de mecanismo de conocimiento, pero las preguntas que plantea la filosofía de la historia abren horizontes, permiten interrogar lo que hacemos, nos permiten dudar sobre cuestiones tan importantes como ¿es posible el conocimiento? ¿Hay verdad o no hay verdad? Etc. Ahora, con la filosofía propiamente, o las filosofías, me parece que hay una relación desde la historia bastante fluida en algunos campos y solamente me voy a referir a uno que es la historia política.

En la historia política, la incidencia de los teóricos políticos ha sido decisiva, no porque nosotros usemos la teoría, incorporemos y hagamos de nuestros casos, este es el problema, no porque nosotros estudiemos casos que luego van a servir para probar o des-probar la teoría, que esa es una de las formas que yo creo que son ahistóricas de usarla, sino porque la teoría nos brinda instrumentos, categorías, marcos de referencia sin los cuales el historiador no puede funcionar. O sea, no puedo hacer historia política si no tengo marcos de referencia, ahora, ahí es donde muchas veces los historiadores somos eclécticos, usamos y combinamos filósofos políticos que entre ellos no se hablan, o que entienden que sus teorías son incompatibles. Pero muchos de los instrumentos teóricos que ponen en circulación nos sirven a los historiadores como referencia, aunque después las violemos muchas veces. Tomarnos la libertad de “violarnos”, salirnos de la teoría, ¿no?, usando los instrumentos. Es bastante complejo e interesante la pregunta, y es una cosa que como historiadora siempre, y a muchos de los historiadores nos pasa, la relación es permanente, es tensa, es de distancia y acercamiento, pero es y esto es lo importante.

La segunda cuestión, voy a tratar de juntar todo lo que hace, cuando hoy le contesté a ella respecto de que es una forma de conocimiento con que hace a nuestra característica existencial como ser humano, esto no niega y está lejísimo de mí negar la pregunta o la interrogación acerca de cómo incidimos en los campos de conocimiento general, cómo incidimos en las prácticas que la sociedad tiene sobre el pasado. Soy muy consciente, además, de que el discurso del historiador es uno de los tantos sobre el pasado,



pero es un discurso que tiene incidencia en el espacio público, que circula y por lo tanto hay que hacerse cargo de eso, y hay que saber qué quiere uno de esa circulación. Me parece que el hecho de tener cierta certeza, que es una forma de conocimiento válida y necesaria, no elimina, al contrario nos deja más tranquilos si querés, para pensar en qué formas de acción, cada uno de nosotros y de acuerdo a nuestros propios intereses, ideologías y colectivamente como grupos que funcionamos en las instituciones educativas en el espacio público, ponemos en marcha para tener una incidencia que va más allá de nuestra tribu. Son dos cosas distintas, pero no hace falta desvivirse por la utilidad. Por ejemplo, creo que el tema de los museos, de los cuales no hablé, pero es para nosotros un tema fundamental, acá lo tenemos por ahí a Gabriel, el museo es un lugar importante también para los historiadores como lo es la escuela primaria y la escuela secundaria, y como lo son tantos otros espacios. Eso es un problema y creo que justamente en estos días van a discutir eso, me parece esencial, pero no como una opción especial de la historiografía sino como algo que la invalida si uno no lo hace.

Nosotros, América Latina, hacemos teoría. Claudio, acordate que lanzamos al mundo la teoría de la dependencia. Sobre el tema de la verdad, efectivamente es un supuesto para poder conocer, pero la cuestión interesante, para nosotros, es que justamente su estatuto y la verdad misma está en discusión todo el tiempo. No hay una noción única y eso es lo que hace más divertida la cuestión ¿no?

José Emilio Burucúa:

–Lo que decís sobre la complicación entre el campo de la historia y el de la filosofía, en el campo de la historia del arte me parece que es un poco distinto, porque mucha de la producción reciente sería bastante inconcebible si no, se me ocurren dos nombres, hubiese habido alguna iluminación por parte de Danto y de Benjamín, hay una zambullida muy importante en lo que es la Escuela de Frankfurt, que casi te diría que es una práctica que tenemos que cumplir los historiadores. Sobre la historia en general, la historia intelectual y la conceptual, considero que sería imposible de abordar si no fuera por un gran acercamiento que hemos tenido los historiadores a, por ejemplo, figuras como Popkin y Skinner en la historiografía inglesa, Foucault en la historia francesa y entre los alemanes Koselleck y Blumenberg. Éste es un hombre que hace historia filosófica, Koselleck y Skinner lo mismo, historia intelectual de las ideas políticas. Entonces creo que es un poco menos dramática de lo que vos has planteado, no hay divorcio, de nuestro lado al menos. Ahora, sobre la ausencia de debates, tenés razón Sandra, yo lo señalé. El único debate interesante que se ha producido, y menos mal que ha sido así, es sobre el papel de la política en el arte de fin de los 1960 y de los 1970, ahí había una discusión. Ahora, en otros temas tendría que haberlo y no se da, por dos razones. Una es que todavía, como disciplina autónoma reconocida por las imposiciones académicas, es bastante reciente, no la podemos comparar con la historia. Cada uno de nosotros no nos animamos mucho a discutir lo del otro porque es muy grande el esfuerzo que se hace, es buena la producción y tenemos que reconocerla, pero hay que empezar a dar debate. Uno es el tema de las misiones, que para mí es fundamental. No se ha dado, más bien se ha producido una pelea, no es un debate. Hay otros, sobre todo el papel de las vanguardias y la cuestión de la articulación con la crítica



posmoderna a partir de los 1980. Creo que hay muchísimos, cualquier tema que tenga la suficiente complejidad. Espero que eso se dé y que haya espacios, por ejemplo, en las reuniones del CAIA, que se induzca el debate, creando un espacio para ello. A sabiendas, un poco a ver qué pasa si *Fulanito* presenta un paper, sino que nosotros sabemos que hay posiciones a contrapelo, creemos un espacio de discusión. Eso sería muy interesante.

Sobre los temas, lo que dijiste Claudio sobre los temas no argentinos, esto que vos has dicho tiene una claridad mediana ¿no? Si se organiza en París una discusión sobre la historiografía Argentina, allí vamos todos, encantados además de estar en París. Ahora, si se nos ocurre hablar de la historia del antiguo régimen, probablemente tengamos que invitar a alguna gran figura y aceptaremos lo que dice, eso es verdad. Creo que en buena medida es porque hasta cierto momento, hubo poco apoyo de las instituciones en las universidades, en el CONICET a los esfuerzos que hacemos los argentinos por meternos en la historiografía, en problemas más allá de lo argentino o latinoamericano. Pero ahora considero que se está reinvertiendo eso, un poco por necesidades que tienen que ver con China y África, me parece que eso se está reinvertiendo y en el CONICET hay una apertura, porque el caso característico, ese que vos planteás, se dio en la historiografía norteamericana. Hasta los años 1940, si la historiografía norteamericana hacía historia no norteamericana, no era muy tomada en consideración, alguien que hacía historia europea en Estados Unidos no era demasiado tenido en cuenta por los europeos, el punto de inflexión fue Morrison. Con él la situación cambió, entre otras cosas porque recibió un fuertísimo apoyo de su universidad para instalarse y estudiar en el archivo, entonces él escribió ese libro monumental sobre Colón que permitió a la investigación norteamericana ingresar a una discusión, mano a mano, con investigadores europeos en un tema que los éstos no conocían. Creo que ese apoyo, mandar a personas a formarse en estos campos que no son nuestros al lugar de mayor interés o de mayor peso, a la larga va a engendrar esta posibilidad de un debate en igualdad en temas no argentinos. Eso de la educación en el grado, yo te diría que nuestra disciplina es la consolidación, hija de una reforma de grado, pero todo lo que se ha encontrado de nuevo y todo lo que ha abierto no ha vuelto al grado para modificarlo, sino que se vuelca a los posgrados. Sería una cosa muy importante que todo esto nuevo que aparece, los estudios visuales, los nuevos horizontes, nuevos problemas, ahora volviese al grado, de donde salió, para modificarlo.



Mesa 2: Historia y tradiciones historiográficas. Formación y profesionalización de los historiadores

Leandro Losada:

–Buenas tardes. Mi nombre es Leandro Losada, vamos a coordinar este primer eje (*Historia y tradiciones historiográficas*) con Ezequiel Adamovsky. Para empezar, Ezequiel va a plantear algunas de las preguntas propuestas por la organización para ir generando el debate.

Ezequiel Adamovski:

–Buenas tardes a todos, comienzo muy brevemente. Quiero agradecer a Juan Suriano y a Claudio Ingerflom por la invitación para estar aquí hoy, considerando que soy un recién llegado a la UNSAM, así que realmente muchas gracias. La propuesta es que este primer bloque gire en torno a una serie de preguntas específicas, la idea no sería discutir sobre todos los temas que fueron saliendo en la mañana, sino ir focalizando en algunos. Tal y como nos han propuesto, este eje giraría en torno del problema de historia y tradición, con las siguientes preguntas que nos proponen los organizadores, que son: ¿Qué rescatamos de las generaciones anteriores de historiadores? ¿Existen escuelas o nombres que, en la Argentina previa a 1983, nos hayan marcado especialmente? ¿Qué nos diferencia? ¿Cómo nos pensamos en relación a esa historia? ¿Es útil construir genealogías? ¿Cuáles serían esas genealogías? ¿Hay genealogías canónicas y genealogías alternativas en la disciplina? Luego la posibilidad de pensar también en un marco de influencias a nivel internacional.

Voy a hacer una brevísima intervención para dar lugar al debate. En la invitación y en la presentación que hizo Hilda más temprano, aparece claramente el punto de quiebre que significó 1983 o 1984, como decía Hilda. Muy claramente, me parece que en esto podemos estar de acuerdo, que nuestro campo se referenció en algunas figuras en particular, centralmente Tulio Halperín Donghi y José Luis Romero, y a través de ellos en la perspectiva de la historia social, en la cual nos formamos la mayoría de los que tenemos mi edad o parecida, con una influencia muy fuerte de la historiografía inglesa, particularmente la de orientación marxista y la francesa de la escuela de Annales. Junto con estas referencias genealógicas de la constitución del campo, también hubo, creo yo, un gesto fundacional del campo historiográfico, luego de 1983, que fue trazar una delimitación con mucha nitidez, digamos casi una frontera, o hasta diría una muralla de separación del campo historiográfico respecto de la política.

En un doble sentido, por un lado, un recelo, sano recelo diría yo, en relación con los usos del pasado como parte de debates políticos, de ámbitos académicos. También, en un segundo sentido, como una dificultad para percibir o dar cuenta de las dimensiones políticas que involucra inevitablemente la propia práctica profesional. Es de alguna forma paradójico, porque a la vez que se retomaba una historiografía como la francesa o la inglesa, que habían tenido una vinculación muy intensa con la política, que de



hecho se habían constituido como gesto contrario, como gesto de vinculación hacia la política en el caso de los historiadores ingleses y con el movimiento obrero. Sin embargo, en nuestro país, nuestro campo se constituyó en un gesto más bien opuesto, visto desde la actualidad. Uno podría decir, y creo que en ello vamos a estar todos de acuerdo, que el camino de profesionalización que se abrió entonces, ha sido exitoso, en el marco de lo que hemos discutido hoy a la mañana. Creo que tenemos un campo académico con gran variedad, notoriamente más fuerte que entonces, con una serie de perspectivas plurales y diferentes.

Pero también es cierto, quería reponer el mapeo que trazó Hilda esta mañana, un dato extra, que el camino de profesionalización, con este gesto de desconexión entre lo académico y el campo político, generó desde muy temprano, en los márgenes del campo, una serie de movimientos de malestar intelectual que quisiera reponer brevísimamente. Particularmente en la facultad de filosofía y letras, pero en otras también, hubo un grupo de estudiantes y jóvenes historiadores que, precisamente, trataron de poner en discusión esa frontera tan tajante e impermeable entre el mundo de la historia y el mundo de la política, polemizando el mensaje implícito de que la buena historia inevitablemente significa una historia más bien ensimismada, como decíamos entonces, des-dramatizada. Cuestionaban la fragmentación de los temas de investigación, los periodos de análisis y proponían una re conexión con esas preocupaciones, con la idea de que eso podía dotar de mayor vitalidad y pluralidad el campo historiográfico. Menciono a algunos de los que participaron en esas discusiones, historiadores como Horacio Tarcus, Julio Vezub, Javier Trímboli, Favio Wasserman, Elsa Pereyra, Omar Acha, Tulio Halperín y quien les habla.

Propongo esto porque, en alguna medida, en la genealogía que nos proponía Hilda esta mañana, la aparición de esta problemática era más bien una cosa relacionada con el clima de época post 2001 y con algunas influencias internacionales, considero interesante pensar la posibilidad de que eso estuviera planteado antes. Algunos de los temas de *History Manifesto*, como por ejemplo, la crítica a la fragmentación estaban muy fuertemente tematizados en los años 1990. Planteo esto a cuenta de las posibles genealogías, no porque piense que hay una genealogía alternativa, distinta o mejor que la que dotó el campo historiográfico. Es la única que existía en ese momento, con capacidad de solidificar un campo, pero pensando en la posibilidad de que pudiera haber algún diálogo con voces no académicas, voces que se han ocupado del pasado, que no han sido tradiciones académicas ni mucho menos, pero sí han construido conocimiento acerca del pasado, cuyo contacto con el campo historiográfico, no siempre ha sido bienvenido, o a veces sí ha sucedido ese contacto, pero no ha sido del todo reconocido. Estoy pensando, por ejemplo, en el rastreo que hizo Horacio Tarcus del tema en el marxismo dado en la Argentina, las deudas del campo historiográfico respecto a la obra de Milcíades Peña, una figura que no pertenece al campo historiográfico y que sin embargo, ha tenido una impronta en una serie de investigadores.

La pregunta que quería proponerles, como una de las posibles para debatir hoy, es si es posible retomar una discusión sobre los vínculos entre historia y política, desde hoy, cuando ya tenemos el campo



académico más firme y consolidado de lo que era en 1983. Posiblemente en ese contexto, fuera la mejor opción posible, tratar de limitar y proteger un campo académico con barreras muy fuertes, habida cuenta de la historia previa de la que venía ese ámbito académico, de mucha intervención de lo político por sobre lo académico. Pero hoy, pasados ya unos cuantos años, con una solidez muy diferente, quizás se podría repensar una vinculación entre campo académico y su afuera. Entendido no solo como otras disciplinas, sino como otras voces que producen saberes acerca del pasado que no son académicos, con las que sin embargo podríamos entablar algún tipo de diálogo un poco más productivo. Esto considerando entre otras cosas, el caso de la historia reciente, que también es un campo nuevo, donde las presiones y los requerimientos y necesidades de intervenir políticamente es algo difícilmente eludible, como sí lo es en otros campos. Han visto que ha circulado un manifiesto en estos días, justamente como una intervención pública acerca de cómo se usa políticamente el pasado, y me pareció una línea interesante para discutir. ¿Cómo podemos pensar nuestros vínculos entre historia y política, entre el adentro y el afuera de la academia, de una manera que no implique trazar fronteras totalmente impermeables? No digo que no tenga que haber límites o distinciones, por supuesto que los hay. Digo que a lo mejor es posible pensar un diálogo de mutua escucha, mejor que el que hemos tenido a comienzos de la consolidación del campo académico.

Mirta Lobato:

–Me parece que el eje es interesante y que plantea diferentes cuestiones. En todo caso, la pregunta de Ezequiel está señalando, preguntándose sobre si se pueden construir o no genealogías, me parece que parte del diagnóstico, que tal vez sería bueno que pensemos o repensemos, que es que efectivamente ese momento de transformación que a la mañana se señalaba como radical, diría, hacia 1984, ha producido una frontera, una separación, una muralla entre la producción historiográfica y la política. Creo que ese es un problema de diagnóstico, porque yo haría la pregunta ¿es así? ¿Hubo una frontera tajante entre la historia, la producción historiográfica y la política? En todo caso, cuando decimos política ¿qué estamos diciendo? ¿Política como partidos, política como parte de la intervención pública? ¿Qué queremos decir? No sé, porque considero que la intervención política es mucho más amplia que la intervención a partir de un modo particular de hacer política, y porque pienso que esa historiografía, con todos los problemas que tenía, tuvo una participación activa. La tuvo en diferentes dimensiones y lugares, en el ámbito de la formación en el espacio universitario, en la transformación de los textos y manuales de historia, en la intervención pública cuando se debatían los usos políticos de la memoria, o quienes eran como “los héroes” que se reivindicaban en un momento. Estoy pensando en el momento de Menem y la repatriación de los restos de Rosas.

Entonces, el problema del diagnóstico tal vez está generando una oposición falsa alrededor de ese campo de producción historiográfica, las relaciones políticas y los vínculos con la política que por lo menos, desde mi perspectiva, yo no lo veo así, y me gustaría que discutiéramos ¿no? ¿Qué entendemos



por política? Porque la política estuvo presente en todos los actos, sean estos institucionales o historiográficos.

Valeria Manzano:

—A mí me parece, y voy a seguir con esto, más allá de que en cierto punto nos corremos de las preguntas iniciales. Definitivamente el diagnóstico es fundamental, de dónde partimos y qué entendemos por política. Considero que hay una cuestión que es importante, que tiene que ver con los criterios de validación y legitimación de la propia producción. Yo había atravesado, esto lo vuelvo personal, una carrera en la década del 1990, donde los criterios de validación y de intervención de nuestra producción, de lo que se suponía que los que estábamos en formación debíamos validar, lo que estábamos haciendo, no necesariamente se perfilaba con la política de vida, incluso durante ese momento. Creo que había una suerte de anclaje coyuntural de la discusión donde, en ese contexto, uno veía la cuestión política de cómo se estaban construyendo éstos criterios y del sentido de la historia que se proponía como político, cuando pensaba en su dimensión política. Me parece que toda esta historia tiene que tener algo fundamentalmente político, y hay una posibilidad de ampliar y ver hasta dónde podemos autonomizar un espacio, para no entender que toda palabra, todo objeto y toda intervención es política en sí misma. Hablar de qué manera podemos o no delimitar la formulación y la pregunta.

Con respecto a la genealogía Ezequiel, cuando traes a colación el libro de Horacio Tarcus y ver de qué manera ingresaron situacionalmente figuras, perspectivas e interpretaciones que no se gestaron dentro del universo de la academia a los modos de interpretar y de concebir la historia. La pregunta para todos, en torno a nuestro campo más específico que es la historia reciente, es un campo que se construye en sí, vía intervenciones, o se empieza a construir con participaciones que no necesariamente provienen de ese mundo. Cuestionar de qué manera uno se va a parar frente a la producción de un conocimiento que circula y que no tiene que ver solo con el debate de lo testimonial, es un proceso que se va sedimentando, como modo de aproximarse a un proceso o a una serie de dinámicas y me parece que operan las dos cuestiones. Por un lado, esas intervenciones pueden llegar a ser concebidas como políticas en sí, pero por otro lado, ves una forma de construcción de conocimiento distinta, que no necesariamente lo alinearía solo como político, sino como formas de conocimiento, de conocer el pasado, y validarse.

Gabriel Di Meglio:

—Con respecto a la política, me parece que más allá de que efectivamente hubo una inspiración con la política, y además creo que es algo inevitable. Sí pienso, con respecto a la política más bien partidaria, que uno puede ver cierta autonomía del campo historiográfico y de la fortaleza de investigaciones pos 1983. Tiene que ver con una preocupación empírica que es, los que trabajamos períodos bastante antiguos, ya están muertos todos los que estudiamos, desde mi punto de vista tiene menos dramatismo. Es interesante que, con colegas y amigos con los cuales pensamos de forma diametralmente opuesta



con respecto al presente, podemos tener ciertas miradas bastante similares con respecto al pasado, lo cual no deja de llamar la atención. Es decir, sobre todo para el período de independencia del siglo XIX, hay ciertos consensos fuertes con gente que tiene miradas políticas sobre el presente, radicalmente opuestas. Eso habla de la fortaleza de un campo no divorciado de la política, pero que quiere la autonomía y con problemáticas diversas, que interactúa, de una manera, con cierta protección respecto de lo que pasa afuera.

Con respecto a las tradiciones, hay una cosa que me parece interesante de la ruptura del 1983, que es el hecho de que hubo genealogías, había cierta historiografía con la cual era mejor discutir que con otra. Por el siglo XIX, leíamos trabajos en los cuales se discutía con La Nueva Escuela Histórica, mientras que el revisionismo histórico pasaba a ser más una fuente que alguien a quien matizar o con quien discutir, hablaba más de su época que de lo que planteaba el discurso histórico. Efectivamente, ahí hubo unas tradiciones selectivas, buscadas o no buscadas que existieron ¿no? Lo que me parece cada vez más problemático en realidad, a un nivel más juvenil quiero decir, es el hecho de cómo la historiografía actual, está muy sesgada adentro por el campo en que trabaja, es muy autorreferencial de lo que pasa del 1983 para acá. A veces se olvida de discutir con toda la historiografía previa en la Argentina. Hay problemáticas que ya han sido tratadas, Enrique de Gandía en 1940, que vuelven como novedad porque en realidad ya nadie lo lee a Enrique de Gandía. En su momento planteó cosas muy parecidas a las que dijo François-Xavier Guerra, que fue muy exitoso. Sin embargo, decís ¿dónde está citado de Gandía? En un punto, considero que el mismo éxito de la construcción del campo lleva a un problema, que es la autorreferencialidad de ese campo, a perder alguna cosa, que más allá de las distintas críticas que se han hecho, incluso sobre la construcción posterior del 1983, es el hecho de que en su momento esa generación era alfonsinista, digo yo, perdón.

Hilda Sabato:

—No éramos políticos, pero nuestras simpatías teníamos.

Gabriel Di Meglio:

—Lo que digo es que algo que reivindico es la voluntad de construir. Por ejemplo, en una carrera de historia donde entre investigar y enseñar, enseñar también es algo muy importante. Cosa que después, incluso algo muy bueno que tiene la disciplina actual, es el hecho de que uno puede dedicarse, por ejemplo, sobre todo a investigar, lo que ha llevado a cierta pérdida de lugares colectivos y de alguna cosa que es feroz actualmente, para mí muy grave, que es la hiper-especialización. Cuando vas a un congreso y alguien dice: “ah, yo no puedo opinar de eso porque estoy especializado en 1960, entonces del 1961 no hablo”. Lo he escuchado así, casi literalmente y es para pegarse un tiro. En buena medida la ausencia de debate de la historiografía argentina tiene que ver con eso, con que la gente habla solo de lo que sabe y lo que sabe es así.



En ese sentido, sí reivindicaría el hecho anterior, esa genealogía, el hecho de abrir un poco, esto de que todo el mundo que quería hacer historia podía. Está bien que hoy la producción es tal, que es más difícil hacerlo, pero si uno pierde de vista eso, es decir alguien que hace historia reciente e historia del siglo XIX ya no tiene ningún lugar del cual hablar, y si uno quiere puede evitar completamente eso. Es verdad que cuanto más reciente, todos tendemos a saber más de lo más cercano, pero al pobre medievalista no lo lee nadie, argentino ¿no? Ni hablar de los que hacemos historia del siglo XIX, la gente del siglo XX no lo lee, claramente. Así, a veces se plantean como novedades históricas cosas que vos decís “che pero esto yo lo vi antes”. Pienso que ahí hay un esfuerzo de recuperar parte de esa idea de circulación de conocimiento, porque por lo menos de historiografía general actual no lo veo en lo más mínimo.

Luciana Anapios:

–Yo quería sumar en esta reflexión sobre las tradiciones, volviendo un poco más al guion del eje, pero que también se relaciona con temas que estamos nombrando, con temas que van a venir más tarde. Cuando leo *Historia y tradiciones historiográficas* primero, no puedo olvidarme de los Estados Generales de sociología y antropología, en los que varios de los que estamos acá estuvimos, abrieron con una presentación, que el año pasado estuvo a cargo de Rosana Guber y de Alejandro Blanco. Blanco, en forma de chicana, decía que la agenda de los historiadores la habían armado los sociólogos, pensando en Germani, en esta construcción de genealogías, de grandes nombres, la inmigración y el peronismo fueron importantes temas de la historiografía que habían sido aportados por Germani. Eso que en ese momento fue disparador de otras reflexiones.

A partir de eso, pensando en las tradiciones historiográficas previas al 1983, 1980, sobre todo en las tradiciones con las que muchos de los que damos clases en grado por ejemplo, formamos estudiantes. Estudiantes de historia en algunos casos, en mi caso particular en el IDAES formando sociólogos y antropólogos. Analizar un poco eso, me pasa siempre que reflexiono esto dando clase ¿Cómo nos relacionamos con esas tradiciones historiográficas con las que enseñamos? y ¿qué tienen que ver con Germani, Romero, Luis Alberto? ¿Cuáles son esos grandes nombres? ¿Cómo transmitimos esta trayectoria de la que hablábamos en la mañana, que Hilda recorría? Y sobre todo ¿Qué nos diferencia -la cuestión que aparece ahí en el eje- hoy de esas tradiciones historiográficas? Son todos temas que, por lo menos a mí, me dan vuelta por la cabeza, no tengo muchas respuestas sobre el tema, pero me parece que es un buen lugar para discutir.

Ricardo Martínez Mazzola:

–Retomando un poco algo que señalaba Luciana recién, soy sociólogo. Con los años me he convertido más en historiador, eso me dicen. Pensar qué pasa en otras disciplinas, quiero decir sería imposible plantear que alguien de los 1980 dijese que la sociología estaba desligada de los debates de ese tiempo. Nadie argumentaría que Portantiero, escribiendo en los 1980, estaba desvinculado de la política ¿no? En realidad, llamativamente, había una relación muy fuerte entre grupos, voy a decir algo modernizador en



filosofía, historia y sociología. Entonces, nuevamente esta cuestión de la impresión como una agenda temporal. El caso se relaciona, ahora así, con mi propia indagación. Mi pregunta y el tema de mi tesis en realidad es, en algún punto, un corolario de Aricó. En el cual, hay una indagación que relacionada con la historia, pero que está suscitada por una pregunta política, la cual está muy ligada al presente, que es la relación entre socialismo y movimiento nacional popular.

Considero que tiene algo que ver con lo que decía Hilda a la mañana, que me sorprendió un poco, cuando señala como una marca del tercer momento este predominio de los temas socioculturales. Un giro con los nuevos temas socioculturales, es algo que yo observo, sobre todo en los que hacen historia de izquierda. Me parece que, efectivamente, se está dando un nuevo momento en el estudio de las movilizaciones, de la prensa. Pero en el campo que trabajo es un poco distinto de lo que ella decía, porque lejos de derivarse en una mayor identificación con los sujetos, sucede todo lo contrario. Lo que percibo es que la identificación con los sujetos aparece en los que hacen historia de izquierda, sobre todo de la historia social, que en muchos casos es un marxismo bastante cuadrado. En todo caso, en términos generales lo hacemos más en clave de historia-política o historia-intelectual, mientras este giro sociocultural, que podríamos llamar giro material en la historia, es todo lo contrario, me parece todo un paso mayor en la despolitización. Efectivamente ciertos estudios, no todos, pero algunos estudios de las movilizaciones, de la prensa, que pueden ser de uno que trabaja esto como podría estudiar cualquier otra cosa. Tal vez asocié cosas que se planteaban por separado, pero pueden haber ciertos movimientos re-politizadores, sin embargo lo que yo veo es lo contrario, un paso mayor en la historia, o una parte de esa investigación en clave sociocultural, en clave material, que borra mucho más la cuestión política que la historia política o la historia social.

Paula Canelo:

–Yo también soy socióloga.

Hilda Sábato:

–¡Estamos invadidos!

Paula Canelo:

–Me interesa mucho este tema del vínculo entre los campos intelectuales o académicos y la política, esta pregunta que decía Mirta sobre ¿de qué hablamos cuando hablamos de política? Podemos hablar de muchas cosas. Me parece que una forma posible de reflexionar sobre esta relación disciplinaria con la política, es pensando un poco en las agendas temáticas. Cuando miro por ejemplo, lo que sucede con la sociología y la ciencia política durante la transición de los 1980, veo un solapamiento muy fuerte entre los temas de agenda del campo académico sociológico, de la ciencia política y los grandes problemas de la transición. En los años 1980 los sociólogos y los politólogos se dedicaban a la cuestión militar, los



problemas económicos de deuda externa, la política económica del régimen, los derechos humanos. Era una agenda muy interpenetrada, y esto me hizo acordar a esta idea de Silvia Sigal sobre la falta de autonomía entre el campo político y el campo académico, y no conozco la agenda de la historia de los años 1980. Tal vez sería una buena forma, si es posible, no sé qué grado de fragmentación tenía la disciplina en ese momento, ni cómo logra reconstituir los problemas que habían quedado como interrumpidos, por lo que Hilda decía a la mañana, después de la dictadura. Pero creo que es una buena forma, tratar de ver si hubo una agenda temática y qué vínculo podía tener esa agenda de definición de problemas con los problemas que tenía el campo político.

Marina Franco:

–Tengo la sensación de que en algunos casos se están mezclando cosas distintas. A partir de los 1980, lo que se da es un proceso fuerte de profesionalización y de construcción de un discurso de la autonomía relativa del campo disciplinario en relación con la política de la coyuntura. Es decir, la legitimidad de pensar y construir objetos de conocimiento lejanos al tiempo, que no estaban completamente intervenidos por la política de la coyuntura, y eso no significa despolitización, sino otra manera de pensar la disciplina. Son dos procesos distintos, que efectivamente tienen cierta convergencia temporal, pero que son diferentes. También podríamos decir que, con el tiempo, esa profesionalización y esa autonomía relativa de la historia y de su agenda han vuelto a tener otras modificaciones, creo que en los últimos años eso es evidente, por ahí mencionabas en el campo de la historia reciente. Pero uno para el ámbito de la historia de las ciencias podría decir exactamente lo mismo. El campo de la historia reciente mantiene la idea de la legitimidad, de pensar objeto por autonomía con la agenda de validación científica y eso no nos impide pensar políticamente. Porque estos son dos problemas distintos y se articulan de maneras distintas.

Leandro Losada:

–Aprovecho para sumar a la conversación las dos preguntas que estaban formuladas en la propuesta de la organización y que quedaron por enunciar, que son los vínculos de la historiografía argentina con tradiciones historiográficas extranjeras, inglesa, francesa, alemana, italiana. En ese punto, también se planteaba el vínculo de la historia argentina en el debate latinoamericano. En este marco quería proponer, para abrir la discusión, algunas consideraciones: ¿Cómo reflexionar sobre el impacto de estas historiografías extranjeras en la historiografía argentina del 1983 para acá? Pensaba que se podían distinguir dos planos, el que tiene que ver con la dimensión más epistemológica-metodológica, y el de la definición de la agenda de investigación. Es decir, creo que algunas influencias historiográficas extranjeras influenciaron en ambos planos al mismo tiempo, renovando una reflexión sobre el conocimiento histórico y planteando agendas de investigación. Otras, quizás han contribuido más a la reflexividad del historiador que de forma concreta en la historiografía argentina. Pienso en este caso, pero obviamente es un interrogante largo, en la historia italiana. La historia italiana ha sido mucho más significativa en la reflexión epistemológica y metodológica sobre la investigación histórica, que en inspirar



trabajos o una corriente sostenida de investigaciones basadas en ese modelo, como sí ocurrió con la historiografía francesa o británica, como se mencionaba a la mañana y lo decía Ezequiel ahora. Así que pensaba de esa forma, ¿cómo evaluar la influencia de las historiografías extranjeras en la constitución de la tradición historiográfica argentina del 1983 para acá? De lo metodológico y epistemológico en la agenda de investigación y en la formulación de preguntas.

Gabriel Di Meglio:

–Un comentario de paso nomás. Para mí, como cambio, el peso más reciente es de filo norteamericano, en la agenda respecto a los últimos años, sobre todo porque es la agenda que siguen los franceses cada vez más, que es el otro gran foco. Lo que me parece interesante, lo he dicho alguna vez y perdón si alguno lo escuchó, es cómo la historiografía usó siempre categorías francesas sin explicitarlo, sobre todo tomadas de Foucault y Bourdieu, por ejemplo, sin decir esto lo tomo de Foucault, de Bourdieu. Mientras con otras categorías norteamericanas, por ejemplo *agency*, que además no se puede ni traducir porque agenda no es lo mismo. Uno dice, “*agency* lo tomo de tal, no sé de Spivak”. En cambio, uno dice capital simbólico o capital político, y no dice esto es Bourdieu, por ahí ni siquiera leyó nunca a Bourdieu y usa capital político ¿no? Lo mismo con Foucault, conceptos como prácticas, representaciones. Tomas Bourdieu, Foucault, De Certeau, que quizás no los viste nunca y escuchas su vocabulario de manera acrítica, sin conciencia de que es un vocabulario francés. En ese sentido, me parece interesante ese peso de hecho de esa tradición francesa fuertísima. Canal Encuentro sacó un programa que se llama *Grandes pensadores*, no le puso grandes pensadores franceses y eran todos franceses. Hay una especie de desfase entre lo que fue lo francés, que ya no es más, en mi opinión, la agenda creciente que viene de los que van a estudiar a Estados Unidos y traen las novedades. Lo cual para los historiadores es una mala señal, porque salvo historia, por definición, todo lo que son las otras disciplinas, están en un momento profundamente ahistórico, se nos viene la noche.

Cristiana Schettini:

–Te quería preguntar una cosa. Me llama la atención esa ubicuidad de categorías francesas usadas con sentido común historiográfico, y a la vez esa creciente importancia o intensificación de lectura, de los debates historiográficos norteamericanos que descubren los franceses, muy recientemente, mucho más que los argentinos. En los circuitos de diálogos internacionales, en el marco historiográfico internacional, hay una cierta lectura argentina de - es una pregunta - Bourdieu o de las formas en las que Foucault inspiró su investigación, que después los norteamericanos en los años 1980, con posterioridad a los argentinos, se ponen a leer esas cosas, esos autores, y formulan otras preguntas. Entonces vienen otros argentinos y leen a los norteamericanos y así. Quería saber un poco ¿cómo pasa con las experiencias de ustedes en definir genealogías, esos diálogos cruzados y los potenciales malentendidos intereses?



Claudio Ingerflom:

–Es interesante ese punto, porque en la historiografía francesa existe la convicción, muy europea porque no es solamente francesa, de que si algo se escribe bien se escribió en el mismo hoyo ¿no? a la derecha, Cambridge, etc. Esto se transformó en los últimos treinta años, no sé si transformó o más bien solidificó, un buen provincialismo. Por ejemplo, Hayden White jamás fue traducido al francés, no hay ningún trabajo del autor en francés, a lo mejor me equivoco para los últimos tres o cuatro años, pero hace seis, siete años no había y White estaba en boga. Me acuerdo que Roger Chartier le hizo una crítica muy violenta y él no pudo responder sino en *Storia della storiografia*, que es una revista italiana. O sea, los franceses no tuvieron globalmente, salvo los cuatro gatos que se van a buscar la revista italiana para leer en italiano, y tampoco conocen bien Hayden White porque hay que conocer muy bien el inglés para entender lo que este señor escribe. Entonces es un punto que está claro. El otro es un poco el asunto de cantar una canción sin conocer al autor, uno hace propia la música y la va llevando por la calle y te preguntas quién es el que planteó el mensaje.

Marisa Baldassarre:

–Quiero hacer una intervención trayendo una discusión para historia del arte, un poco rastreando las tradiciones fuertes en que nos formamos, como se dijo acá, los que hicimos la carrera en los 1990. La sociología de la cultura de Bourdieu, que mencionó Gastón a la mañana, la teoría de la cultura de Raymond Williams. En esto me atrevería a decir un detonante, porque es un teórico que se leyó mucho más en historia del arte que, los que nos formamos en esa época, que en historia. Quizás por un dialogo más fluido con la teoría literaria, no sé lo pregunto, y también con lo que se entendió como historia social del arte de la academia norteamericana. Pero, en este punto va la pregunta para los historiadores ¿Qué pasa con el mapa de Latinoamérica?

Para nosotros fue muy importante, en relación con lo que decía Leandro, el punto de investigaciones estéticas de México como un lugar de formación de agenda de investigación, no tanto para reponer las mismas preguntas, como para pensar realmente en una historia del arte argentino, o problemas del arte argentino en relación con una agenda de América Latina. Pregunto si hubo alguna discusión en historia que haya funcionado de esa manera, una institución específica, mapa institucional, o si es posible que Buenos Aires funcionara de esa manera, no lo sé. Es decir, las tradiciones teóricas fuertes no estaban proviniendo de América Latina, algunas quizás, sobre todo lecturas con las que nos formamos, pero eran muy importantes las agendas de investigación de producción, sobre todo la propia renovación que se estaba dando en México. Especialmente a partir de una figura que se mencionó hoy a la mañana, como fue Rita Eder, quien fue una profesora que ha tenido un dialogo muy fluido con Buenos Aires, con la generación formadora de nuestra generación, Laura Malosetti, Andrea Giunta, Diana Wechsler.



Hilda Sábato:

–No quería hablar porque ya hablé mucho hoy, pero lo haré en relación con algo que nada que ver con lo que dije hoy. En cuanto a la agenda más internacional, creo que una cuestión muy interesante en el campo de la historia, que no sé cuánto de esto efectivamente incide o no incide en las carreras, volviendo a la pregunta de Mirta de esta mañana, me parece que está un poquito anquilosada, no ha recibido rasgos ni modificaciones respecto a la reforma inicial. Pero en el ámbito de la producción y la circulación del campo, me parece que un rasgo fundamental ha sido el intercambio con otros países de Latinoamérica, volviendo a lo tuyo. En algunos campos, en el mío sin dudas, pero también en el campo de la historia política y no solamente en la historia política, de pronto estamos pensando los problemas como parte de problemas que no son argentinos. La ruptura del mito nacional termina sirviendo para preguntarnos, cuando empecé a trabajar pensaba que la Argentina y más aún, Buenos Aires, era única. Luego me di cuenta que no entendería nada de lo que podía ver en Buenos Aires y en la Argentina si no lo pensaba como parte de un problema mayor. Esto no es individual, esto es parte de un movimiento que se da también en muchos países, en Brasil, se da en México. Eso para mí es nuevo, no porque América Latina como idea sea nueva, ni porque no haya habido intercambios, y obviamente ha habido un campo desde los años 1960 que fue muy importante en la latinoamericanización de las ciencias sociales, fue decisivo. No obstante en historia esto adquirió un nuevo cariz. No es el mismo que el latinoamericanismo de los años 1960 el que tenemos ahora, que es pensar en conjunto problemas comunes que pueden tener soluciones diversas, y eso ha creado una cantidad de intercambios institucionales, pero también intelectuales de primera magnitud, y creo que eso es nuevo. Eso es nuevo y a mi manera de ver es muy productivo.

Marina Franco:

–Coincido completamente con lo que dice Hilda, para mi campo también eso es fundamental. Sin embargo, tengo la sensación de que eso nos requiere un trabajo, que no está instalado en absoluto, que hay que ir a buscarlo, que hay que generar el diálogo con los colegas, que hay que crear los espacios.

Hilda Sábato:

–Totalmente. Estoy de acuerdo.

Marina Franco:

–No es la misma fluidez con las que circulan las referencias francesas o norteamericanas, en absoluto. Todavía requiere de un trabajo y una instalación como parte de nuestras tradiciones, que no está. Por eso, quería ponerlo como matiz.

Carolina, respecto a esa posición frente a Latinoamérica, obviamente he notado como colombiana, que hay una diferencia que llama mucho la atención del discurso general de la historia, sobre el dialogo con



Latinoamérica en general. Son Brasil y México, claramente, los lugares donde hay una densidad, un sistema mucho más fuerte, pero el diálogo con otros países distintos es mucho más difícil de producir, por visiones que tienen que ver, no solamente con esos campos que todavía están apenas saliendo, sino con temas de circulación de conocimiento, de infraestructura y de un montón de cosas que lo hacen aún más complejo, porque pensar esos problemas en conjunto con Paraguay, Ecuador, Bolivia, está costando bastante. Tiene que ver con eso.

Silvia Dolinko:

–Retomo algo de las últimas cuatro intervenciones, como para articular. Pondría una cosa más de esto que dijo Carolina, pensando en estas referentes que ustedes plantearon, con las que coincido plenamente, incorporar también la relación con una categoría que planteaba Gastón esta mañana que es la de mestizaje. Pero también en la propia formación, esto de recurrir a Rita Eder y Williams, particularmente, para pensar determinado problema que podía resultar operativo para abordar cierto núcleo de problemas políticos o no. Introduciendo además, esas otras voces que uno quería escuchar, ¿no? Si vamos a nombres propios que resultaron reveladores o iluminadores para los textos, saliendo de este canon México – Brasil, está Ticio Escobar, que para quien no conoce es un historiador teórico paraguayo, a quien muchos conocimos primero en la lectura antes que personalmente.

Intervención:

–Ahora hay una exposición.

Silvia Dolinko:

–Acaba de terminar la exposición. Tanto Rita Eder, Fausto Ramírez o Ticio Escobar, es decir historiadores del arte que hemos tenido, están introduciendo los problemas de mestizaje en términos de sus problemas, matices, a la hora de elaborar el modelo de cómo construir un muralismo mexicano, por ejemplo. Entonces, pensarlo como problema de estudio y a su vez en relación a cómo nosotros pensamos esas cuestiones.

Respecto a lo que decía Marina, que tiene que ver con otra parte de la agenda de estos Estados Generales, sobre los intercambios o de ciertos cánones, la cuestión lingüística o idiomática, e incluso otras voces de la traducción. Porque claro, nosotros leemos, pero después los cerebros, quiero decir nosotros estamos repensando o produciendo sobre los mismos casos. Un artista está trabajando acá o en Alemania, pero se ve en inglés.

Leandro Losada:

–Quiero acotar, con relación al tema de Argentina y el debate latinoamericano, como pregunta que incide en el eje sobre las agendas de investigación ¿Qué peso tiene en la tradición historiográfica argentina, la



idea de la Argentina como excepcionalidad latinoamericana? Es decir, cómo la historiografía sobre eso, en función de lo que comentaba Hilda por ejemplo, la historia política del siglo XIX ganó muchísimo incorporando una agenda de problemas latinoamericanos, habría que agregar un matiz respecto de la incidencia de no latinoamericanos en la distinción de ese debate. Es decir, cómo jugaron esas circulaciones internacionales en esta nación de una problemática latinoamericana para pensar la historia política. Decía, ese es un caso, como bien señalaba Hilda, creo también Gabriel, donde la incorporación de los problemas argentinos en un contexto latinoamericano fue una manera de avanzar en la renovación de la interpretación del pasado. Ahora en otros, y un poco retomando la pregunta que se hacía un tanto en chiste ¿qué es el peronismo? Es decir, la grilla de ubicación del peronismo como fenómeno de los populismos latinoamericanos ha sido revisada justamente para renovar su interpretación o indagación. Plantear como pregunta ¿cómo opera la tradición historiográfica argentina este lugar de excepcionalidad en el contexto latinoamericano y cómo sigue en la investigación? Si alguien quiere opinar.

Marina Franco:

–Yo había pensado la excepcionalidad pero en un sentido inverso, y me disculpo, no sé si tiene que ver estrictamente con mi campo, hablo desde lo que hago y por ahí no conviene generalizarlo. Me parece que parte del problema es nuestro, tiene que ver con lo que decía Carolina, en el sentido de que nos comportamos como actores dominantes en el contexto latinoamericano. La historiografía argentina aparece como una historiografía fuertemente profesionalizada, con alto nivel de producción, con alta calidad y por lo tanto, somos leídos así desde muchos países latinoamericanos. Eso nos pone en el lugar de dominantes y por lo tanto, no nos acercamos a lo que sucede del otro lado, y funciona igual en todos los países y por supuesto que en todos los campos. Pero al menos en mi campo, hay algo de eso.

Leandro Losada:

–Una excepcionalidad en clave de superioridad.

Gabriel Di Meglio:

–En la experiencia de la historia latinoamericana siempre hay dos niveles excepcionales. Por ejemplo, tenés el Iber-concepto. Habernos puesto de acuerdo -este caso es excepcional- porque obviamente por definición todo es un caso excepcional. La única excepción que conozco es una que se cree modelo. Es decir, si tenemos campesinos, indígenas y extranjeros es Latinoamérica ¿no?. Esto me parece que es el caso en toda la región, no es un problema argentino. Todos creen que son un caso muy diferente, los uruguayos, los chilenos, los brasileiros ni hablar.



Inés Yujnovsky:

–Me parece que nosotros creemos que tenemos una historiografía dominante y que desde afuera eso más bien se ve como cierto egocentrismo.

Mirta Lobato:

–Mientras hablaban estaba pensando en dos cosas. Una es que hay una novedad que me parece importante, que es la constitución de redes, porque esas redes son las que, me da la impresión, permiten desnaturalizar los supuestos en cada lugar. En la medida en que esas redes van aumentando entre los historiadores en diferentes países, es posible que podamos pensar de una manera distinta, ya no en términos de la excepcionalidad o de cuán parecidos somos, sino de desnaturalizar estas biografías, de tal modo que uno pueda repensarlas y reformular los problemas a la luz de esa desnaturalización.

Por el otro lado, algo que no tiene nada que ver con lo que acabo de decir, me parece que las tradiciones historiográficas son mucho más aleatorias de lo que estamos pensando ahora en esta mesa. Cada uno arma una biblioteca como puede, que tiene que ver con la posibilidad que tuvo de estudiar o dialogar con otros en otro lugar, y que tal vez, no sé si son tradiciones historiográficas, sino que serían modos de pensar que a veces influyen en unos más en otros. Por ejemplo, las agendas para nosotras, las que hacemos historia de las mujeres, cuestiones de género, es un tema que, como problema historiográfico, cruza a las diferentes disciplinas más al vivo. Ahora, eso tiene que ver con cómo uno va armando una biblioteca, cómo uno va leyendo ciertos textos, a veces de segunda, tercera mano, hasta que finalmente los encuentra y ahí construye esa genealogía de esa tradición, que lo veo más como una operación historiográfica, una operación política más que como una cosa que fluye a partir de no sé qué cosa.

Valeria Manzano:

–Coincido en pluralizar y en algún punto desustantivar la idea de tradición, como bajarle un poco el tono. Pero es verdad que tiene segmentaciones institucionales fuertes, que hay tensiones que uno puede plantear a un colectivo que tienen que ver con instancias formativas, o sea qué leyó, que tuve la posibilidad de leer en la biblioteca de grado, en el posgrado, en un punto sin ser cien por ciento condicionantes. Forman parte del menú con el que uno se encuentra, y hacen que la individualidad de las decisiones sea un poco más puesta entre signo de preguntas. Es verdad que, a la hora de afrontar uno su propia investigación, escoger en la variedad es como la tarea del investigador. Ahora, las tradiciones juegan, me parece, otro partido a la hora de sedimentarse institucionalmente.

Mirta Lobato:

–Pero es situacional, eso es lo que quiero decir.



Valeria Manzano:

–Que va variando, totalmente.

Mirta Lobato:

–Es situacional, ahí es donde a mí me parece, que si somos historiadores tenemos que marcar esas situaciones específicas que permiten la circulación y el debate de determinadas ideas que en otros contextos no se producen. Es una cuestión posicional, si ustedes quieren, y es al mismo tiempo generacional, porque ninguno de los que estamos aquí, ustedes por ahí más que nosotros, puede hablar de cierta formación, de lecturas en la formación de grado, que otros realmente no podemos hacer. Yo por lo menos no puedo hacer eso.

Leandro Losada:

–Quedan dos personas anotadas y después ya estamos con el tiempo asignado para el eje.

Marisa Baldasarre:

–Un comentario cortito. Coincido con lo que decía Valeria recién y considero que se enlaza con esto último que dijo Mirta, es posible que sea un corte generacional, pero si vemos las tesis de historia del arte que se han definido del 2000 para adelante, en los marcos teóricos de esas tesis, sean desde el arte colonial hasta el arte contemporáneo, aparecen estas mismas presencias, los nombres que hemos dicho acá. O sea que hubo textos que fueron muy formativos y que han moldeado, es algo para seguir pensando de qué ha sido producto esto, del acto sagrado, de esta profesionalización. Es bien interesante, no sé si sucede en historia, pero en historia del arte esto pasa, que uno encuentra a Williams, a Bourdieu, hay como cinco o seis citas de autoridad que están ahí reflatándola y en estos últimos tiempos sumaríamos a Didi-Huberman ¿no? Esta vuelta de lo bourdiano, de lo que hablaba Gastón a la mañana, con todas las malas subestimaciones además, que ese marco teórico tan particular trajo para la historia del arte, no por su potencialidad, sino por su mala utilización...

Ricardo Ibarlucía:

–Me pareció impresionante todo lo que fueron señalando, creo que de un modo u otro fueron mirando distintos aspectos de lo que son procesos de recepción, asimilación de lecturas. Tal vez no tenemos una estructura sobre esto, efectivamente sobre de qué modo presentamos las teorías, elaboramos más el pensamiento, las diferencias y las reincidencias de las discusiones sobre la enseñanza. Quiero volver a subrayar una cuestión de la mañana, que quizás se malentendió porque se la puso en perspectiva histórica, que es la relación entre filosofía e historia a lo largo del siglo XX o XIX. Mi pregunta es actual ¿Cuál es el dialogo entre la filosofía y la historia? Una de las pruebas es que no –no digo que no haya trabajo– haya personas que estén recreando condiciones similares a las de Skinner, de un grupo de



filósofos en Inglaterra, Gadamer y Koselleck, esa secuencia hoy en día. La pregunta es hoy, uno ve que en los marcos teóricos aparecen mucho las citas de autoridad de filósofos, es enorme y forma parte de una doxa, no forman parte de una metodología de estudio, ni de una incorporación teórica de un modo u otro asimilada de ser una referencia por un modo de pensar, por una elaboración, sino una reproducción de un modo de autorizar. A veces en autores que van directamente en contra de trabajos, por su planteo, van completamente en contra de trabajos realizados. Entonces uno puede encontrarse con un trabajo que descansa en mucha base empírica, que busca autorizarse o legitimarse en Derrida. Eso es una locura, algo está mal ¿no? Por ejemplo que se reafirma la meta-funcionalidad de los conceptos o de las teorías y luego no son compatibles con las investigaciones que hay.

Ahí es donde señalo, que la riqueza de un encuentro, tal vez porque en mi caso trabajo en las dos bandas, de diálogo entre la filosofía y la historia no es un diálogo con las tradiciones, ese también existe “yo estoy aquí y leo a Heidegger” o “yo leo a Benjamín”. Benjamín murió en el año 1940, estoy hablando la interlocución hoy, donde podamos, de alguna manera, ver la pertinencia, la relevancia que puede tener eso, este encuentro para el futuro entre las disciplinas históricas. Porque estoy pensando en que una cosa es que, como historiador haya leído a Hobbes y esto me sirva a mí no sé, para pensar la modernidad política. Pero otra cosa es que tenga una discusión actual con los estudios sobre Hobbes y la teoría política, la mirada filosófica sobre la modernidad política. Me parece que ahí andamos con un divorcio, o en ese diálogo sordo-ciego, se citó el caso de Dante. Termino con esto, Danton es el caso de un gran filósofo, importantísimo, que elaboró una exitosísima filosofía del arte siendo él un filósofo de la historia, sin historiografía. Es decir, la teoría de Danton no resiste un análisis historiográfico, ustedes mismos la destrozarán. Desde el punto de vista de la historia de las ideas tampoco resistiría. Considero que ahí hay un camino para indagar, que tiene que ver con el tema planteado, las tradiciones, los modos de pensar las teorías que elaboramos y las prácticas que realizamos.

Ariel Wilkis:

–Como dijo Silvia Bernatené, la secretaria académica, en el claustro general se produce un archivo. Esto lo recuerdo, básicamente porque ustedes son historiadores y tienen sensibilidad con el archivo, pero además porque cuando los escuchaba, recordaba las discusiones que hicimos en sociología y antropología para pensar en los treinta años de continuidad institucional, que hay que remarcarlo, es un hito en la historia intelectual argentina. Pensaba en las homologías, lo que pasa en sociología y antropología con lo que estaban expresando hoy y me surgieron dos cosas. Uno, los invito a ir a esos archivos para encontrar el diálogo de espejo con las disciplinas que, por accidentes institucionales, están en diferentes lugares físicos, y que, nota al pie, hablando a favor de la Universidad de San Martín, acá están siendo reunidas en un solo lugar físico que es el campus. Por un lado, ir a esos archivos para entender el espejo y sus propias discusiones.

Lo segundo, estoy reflexionando si esa distinción entre marco teórico y tradición es algo muy situacional o posicional, si es fruto del contexto en el cual producimos hoy en día ciencias sociales e historia. No sé si



en el pasado había esa distinción entre tradición y marco teórico, es algo más nuestro, y por ahí preguntarnos si cuando citamos autores los hacemos como parte del marco teórico o porque los inscribimos en una determinada tradición ¿Cuál es el peso de inscribirse en tradiciones? Considero, para ser recuperativo, que hoy en día se produce muy poco de esa sociología y *garpa* muy poco para hacer carrera académica, “cuantas menos tradiciones me atribuyan, mejor me va a ir”...



Mesa 3: *Problemas de investigación histórica: métodos, fuentes y archivos*

Cristiana Schettini:

–El eje que estamos iniciando se llama *Problemas de investigación histórica: métodos, fuentes y archivos*, y Adriana va a disparar algunas cuestiones. Creo que podemos crear una continuidad con lo que veníamos hablando, porque vamos a conversar más de nuestras trayectorias formativas, no de tradiciones a las que uno se afilia, y de cómo trabajamos con nuestras fuentes.

Adriana Petra:

–Buenas tardes a todos. Primero que nada, les agradecemos a Claudio y Juan la invitación. Solamente quiero decir un par de cosas que pensamos en relación a la existencia de este eje, en este espacio que se apoya en varias razones que atañan tanto a las prácticas historiadoras, las cuestiones teórico-metodológicas en investigación, como a una dimensión institucional, relacionada con el papel de las bibliotecas, los archivos, los centros de documentación en el contexto del campo, sus diversas áreas disciplinares, la universidad, el Estado me animaría a decir, y el modo en que los historiadores pensamos y reflexionamos esa dimensión disciplinar y profesional. Se trata de una preocupación que, no sin dificultades, es cada vez más compartida y que justifica la existencia de este espacio de debate. Además forma parte de una apuesta institucional más amplia, en una universidad que tiene una política hacia los archivos, que alberga diversos archivos y que, específicamente, va a tener dentro de la carrera de grado de historia, que está por lanzarse, un asignatura dedicada a estos temas, que va a llevar un nombre bastante similar al bloque que estamos discutiendo.

Los ejes sugeridos, que Cristiana organizó de una manera muy útil para disparar la discusión, tienen que ver con dos cuestiones. La primera es un debate sobre lo que Danton dijo una vez respecto del círculo virtuoso entre nuevas preguntas y nuevos archivos, pero no diría solamente nuevos archivos, sino más bien nuevas formas de leer, producir y construir fuentes, archivos, documentales. Por otro lado, una apuesta a introducir el debate sobre las propias instituciones archivísticas, su organización, el tema de la sensibilidad y las funciones sociales del archivo. Así que vamos a empezar por el primer eje, e iniciamos la discusión en lo que nos queda de tiempo.

Abrimos y podemos reflexionar sobre los dos temas simultáneamente porque no tenemos mucho tiempo. Por un lado, sería ¿con qué fuentes y trabajando de qué manera nos formamos? ¿Qué nos pasó en los últimos tiempos de nuestra trayectoria profesional? En ese marco, quería bajarlo a dos cuestiones concretas sobre los tiempos de trabajo con las fuentes, pensando en dos sentidos. Por una parte en cómo se forma uno, yo me formé, esta es mi intervención, con mis maestros diciendo “las fuentes hay que leerlas lentamente, hay que leerlas como quien lee filosofía, hay que ir al archivo y estar ahí”. Poniendo eso en contraposición con los medios tecnológicos para acceder a las fuentes, y cómo hoy en



día uno va al archivo con una máquina fotográfica y saca fotos de lo máximo. Qué significa y qué impacto tiene eso, en qué fuentes trabajamos y cómo trabajamos esas fuentes.

Por otro lado, la pregunta que tiene que ver más con los archivos y las instituciones, por ahí la pregunta de nuevas fuentes ¿qué archivos construimos? ¿Qué nuevos archivos tenemos que no teníamos en esos treinta años? ¿Cómo nos afecta eso? ¿Qué nuevas preguntas hacemos en esas fuentes?

Un tercer eje, porque tenemos un punto para crear un diálogo más concreto con la historia del arte, que es el maravilloso mundo de las fuentes no textuales o las fuentes visuales. ¿Qué hacen o no hacen los historiadores tout court con ese universo documental?

Inés Yujnovsky:

–Me parece que los dos primeros ejes no están separados, un trabajo como el que nosotros hacemos, las fuentes, no está separado de las políticas institucionales, de qué juntamos y cómo juntamos. Ariel, creo que se fue, pero creo que hoy en día es muy difícil seguir manteniendo que vamos a leer una fuente, un archivo en forma transparente sin el resto de la historiografía que vino después. En el momento en que los contemporáneos discuten y crean algo que después se nombra como fuente, hay una interpretación sobre eso, luego otra interpretación y otra interpretación, e instituciones y archivos que hacen todo eso, parte de la política de la memoria. Hoy en día es difícil pensar que podemos llegar a una fuente en forma prístina, como si no hubiera existido todo lo demás.

Silvia Dolinko:

–En relación con los archivos y la historia del arte, voy a avanzar sobre el eje y correrme un poco para la formación, la profesionalización, el estado del campo. Treinta años, es interesante respecto a que tenemos una naturalización del archivo, hicimos archivo, todos sabemos de qué se trata cuando hace treinta años atrás, tal vez quince años atrás había que estar reflexionando, era un universo novedoso el trabajo de archivo, los archivos, el acceso a los archivos. En el caso del CeDInCi también, donde mucho trabajamos. En realidad, la política de archivos desde la UNSAM ha tenido sus contribuciones. Este tema de lo novedoso, en cierto sentido, en concertación con la historia, con el recorrido disciplinar y como rápidamente le dio acceso a un universo impensable hace no mucho tiempo atrás.

Juan Suriano:

–Como plantear un poquito la agenda. Voy a hacer una aclaración con respecto a lo que decía Inés, que por supuesto estoy de acuerdo, pero me parece que esos no son problemas de hoy. Siempre, desde que tengo memoria, voy al archivo de los años 1970, que creo que ustedes todavía no habían nacido, y siempre existió ese problema. Es como una verdad de perogrullo la historia de que uno no va ingenuamente a la fuente, a ver las distintas interpretaciones de la misma fuente van cambiando de acuerdo a cómo piensa el historiador y en qué corriente teórica-epistemológica está ubicado, para decirlo



de alguna manera. Quería agrandar un poco la agenda de discusión, porque me parece que el tema no es solo lo que se ha hecho en la UNSAM, que es mucho a nivel educativo, CeDInCi y compañía. Me parece que hoy en la Argentina hay un déficit muy grande en cuanto a la cuestión de los archivos, habría que pensar en las principales bibliotecas, la Biblioteca Nacional, el Archivo Histórico Nacional, los archivos de la Biblioteca Juan B. Justo, que siempre fueron problemáticos para acceder. En un punto el CeDInCi resolvió una serie de problemas, cuando estudié sobre anarquismo tuve que ir a observar porque no tenía acceso a la fuente, la evolución en ese sentido es fantástica. También hay que recordar que el CeDInCi era una institución privada en realidad, hoy es otra cosa. Entonces ¿qué pasa en las otras áreas que son tan importantes? Porque son más importantes que las que estamos mencionando, Biblioteca Nacional, archivo, etc.

La otra cuestión que, de alguna manera hay que incorporar aquí, es el problema, que noto tardíamente, como todo lo que tiene que ver con el mundo virtual, y es que hoy casi podemos investigar en nuestra propia casa. La dificultad está en cómo encontramos la fuente, cómo nos movemos con esa fuente, cuánto sabemos de ella. Pero eso también transformó la forma en la que investigamos, no solo porque sacamos fotos y este tipo de cosas. Hay tal cantidad de información que no hay forma de saber lo que tenemos al alcance de las manos. Voy a autorreferenciarme, me estoy planteando un tema nuevo precisamente, concretamente estoy pensando en una biografía, no importa de quién.

Me hice una lista de archivos a visitar, resulta que cuando empecé a entrar en internet, lo que uno encuentra es una cantidad de cuestiones impresionantes. Incluso en algún punto, estamos más atrasados que los americanos, por ejemplo, porque on-line es muy poco lo que podemos encontrar acá. Son cuestiones que podríamos agregar a estas discusiones sobre los archivos, que en realidad cambian la forma, están cambiando la forma de hacer historia.

Intervención:

–En relación a esto, hoy todos sabemos que cada tema nuestro y cada historia que hemos escrito en algún lado en particular, tiene su propia historia y el archivo que visitó, y nos encanta juntar las anécdotas de cada uno, las dificultades de acceso o no. En particular, esto de que es verdad que la apertura de archivos y de multiplicidades de acceso es muy distinta, pero específicamente en el tema que yo trabajo, es una dificultad que se mantiene y que no todavía no encontramos salidas posibles. El archivo de la policía, que está cautivo en la institución, es imposible acceder a él. Lo que nos pasa pueden llegar a utilizarlo de ejemplo, o un grupo en particular que trabaje sobre estos temas y sobre este archivo, porque a pesar de la producción que hay, del avance en estos temas, en ciertos grupos de trabajo sigue siendo referencia ese mismo archivo, y continúa siendo de referencia historiográfica la producción de los historiadores institucionales. Es decir de la propia institución judicial, como que no logra salida a la luz, o ser tomado como referencia para otros tipos de trabajos o de investigaciones. Esto también tiene distintos ritmos, los archivos tienen distintos ritmos y tiempos. En particular, con este tema que es bastante específico y con este archivo en concreto, es una dificultad muy grande porque hay una institución en el



medio, de mucho peso, que tiene el control y obviamente el celo de abrirlo a historiadores y a investigadores.

Marisa Baldassarre:

–Yo pensaba una intervención en la línea de lo que dijo Juan y de lo que se dijo esta mañana. El tema de investigación que hice fue porque quería estudiar una temática, obviamente que no pegó, y las posibilidades que tuve al trabajar el coleccionismo fueron las que me permitían un tema viable, que era de argentina. Hoy por hoy, al haber tantos archivos, se puede hacer prácticamente bibliotecas de diarios franceses desde la casa de uno, y esto en un tiempo muy breve. Nosotros nos recibimos ahora, esto se puede hacer y posibilitó, por lo menos me posibilitó la apertura hacia realmente una temática real, de atreverme a investigar temas que antes no me atraían por la necesidad de las fuentes, por esta idea de la necesidad de corroborar la prueba. De todas estas ideas de hoy a la mañana, que en mi práctica como historiadora, entre paréntesis del arte, pero historiadora, siguen operando. Entonces creo que esta posibilidad, por un lado es infinita., es apabullante la cantidad de material que uno puede tener al alcance de la mano. Pero por otro lado, permite el acceso, no sé si a una mayor libertad en la elección de las agendas de investigación. No digo que esto no reemplace, y acá con esto ¿reemplazaría el tocar el diario, obtener el cuadro vis a vis? ¿Reemplazaría? Podemos pensarlo también, pero bueno, me parece que permite una apertura mayor de los temas de investigación, de las investigaciones, y que hace un cambio muy radical en muy poco tiempo.

Ezequiel Adamovsky:

–Sumando un poco a las últimas participaciones, hay una creciente conciencia de la poca formación que tenemos para el trabajo con fuentes que no sean textuales, con documentos que no sean de lingote textual, y particularmente, a mí me pasó recientemente, tener que ponerme a pensar imágenes como fuente y darme cuenta que tenía que estudiar de cero, que no tenía la más mínima noción de cómo se hace y empezar a formarme por mi lado. Sería bueno insistir con eso. Sin embargo, esto tiene un desarrollo, una presencia ya visible en nuestras universidades, pero también las fuentes son horas y eso todavía es mucho menos transitado, y además requiere una formación especial.

Ha habido algunos avances importantes, por suerte Gastón Burucúa haciéndonos unos pioneros en esto, entre nosotros hay algunos trabajos. Pero también sería bueno pensar en la cuestión metodológica en ese punto, y finalmente en el plano de lo que se está desarrollando a mucha velocidad, que es el llamado Big data, la posibilidad de acceder y bajar cantidad de información infinita, que no depende de nosotros y del trabajo paciente y minucioso de análisis de cada fuente, sino de una serie de habilidades que tampoco tenemos y sería bueno adquirir. Ya ha habido algunas discusiones, si no me equivoco acá mismo en la UNSAM hubo el año pasado un primer encuentro de Big data en Humanidades, yo no pude venir, no sé qué resultados tiene, pero sería importante tenerlo en cuenta. En relación con estas tres cosas, el problema del archivo ¿no? Pero particularmente lo que es no textual en el archivo, que es de



muy difícil acceso porque tiene que ver con que no hay ningún archivo público aunque sea parcialmente. Esto también va a aparecer con mucha fuerza a lo que tiene que ver con Big data, que son esas bases de datos, accesos que hoy por hoy son privadas y que, a menos que haya intervención fuerte del Estado y académica, van a seguir siendo privadas. Posiblemente hoy no lo percibamos, pero dentro de treinta años serán una fuente fundamental para historiadores, y sin embargo, hay que ver quién la archiva, quién la cuida, si es que se preserva, probablemente no se preserve de modo que nos sea útil. Sería bueno poner esto como tema de agenda, y también hacer referencia a lo que decía Viviana, ya que por suerte tenemos, desde hace un tiempo, una asociación propia de historiadores que se están ocupando de esto y reforzar el trabajo de que los archivos que hay sean accesibles.

Mirta Lobato:

–Sí, parto en esta dirección. Lo que considero relevante para discutir en esta instancia, es que justamente hay una gran renovación historiográfica, teórica y una despreocupación por la situación de Brasil. Es decir, todos nosotros o nosotras nos quejamos cuando tenemos dificultades para acceder a un archivo, pero no hay acciones públicas del campo de los historiadores que intervengan activamente para la preservación, catalogación de materiales de archivo. En eso llevamos más de treinta años de déficit.

Ahora, para quienes estamos preocupados por la clase popular, los sectores populares, las clases subalternas, las clases trabajadoras, como quieran llamarlo, a esta altura del partido el déficit de los archivos es fundamental, porque es el no archivo. Este es un tema bastante importante. Con esto quiero decir que, por ejemplo, en el caso de las tradiciones de izquierda es mucho más fácil encontrar archivos, que cuando uno está pensando en otros sectores, actores y esto también es preocupante ¿no?

El otro tema que tenía en mi agenda es el uso de las imágenes. Efectivamente, a pesar de que hay una gran discusión dentro de la historia, de la historia del arte sobre cómo trabajar con las imágenes, todavía eso no ha cuajado en un diálogo interesante en el caso argentino ¿no? Entre los historiadores del arte y los historiadores, a pesar de que tenemos un doctorado en historia del arte. Considero que todavía falta un debate que ilumine a ambos, también porque en los problemas para el análisis de las imágenes, por ejemplo, es muy distinto cuando uno ha estado hablando de una obra relevante, estoy pensando en Berni. Hoy nos iluminaba Gastón sobre la obra de Pantone o Plante cuando está pensando en la internacionalización en Francia, y Berni por ejemplo, tiene unas pinturas excelentes que tienen que ver con las migraciones internas, y me parece que no han sido analizadas en términos, de una historia social y cultural del fenómeno de dominación que dista desde otro lugar, que son imágenes que nos hablan - digo que me hablan a mí, por ahí no tengo que decir eso- de cosas que son muy interesantes, pero que ese dialogo entre historia e historia del arte para el análisis de las imágenes no se produce, habría que enfatizar una formación.



Silvia Dolinko:

–Tal vez volvería a este tema de la genealogía, de la estructura en las bibliotecas, que es lo que uno va leyendo ¿no? De hecho, puntualmente ese caso de los 1950, de hecho, de toda la obra de Berni muchos, que hemos estudiado muchísimo, es la que menos hemos conocido. Porque realmente en términos de recursos estéticos, poéticos o artísticos era lo más interesante a incorporar.

Mirta Lobato:

–Claro, pero tiene que ver con quién establece qué es más importante.

Adriana Petra:

–Yo quería intervenir en relación a lo que se mencionó acá. Verdaderamente es interesante hablar en relación a la cuestión del Estado, en varios aspectos. El Estado que fija, en nuestro caso no fija, por distintas características en materia de archivo mancomunadas, el Estado como productor de documentos en el caso de los archivos policiales, la función de los archivos estatales. Acá hay gente que trabaja en función de políticas públicas y políticas de memoria y rol del Estado como momento de discusión y que tiene una repercusión muy importante al momento de la práctica, de nuestra práctica cotidiana, porque define el poder acceder a la fuente. Creo que hay una discusión interesante en relación a la caracterización que se hace sobre los archivos. Pensaba en lo que decía Juan en relación a las categorías y a la cuestión de la accesibilidad. Una discusión podría ser, como decía Juan, una asociación civil que no sea pública y tener una política de legitimidad abierta. Un archivo puede ser público y estar privatizado, no solamente por una cuestión de corporación, sino incluso por la sombra. Entonces, hay un tema para pensar al momento de reflexionar sobre el problema de los archivos, de su acceso y de su estatus legal.

La última cuestión que me parecía relevante era la relación, que mencionó Mirta, de los archivistas o los especialistas en histología y los historiadores, como dos compartimentos separados ¿no? Me doy cuenta del mundo de la archivística, de la que ya hay una especialización técnica muy grande, y es tan escaso el saber, no en todos los casos. En el caso de los historiadores hay una despreocupación total sobre los modos en que se produce el archivo. Aquí la última acotación, en relación al mundo digital. Podemos tener una enorme cantidad de datos, pero esos datos quizás no nos sirvan para nada si no hay alguien que previamente los haya organizado. Es lo que sucede en otras instituciones, por ejemplo, con el fervor de la digitalización. Si yo tengo dos millones de documentos interesantes, pero no tengo un catálogo o una mínima organización, no me sirve tampoco. Esas son cuestiones en las que debemos intervenir, no solamente por ser un fin de los problemas de investigación sino que hacen a los usos públicos.



Cristiana Schettini:

–Pensaba en eso que mencionaba Adriana, en relación a lo que hace la gente de historia del arte con el taller Tarea, con los restauradores y toda la gente en ese otro saber, que no es el de las preguntas de la historia, pero que aporta un montón. La productividad de eso volcado en la experiencia de Tarea, y cómo los historiadores seguimos, de cierto modo, viendo la figura del archivista, o en esa versión de la generación anterior, la señora que hay que darle la cajita de bombón para que me deje ver las cosas, esa persona que te molesta, que te impide ver las cosas ¿no? Y no alguien que tiene un saber específico con otro tipo de preguntas con quien deberíamos entablar un diálogo.

Luciana Anapios:

–Mi participación iba en la línea de lo que decía Adriana, estaba pensando en todos los tipos de archivos que estaban mencionando: privados, archivos públicos, archivos cautivos, los no archivos, y los distintos problemas de investigación o desafíos de investigación histórica que suponen cada uno de ellos. Por un lado, es cierto que el mar de información que alguno puede encontrar en internet es mucho más útil para alguien que sabe lo que está buscando y que sabe qué pregunta tiene en la cabeza, que para alguien que está queriendo construir un corpus. Que, al mismo tiempo, en cada uno de estos archivos hay un rol diferente de ese investigador. Este tema del acceso, que me permite la tecnología, a un montón de fuentes, refuerza el efecto individual de la investigación, que efectivamente es individual, pero que en un archivo, ya sea cautivo, público o privado hay una interacción con otras personas. Sobre todo, cuando uno está pensando una etapa de formación, como que uno aprende conociendo el archivo o viendo hacer archivo también - dónde lo anota, si toman fotos- y esa dimensión también es más colectiva. No habla en desmedro de uno u otro, sino que me parece que cada uno de ellos representa desafíos diferentes.

Marina Franco:

–Quiero hacer una digresión, justamente tiene que ver con lo que decía Luciana. Sé que el tema de la formación viene después, pero me parece importante que esté esa dimensión. Escuchaba y de repente parecía que éramos todos especialistas hablando de los archivos, nuestras fuentes, mientras al mismo tiempo sentía que había un abismo que nos separaba, de nosotros especialistas y de los que estudian historia, como si fueran dos mundos completamente distintos. Creo que eso tiene que ver con que, lo que ahora parece central en nuestros problemas profesionales, es un tema completamente ajeno a los alumnos, incluso del posgrado. No pensemos que eso está resuelto en el posgrado ni mucho menos. Más allá de que en la nueva carrera eso está contemplado, en general me parece que es en la formación de los estudiantes de historia e insisto, también en el posgrado, el tema de los archivos o las fuentes textuales, ni siquiera hablemos de otro tipo de fuentes, es una cuestión que está completamente ajena a la formación. Con lo cual hay un hiato enorme con respecto a lo que es entrar en esta problemática, que es ajena de los que se van formando para hacer historia. El que va a investigar se encuentra con los



problemas de archivos cuando va al archivo, o cuando tiene que empezar a ver cómo se utilizan. Nunca nadie lo va a acompañar a pensar cuáles eran esas dificultades ¿no? Me parece que ahí hay un déficit enorme en nuestra concepción del qué hacer.

Silvia Dolinko:

–Hay una diferencia con las carreras.

Marina Franco:

–Totalmente, sí.

Leandro Losada:

–Sumándome a lo de Marina solamente, en relación a este punto, una cuestión que aparece es la superposición, con qué fuente, qué tipo de fuente. Antes iba por ahí, pero bueno, cuando se ha ampliado tanto lo que potencialmente es una fuente, siempre hablando de lo que son las fuentes textuales, hay una tensión que un poco hay que limitar, qué es el objeto de estudio.

Valeria Manzano:

–El tercer punto que me había anotado, tiene que ver con el lugar y las posibilidades de la enseñanza a la hora de trabajar con archivo y la discusión de fuentes en las distintas instancias formativas, donde el grado sea fundamentalmente un posgrado, donde uno termina, lo pienso por haber dado taller de tesis, por estar dirigiendo gente, dirigiendo tesis en este momento, y la pregunta siempre está latente ¿hasta dónde podemos acompañar y eventualmente también le podemos enseñar? ¿Es enseñarle o es un proceso más individual, de cartel, intuitivo? Donde queda como librado al azar quien está desarrollando esa experiencia. La pregunta está latente, de todas maneras hay dos planos. Uno tiene que ver con la posibilidad de que haya un grado y un posgrado, e instancias de discusión, por lo menos de trabajo de archivos. Lo segundo con ver hasta dónde se puede aprender o enseñar a trabajar con determinadas fuentes.

Finalmente lo último que iba a plantear, es la cuestión respecto a ciertas novedades. Cuando pensamos la relación del Estado con la accesibilidad, las fuentes o con la disponibilidad, creo que nos encontramos con que de hecho la biblioteca nacional hace quince años que definitivamente abre un mundo, que haya contenido el archivo, una novedad que para quienes trabajamos con la mitad del siglo XX fue maravilloso. Un trabajo muy sostenido en algunos ámbitos, que muchas veces ni siquiera esta divulgado del todo, nos queda a nosotros saber qué hay y qué no hay dentro de esos nuevos archivos. Esto también sería bueno pensarlo en relación a una asociación, o lugares donde puedan visibilizarse rápidamente esas nuevas disponibilidades que existen. Pero bueno, uno se entera por el *boca-a-boca* y pueden pasar años y no



irse para ningún lado. Eso como propuesta digamos, tratar de crear un lugar donde se suba rápidamente la información de los archivos disponibles hasta hoy.

Una tercera, que es directamente una propuesta. Tiene que ver con la posibilidad, compañeros y compañeras de historia del arte, de elaborar entre nosotros una suerte de taller. No vamos a dar clases oficiales, pero creo que hay un reclamo en torno a de qué manera se puede elaborar o dialogar con el trabajo con imágenes, con el mundo visual. La posibilidad de pensar fuentes más flexibles, no un curso cada semana, pero jornadas, algo más de la aproximación concreta, metodológica, que nos pueda facilitar el aprendizaje a quienes queremos desarrollarlo.

Marisa Baldasarre:

–Es cierto lo que dice Valeria, tampoco las clases de maestría serían funcionales a eso. Tendría que haber una actividad argumentada, puntual. Porque nosotros lo vemos, tenemos muchos alumnos de la maestría de historia del arte que vienen de historia, y muchas veces la formulación de preguntas que ellos se hacen donde tratan de encontrar en una imagen, una pregunta que claramente viene construida desde las fuentes escritas. Entonces, es como una suerte de acomodamiento forzado, quizás estaría bueno trabajar en eso. En qué punto ese acomodamiento existe y en qué punto no.

Ricardo Martínez Mazzola:

–Voy a volver sobre lo que mencionó Juan hace un rato, el tema de la accesibilidad en algunos archivos. Una de las dimensiones que pensaba, también lo mencionó Adriana, es que en muchos casos hay una necesidad que tiene que ver con gestiones, uno podría decir, de poder institucionales. Hay una cierta diferencia entre los archivos del anarquismo y del socialismo, llamativamente son bastante más accesibles, se ha avanzado mucho más en el ordenamiento de los archivos del anarquismo que en los del socialismo. Eso tiene que ver con que, aun con su debilitamiento, los archivos del socialismo siguen estando en su institución, que es el partido socialista, que establece ciertos obstáculos y no han podido ser rehechos por núcleos de militantes, como fueron en algunos casos los del anarquismo. Entonces, uno puede reflexionar en este sentido una de las cuestiones.

La segunda, retomo un poco lo que decía ella, es que realmente para rehacer archivos grandes, como justamente la Juan B. Justo a la que hacías referencia, fui la semana pasada y tiene un nuevo director, con ciertas intenciones de modernizarse, es un archivo que tiene entre cien y ciento cincuenta mil volúmenes. Para que no fuera algo que hace una persona, que te llama y te dice: “No bueno, a mí me interesa esto, yo hago esto, arreglo lo mío”. Realmente es una empresa colectiva y habría que analizar desde qué lugar se podría hacer eso ¿no? Tendría que haber un desembarco. ¿Cuál es la instancia de coordinación para avanzar en eso? El CeDInCi es todo un equipo pero, ¿cómo se hace para estos lugares, estos repositorios institucionales, cómo se avanza? No una persona sola que se pierde ahí, además efectivamente entre los investigadores y ciertos tipos de archivistas ¿cómo articular todo eso?



Pablo Fasce:

–Como alumno del doctorado en historia del arte, y pensando la pregunta acerca de cómo transformar hoy dispositivos, sobre todo visuales, en fuentes para la historia. Esa pregunta, hilvanada con la pregunta por el estado de los archivos, también los debe llevar a preguntarse ¿qué hace falta para que un dispositivo visual se transforme en fuente histórica? y ¿qué precisa la archivística de la conservación? Digamos, ¿qué nuevas metodologías? Las consideraciones respecto a dispositivos que se daban de otro modo. Un ejemplo puntual, hace poco tiempo estuve visitando un archivo en el cual había una enorme colección de dibujos de piezas arqueológicas, que no tienen un estatuto artístico, que tenían otra función, y que están conservados sin ningún tipo de referencia acerca de su autoría, que no es clara. Tampoco por ejemplo, son dibujos que han sido hechos en situación de viajes de campo, expediciones arqueológicas, hechos en archivos. Frente a lo cual, el silencio de esas imágenes repone el problema de ver si pueden ser utilizadas como fuentes para indagar el problema o no, y me remiten al problema que Gastón Burucúa mencionaba varias veces, acerca del fracaso del proyecto del Atlas warburgiano se habla de imágenes sin palabras. Creo que eso requiere no solo de un ensayo metodológico nuevo, de parte de historiadores del arte, de la cultura visual y de historiadores a secas, sino también de pensar en otros dispositivos que atañen a archivistas.

Inés Yujnovsky:

–Quizás no se me entendió bien el comentario anterior, pero me parece que no es desde el orgullo. Es posible que me sea difícil explicarlo, pero es fuerte la existencia de una dicotomía tan grande entre decir que es una fuente y un documento. Eso es una decisión, como dijo él de poder, un poco también tú pregunta sobre si era centro de estudio o de fuente. Considero que no es correcto hablar de una diferenciación entre fuente y documento. Otra cosa que hacemos nosotros, tampoco quiero decir que no es correcto, no son las palabras adecuadas. No sé si se entiende. Pensar una dicotomía en las fuentes y el trabajo del historiador, ya es una postura que tiene que ver con relaciones de poder, con la conformación de los archivos y con cómo pensamos la historia. O sea ¿por qué tenemos que pensar en la fuente como algo que está separado de nosotros? Nosotros somos los que construimos la fuente o el documento. Entonces, ahí decía un poco que me parece que no es tan el orgullo lo que estoy diciendo.

Ricardo Ibarlucía:

–Habría que entender qué estas entendiendo vos por construir.

Inés Yujnovsky:

–Entramos en otra discusión filosófica.



Ricardo Ibarlucía:

–No, no. Es lógicamente relevante.

Inés Yujnovsky:

–Tengo la sensación de que nosotros, como historiadores, somos los que pensamos de una determinada manera, que planteamos un documento, una fuente entre comillas, como separado de nosotros, que existe en cierta realidad. Que en realidad no existe por fuera, o sea, existe en el interior de archivos que decide guardar la policía el CeDInCi, que decidimos nosotros como universidad. O sea que estamos partiendo de dar un supuesto que no tendríamos por qué dar. Eso quería decir, por un lado.

Por otro lado, algo respecto de la accesibilidad y la afiliación, etc. Me parece que todavía sigue ejerciendo un efecto la nación, lo nacional. Por más que hubo una expansión, y que ahora es mucho más fácil para uno desde la casa acceder a un archivo que está en Chile, en San Francisco o en Holanda, y que eso nos permite hacer una historiografía un poco diferente, me parece que todavía igual, esa accesibilidad, todavía los archivos en Argentina tienen una incidencia, como en Chile y Uruguay.

Después reflexionar respecto a la actividad que hubo ayer, de Tarea, que me parece que es una muestra que forma parte de los Estados Generales, que me resultó apasionante. No conocía tan específicamente todo el tema de la materialidad que se está haciendo en Tarea, que es súper interesante y también mostró esas distancias. Un poco lo que decía Mirta, habría que poner más en común. Es decir, la propuesta de Gil de Castro atravesaría una historiografía espectacular, el planteo que se hizo anteriormente, pero me parece que no está tomado igual, no hay un interés de los historiadores por un personaje como ese, que atraviesa de la monarquía a la república. O sea, que no se presentó esa idea histórica, considero que sería muy fructífero poder tener más fuentes en ese sentido.

Finalmente decir es que ya que se está planteando algo respecto a los Estados Generales de historia, a los archivos y a la universidad, habría que pensar que podemos elaborar algún tipo de informe o algo similar sobre los archivos. Porque este es uno de los archivos, pero creo que hay alrededor de ocho archivos. Hay un archivo que tiene un convenio con la UNSAM, que es el centro DIHA, que es un archivo germano-parlante, que no sé siquiera si los que son historiadores están al tanto.

Nicolás Kwiatkowski:

–Sobre eso, hay una iniciativa en la universidad que está empezando a organizar Laura Malosetti. Una suerte de departamento que se ocupe de coordinar todos los archivos que ya existen, o que ya tienen un vínculo con la universidad, no solamente desde el punto de vista historiográfico, o sea, propiamente dicho de historia del arte, sino también desde el punto de vista de conservación de los materiales

Inés Yujnovsky:

–Claro, pero quizás un poco más y no solamente en términos de conservación, sino como pensamiento.



Nicolás Kwiatkowski:

–El proyecto incluye justamente todas esas perspectivas, no solamente la conservación, que es un aspecto importante, sino también la articulación de esos archivos, sea para la tarea de investigación en la universidad, como con la tarea de docencia de grado y de posgrado.

Claudio Ingerflom:

–Como he trabajado mucho con los archivos, puedo decirles que, sin abrir el paraguas por lo que voy a decir ahora, tenemos que cuidarnos del archivo fetichista. Una fuente y un archivo son cosas diferentes. Las fuentes pueden estar fuera de los archivos. Hay grandes obras de historia que han sido escritas sin poner un pie en el archivo. Ahora, es importante que transmitamos a los alumnos cómo se construyó el archivo, la lógica de construcción de archivo, sobre todo los archivos oficiales, está la generación del laberinto de las fuentes, el debate es ¿Qué tipo de fuentes ha sido reunida? Es decir, no absolutizarlos, no confundir la realidad del pasado con la fuente que hoy contamos. Creo que lo decían un poco los otros dos puntos, un poco lo que dijo Inés, que hay una doble exterioridad. Una ausencia de exterioridad es la del historiador con respecto a la historia. No es el famoso tema de la imparcialidad, sino de que nosotros no estamos fuera de la historia y por lo tanto, vehiculizamos una cadena de interpretaciones y de reinterpretaciones que han venido desde hace mucho tiempo, desde los hechos, entonces no somos exteriores. En cuanto a la construcción, es cierto que construimos la fuente. ¿Qué quiere decir construimos la fuente? Si agarro esta campera y la transformo en mi fuente para trabajar sobre historia material, la historia material de la cultura, a lo mejor para Ricardo esto no es una fuente porque trabaja sobre otra cosa. En ese sentido, construimos la fuente. Nosotros agarramos un documento y de repente es importante. O sea, no separarlos, la fuente la construimos cuando le entregamos significación a un objeto, a un elemento, a un escrito o algo. Es lo que transformamos en fuente u otros lo transformaron en fuente, pero la fuente no nació, no bajó del cielo, son construidas.

Martín Bergel:

–En relación a la cuestión de la accesibilidad, pensaba a partir de mi propia experiencia como historiador que trabaja sobre el aprismo peruano, pero también por las anécdotas de amigos. Por ejemplo, algunos de los aquí presentes tenemos un amigo que está en Chile, quien se enteró sobre la marcha, en su viaje para hacer archivos, que el archivo al que quería consultar le iba a estar parcialmente vedado. Esto ya con el pasaje, con la preparación del viaje en marcha. Entonces que la cuestión de la accesibilidad no necesariamente hay que pensarla en términos de comunidad nacional de historiadores y Estado-Nación, sino también en términos de comunidad internacional de historiadores. Es decir, ¿Cómo podemos pensar en operar para que archivos que no son argentinos también estén accesibles para nosotros y para otros? En algunos casos de bloqueos importantes, como por ejemplo, en el caso peruano hubo un momento en

que la biblioteca nacional estuvo clausurada durante dos meses sin aviso absoluto, y donde el famoso recurso a la solicitada de muchos tiene peso, más aún si los nombres son internacionales ¿no? Fomentar sociedades con grupos de historiadores de otros países, ese tipo de recursos puede ser un arma que podemos tener para mejorar la accesibilidad.

La segunda cuestión, también refuerza algo que se ha dicho aquí, Valeria lo decía bien, la contracara de que esta dilatación que nos permite internet y las nuevas tecnologías en cuanto a las fuentes, es la absoluta dispersión. Por ello la importancia de propender algún tipo de organización de la información acerca de los nuevos archivos. Entonces ¿Qué instancias podríamos pensar para que el boca a boca no sea el único recurso existente, sino que haya alguna sistematización de esa multiplicación de archivos, y de esa dilatación de las fuentes que disponemos, pero al mismo tiempo, muchas veces, ignoramos?

Carolina Cristiana Schettini:

–Comentar una cosa con respecto a eso y a la accesibilidad. Hay un tema que puede tener que ver. Por el hecho de trabajar con informantes, y sobre todo por la tensión particular a lo material que tiene la fuente, que es esa avidez de acelerar una cantidad de archivos. En esta instancia sería interesante preguntarse qué es lo que cambiaría radicalmente en la metodología de la historia al tener un acceso ilimitado a miles de archivos. ¿Cómo se diseña metodológicamente? Porque cuando uno tiene una limitación clara sabe que, el jurado no sabrá decirte “bueno, pero tal archivo es accesible, y por qué no leíste los cuatrocientos tomos de no sé qué” Ahí tiene que haber una modificación que habría que pensar en el ámbito de la historia, cómo trabajar con esas fuentes sin límites. La otra tiene que ver con que el acceso a las imágenes, que también se ha leído una cantidad de acervo digitalizado de imágenes, la forma en que se acercan a esos objetos desde lo digital, de ninguna manera puede reemplazar las preguntas que uno puede hacer frente al objeto como tal. Solamente pensando una cosa mínima, que para estar frente al cuadro que mide diez metros por tres de alto, ahí la relación es muy distinta, la pregunta es distinta. Asimismo, al revés de esa avidez y de toda esa idea de la accesibilidad, también lo contrario, la desaceleración y el tiempo para mirar si eso es una fuente y armar un marco teórico, otro tiempo para pensar y para escribir.

Vera Carnovale:

–Hay una particularidad, o un plus, que tienen los archivos de la historia reciente y es que allí en donde todos acordamos abrir los niveles de accesibilidad de los archivos, cuando estos acuerdos empiezan a estar dentro de la historia reciente, comienzan a pensarse contra toda complicación. Esto tiene que ver con lo que se llama Información sensible, buena parte de los archivos son archivos creados por la profesión, donde hay muchísima información que es, por ejemplo, fundamental para la conclusión de lo que decía Mirta recién, está en el movimiento obrero, historia del gremialismo, historia de la clase subalterna, historia de los vigilados, de los perseguidos de las izquierdas. Sin embargo, desde un imperativo ético, que atraviesa también al campo académico, se acuerda agrandar los márgenes de in-



accesibilidad de esos archivos. Es decir, en el caso de los archivos de la IPA se ha decidido tapar los nombres, en el caso del archivo de Memoria Abierta, del cual puedo hablar porque participé de su diseño y construcción durante varios años, también acordamos en su momento limitar los niveles de accesibilidad, no por los riesgos sino por pudores, por sensibilidades. Sin embargo ahora, que soy usuaria de esos archivos, me enoja cuando me veo limitada en el acceso a la información que allí contienen. Quizás un tema para mañana, cuando se traten las fronteras entre los usos públicos del pasado y las tensiones entre la historia y demás. Pero digo, son acuerdos que atraviesan el campo académico, del cual participamos todos, y que sin embargo, te encierran en las propias prácticas, y van a encontrar lo que nosotros mismos profesamos en otros campos de estudio en general.

Junto con el peronismo, son dos consignas que podemos.



Mesa 4: Agendas de investigación: historia cultural, historia del derecho, historia y religión, historia política, historia social, historia de la ciencia, historia intelectual. Historia conceptual e interdisciplinariedad. Formación y profesionalización del nivel de grado y el posgrado

Marina Franco:

–Tenemos dos ejes de discusión: uno, las agendas de investigación; el otro, la formación y profesionalización.

Daniel:

–Buenas tardes a todos, agradezco realmente la invitación. Formo parte de la carrera de historia, de la nueva licenciatura, por eso estoy acá. Vamos a comenzar con el primer sub-eje, que va a ser el de agendas de investigación. Siguiendo la dinámica comenzamos con alguna de las preguntas que fueron planteadas. En primer lugar, ¿cuáles han sido las líneas predominantes en la investigación en historia e historia del arte desde el 1983 hasta el presente? ¿Cuáles han sido los principales desplazamientos teóricos y conceptuales en esas líneas de investigación? ¿Han tenido que ver con la instalación de nuevos objetos de estudio, temas y problemas? En esta pregunta, dentro de lo que podría decir, si puedo decir algo, tiene que ver con mi sub-disciplina, hago historia europea medieval. Esto había quedado un poco por fuera en el debate. Hacer un pequeño llamamiento a que participemos, principalmente teniendo en cuenta, también dentro de esta pequeña pregunta, que tiene que ver con los desplazamientos y los nuevos temas, aquello que tiene que ver con el soporte, que algo se dijo en el eje anterior, pero no para solaparnos a ese eje, sino para tomarlo pero desde el punto de vista de la línea de la agenda de investigación.

Tal como se había dicho, en un momento se habló de una especie de mayor libertad de agenda, entonces inmediatamente yo me puse a preguntarme bueno ¿hasta qué punto entonces, los nuevos soportes que implicarán digitalización, etc., nos permiten por ejemplo, hablo nuevamente de mi campo, los que nos dedicamos a historia europea y tan antigua, nos permiten quedarnos efectivamente en nuestra casa? En primer lugar, por lo que tiene que ver con las cantidades de digitalización, no solo por lo que se digitaliza, sino concretamente por los problemas de cómo llegar a ellos. Un ejemplo para lo que tiene que ver con medievales, hay una gran cuestión en torno a la cantidad de documentos. En mi caso particular, que hago España, el problema es mayor porque todo lo que tiene que ver con la digitalización de documentos de ese período de la historia es sumamente complejo, especialmente para los documentos más importantes. Dicho sea de paso, en mi área específica, los documentos más importantes se encuentran en Francia, Inglaterra y Estados Unidos, sino en España. Entonces pensar la



cuestión como agregado del soporte, en torno, repito, a la agenda de investigación, y cómo influye en nuestra agenda de investigación. ¿Realmente nos podemos seguir quedando? incluso con todos los avances ¿podemos hacerlo desde acá? Alguna respuesta hubo para lo visual ¿no? Desde mi fuente por lo menos, tiene que ver con manuscritos, y en ese caso ¿hay problemas también de cómo leer esos manuscritos? Mi primera respuesta es no, pero esto tiene que ver mucho con introducir un poco o pretender que la gente europea también se pueda agregar, que es uno de los campos que más presentes va a estar, incluso en la nueva licenciatura en historia. Asimismo, las últimas preguntas para poder comenzar el debate, ¿en qué forma hemos participado, propiciado esas transformaciones -en las transformaciones sobre las líneas, los objetos y las agendas- a partir de nuestras propias agendas? Finalmente, ¿hasta qué punto pudimos o deberíamos intentar internacionalizar nuestras agendas de investigación? Así que iniciamos con ese debate.

Rodrigo Laham Cohen:

–Cuando oí historia antigua, sabía que me estaba llamando a hablar. Cuando ustedes hablaban de archivos pensaba, en general nosotros accedemos sin grandes problemas a la fuente primaria, tenemos ediciones, te miro a vos para que hables vos también. La fuente está, pero suele haber un problema que ustedes no mencionaron, que es que muchas veces nos faltan bibliografías en general, hacer historia europea, la gente lo sabe, por momentos se hace muy difícil y el hecho de viajar se torna necesario. A veces parecemos *snoobs* que tratamos de robar cuanto teórico externo aparece, pero en realidad viajamos por eso, no tanto por la fuente primaria sino por bibliografía. No quiero hablar tanto de lo personal, yo me llevo mi escáner y estoy tres meses sentado en un lugar escaneando, robando digitalmente todo lo que pueda porque acá no tenemos los textos, se torna verdaderamente difícil.

Ciertamente, con la diferencia de base de datos y con la valiente labor de los rusos con sus páginas ilícitas hemos podido constituir tesis doctorales. El material bibliográfico que hemos encontrado, los que hacemos historia antigua, medieval, en la Argentina es muy bajo, es el tres, cuatro, cinco ciento de lo que tenemos. No por menospreciar nuestras propias producciones, nos leemos entre nosotros, pero las otras producciones con la que nos espejamos, si bien ahora estamos mirando más a Brasil, por ejemplo, nosotros tenemos nuevos interlocutores que antes no teníamos, las principales siguen siendo Cambridge, Oxford, Harvard. Nos guste o no, son nuestros interlocutores a los que queremos superar y escribirles en español y eso. Pero otro gran problema es que tenemos que empezar a escribir (excepto en áreas específicas como la de Daniel, que es "hispanísima") en inglés y en idiomas que no sean conocidos, sino muchas veces nuestras producciones pasan de largo por más buenas que sean. Por eso la necesidad de viajar y de actualizarse es imperativa. A mis alumnos les recomiendo dedicarse a la historia argentina, además les doy más competencia a ustedes, y no a las europeas porque es tortuoso por momentos. No me estoy quejando, soy muy feliz con mi vida, pero es un camino difícil.



Mirta Lobato:

–Entonces eso ¿qué quiere decir? Esta explosión de la profesión no ha sido seguida por buenas bibliotecas, porque en realidad lo que estás diciendo es eso, que no hay buenas bibliotecas, no se compran libros, no hay revistas, no hay acceso a las revistas en internet, y tal vez es un problema al que discutido institucionalmente puede buscársele solución.

Claudio Ingerflom:

–Nosotros intentamos, en la escuela propuse apoyarlos para tener *Historical Abstracts*, no sé si alguno sabe lo que es y normalmente salía cuarenta mil dólares poder tener acceso a él. Esas tienen que ser cosas que logremos que se manejen a nivel ministerial, porque ¿qué facultad, qué universidad pone cuarenta mil dólares para que los que estemos haciendo historia tengamos el *Historical Abstract*?

Intervención:

–Un par de cuestiones en relación con lo que se viene hablando y retomando lo que comentaban recién. En el sentido de las bibliotecas, realmente son, lamento decirlo, deficientes. Al menos las que necesitamos nosotros en particular, tanto Rodrigo como yo hicimos nuestro doctorado en nuestro lugar de trabajo en la Universidad de Buenos Aires, en el Instituto de Historia Antigua y Medieval, y en particular en mi caso, quizás Rodrigo podía acceder a bibliografía que al director de la sección de antigua le interesaba, entonces de esta manera accedía a ciertas novedades, pero yo dedicándome al tema de las supersticiones penitenciales en Alemania, en el área estaba absolutamente sola para todo. El acceso a la bibliografía se dio, a partir de, como decía Rodrigo, estar buscando, a veces de alguna manera, no sé si desesperada que no suene mal, sino que realmente sin la beca no existe la posibilidad de acceder bibliografía secundaria. No la fuente, la fuente la tenían sin ningún problema, el tema era el acceso a la bibliografía, la posibilidad de discutir con especialistas reales, dedicados a la temática que trabajaba. En este punto en el instituto en el que trabajamos en la actualidad está bastante mejor provisto, el INHICIHU del CONICET.

Rodrigo Laham Cohen:

–El Instituto Multidisciplinario de Ciencias Humanas, que tiene un área de medieval, una de histología, una de arqueología.

Intervención:

–Hace compras de bibliografía, nos llegan mails consultando qué necesitaríamos, se compra lo que se puede por supuesto, lo que está dentro el presupuesto, pero al menos uno recibe ese tipo de consultas y puede acceder a algo novedoso más allá de lo que está visible en internet. De todas maneras, hay que considerar que existe una tensión entre estas necesidades de profesionalizarse y capacitarse en su



propia área de estudio, y lo que sucede después en el momento de transmitir estos conocimientos. En el caso específico de la UBA, quienes hemos querido dictar seminarios de grado en historia medieval, nos hemos encontrado con restricciones en cuanto a la bibliografía. Del setenta y cinco por ciento de la bibliografía que no están en español. Quisiera que alguno me pudiera explicar cómo logro ese porcentaje de bibliografía en español, con estudios centrados en Alemania o en Europa central en general, en las tierras de Bohemia o en Polonia, es realmente complejo lo que se produce allí ¿no? Ese distanciamiento disonante, la necesidad de actualización, de investigación, la transmisión y la discusión también en la universidad.

Por otra parte, también hay distintos niveles. En el momento de escribir una tesis de licenciatura quizás el viaje a algún centro europeo en algún punto puede evitarse. Pero cuando uno avanza en la carrera, estoy diciendo una obviedad de todas maneras, el viaje en el caso de los medievalistas científicos es prácticamente una necesidad imposible de dejar de lado.

Nicolás Kwiatkowski:

–Vuelvo al problema de las bibliotecas y revistas. Primero no creo que sea solamente un problema local, sino que es un problema internacional. Hace diez días Harvard decía que tenía, la biblioteca privada más grande del mundo y la cuarta biblioteca en tamaño del mundo entero, problemas para seguir comprando revistas por los precios de esas revistas y la cantidad que compraba. Se planteaba como un problema para el horizonte futuro, lo cual es una dificultad que tenemos nosotros y se convierte, cada vez más, en un problema internacional. Eso se vincula con las dinámicas que están adquiriendo las revistas científicas, sea en humanidades y también en ciencias duras, que incluso las revistas de grandes editoriales universitarias internacionales son también un negocio. Entonces, esas revistas están empezando a cobrar *submission fees*, hay que pagar el privilegio de que la revista evalúe los trabajos, e incluso, para nosotros eso todavía no es un problema, pero en las ciencias duras algunas de estas revistas ya están exigiendo que contra la publicación del artículo, el departamento de la persona que publica ese artículo compre una cantidad de revistas y se abone a esas revistas a futuro.

Con lo cual ahí se provoca un problema, no solamente de fondos, sino también un problema de carácter científico, en torno a si la validación de la publicación de esos artículos es científica o es que se pueda acceder a los recursos para pagar los *submission fees* y después comprar las revistas, como contrapartida de la publicación. Como forma de solución, me parece que hay grandes dificultades financieras, pero hay algunas posibilidades. Por ejemplo, la universidad está suscripta a varias bases de datos internacionales a través de MINCYT, a la que accedemos todos, incluso de manera remota en nuestras casas, eso no resuelve el problema, pero sirve como una especie de paliativo. Otra forma de solución posible tiene que ver con las compras que se hacen, tanto de proyectos como de la Biblioteca Central. Llevan tiempo y tienen problemas, porque mucha gente compra bibliografía con los proyectos y en vez de llevarlo a la biblioteca se lo lleva a la casa, lo cual es muy problemático. Eso algunas universidades nacionales lo han resuelto, exigiendo que las publicaciones pasen primero por la biblioteca,



luego que sean compradas por proyectos, y después vuelvan a la biblioteca y puedan ser utilizadas. Considero que es una práctica que la universidad tendría que adoptar. Por otra parte, está la posibilidad de colaboración con redes y bibliotecas universitarias, que ya existen y funcionan, que sería bueno aprovechar para que las compras fueran comunes, no solamente de la biblioteca central de la universidad, sino que se articulen con las otras universidades. Eso ya existe y sería bueno que quienes compramos o necesitamos que nuestra universidad compre, aprovechemos esas redes interbibliotecarias y universitarias para no comprar repetido, y fortalecer los vínculos de las bibliotecas entre sí.

Adriana Petra:

–Respecto a la cuestión de las revistas y del acceso. Hay una discusión muy fuerte que está teniendo el CONICET y el MINCYT desde hace bastante tiempo, no solo para encontrar paliativos de cómo acceder, sino discutiendo los criterios de validación de las revistas, la indexación, de qué modo Latinoamérica se inserta en un mapa mundial respecto a las disciplinas de humanidades. Era solamente eso, que más allá de encontrar formas de juntar el dinero para pagar las bases, hay criterios de difusión que tienen que ver con el modo de circulación de la ciencia.

Juan Suriano:

–Considero que no es sólo un problema de bibliotecas y de acceso a libros y fuentes, esa es una dificultad, no me cabe la menor duda. Pero hay un problema de agenda de investigación en Argentina, que tiene que ver con, si nos ubicamos en un mapa internacional y teniendo en cuenta los países centrales, la Argentina ocupa un lugar periférico, si se quiere, que ha sido culturalmente asumido. Eso hace que no sea una dificultad de la historia antigua o medieval, sino de historia moderna, es un problema de historia latinoamericana. Hace pocos años, en la facultad de filosofía hubo un concurso donde uno de los oponentes osó decir que concursaba en historia latinoamericana, y cuando le preguntaron cómo armaría un instituto de investigación, dijo “No, yo armaría una materia para dar clase y enseñar historia latinoamericana, pero no investigación porque no hay fuentes en la Argentina”. Era diez años atrás, ubiquémonos, todavía no estaba toda esta parafernalia que tiene que ver con internet, etc. Uno de los jurados le preguntó “¿Entonces el único lugar donde se puede estudiar historia latinoamericana debería ser Estados Unidos?” Y la respuesta lógica fue que sí. Yo abono ese criterio, pero quiero decir que hay un problema de criterio con la bibliografía y con la fuente, y hay otro problema con las agendas de investigación, en tanto y en cuanto en la Argentina no se incentiva esta apertura de áreas. Es decir ¿qué es lo que estudiamos en las distintas universidades? historia argentina generalmente, eso es lo que predomina. Existe un tema de fondo, que es más importante que el de las bibliografías, y habría que debatirlo ¿no? De cómo incentivamos a los estudiantes a abrir la cabeza hacia otras cuestiones, sino siempre vamos a tener estos problemas, que dependemos de los viajes que



hagamos y de los fondos que consigamos, entonces ese va a ser siempre un lugar para una pequeña elite, que son los que pueden conseguir los fondos.

Cristiana Schettini:

–Sobre las bibliotecas: no sé cómo decir esto sin sonar lamentosa, pero lo vemos como un problema. Qué significa para nuestro alumnos, para los alumnos de la UNSAM que se forman como investigadores, sin poder tener acceso a una biblioteca de verdad, una biblioteca con estantes, con los libros en el estante, y tener experiencia en acceder a un catálogo que lo miran al instante, comprar un libro, esas cosas que pasan en la biblioteca. ¿Cuánto se puede reemplazar eso? En el mejor de los casos, *Historical Abstracts*, como forma de acceder a las cosas, pero hay algo de la condición de posibilidad de producción de conocimiento ¿con qué nos formamos? ¿Con bibliotecas? La mía era pequeña, pero muy pensada. Me quedo pensando en una deuda pendiente de la UNSAM, que no se subsana con escribir millones de bases de revistas, de todo eso. Mejorará la situación, pero me doy cuenta que mis alumnos no tienen la experiencia de entrar a una biblioteca y estar ahí adentro pensando. Quería plantear eso como un problema, y qué tipo de agenda, de pregunta de investigación eso implica ¿no?

Por otro lado, pensar en agendas también, quería llamar la atención sobre esos tres aspectos de las redes. Abordar el trabajo colaborativo, no sólo en el sentido de potencializar métodos que ya teníamos o de poder cruzar fuentes cuando un trabaja en grupos más amplios de diferentes lados, sino también pensando nuevas preguntas o un cambio de estado para viejas preguntas, lo que eventualmente va a significar una nueva mirada o nuevas preguntas. En el IDAES lo vimos, a través de la red que articulamos historiadores brasileños y argentinos en torno a problemas comunes. Eso significa poner en cuestión, no solo las tradiciones nacionales, no es que se borre el marco nacional por una agenda trasnacional de investigación, sino que se hace un ejercicio semántico de poner en cuestión supuestos naturalizados de nuestras herencias historiográficas nacionales.

Ezequiel Adamovsky:

–Voy a ponerme en agitador. Algún día tenemos que hacernos un planteamiento en torno a algunos lugares, sobre la estafa que significa que las universidades nos paguen, nosotros trabajemos, hagamos archivos, los publiquemos y además nos cobren a las universidades y a los que hicimos artículos para poder leerlos. Es una estafa fenomenal, sé que ya estuvieron haciendo planteamientos políticos, incluso en Estados Unidos, con una economía pegada a propiedad privada, que incluso allí están cuestionando porque ya es una estafa más creciente. Estas cosas que contaba Nico. Es más, nuevas formas de cobrarte dinero para que trabajes gratis ¿no? A propósito, con la política de bases de datos de producción científica de algunos estados, incluyendo el Estado argentino, se está empezando a plantear esa discusión política porque, entre otras cosas, la letra chica de nuestros contratos con el CONICET y las universidades dice que nuestro conocimiento tiene un propietario anterior, frente a cualquier otro que luego quiera reclamar derecho por revistas, que son CONICET y las universidades. Así que si hablamos



de derechos de propiedad, en verdad hay un derecho de propiedad previo a nosotros. Estaría bueno, en algún momento, hacer un planteamiento sobre esta cuestión.

Específicamente sobre las agendas de investigación, quería referir que en los últimos años, han crecido muchísimo en todo sentido. De las tres tradicionales: clase, género y raza, clase tiene una tradición antigua. Género ha tenido un desarrollo muy importante, aunque falta que permeen los objetos de estudio, que no sean restringidos al mundo de la mujer, que esa mirada esté presente en otros objetos de estudio y temáticas. Raza es el menos transitado y hay un riesgo que hace tiempo charlamos con Mirta. En el contacto en las redes internacionales, hay un resquemor bien fundado a que las agendas de estudio, temas de raza, están fuertemente precedidas por estudios del mundo anglosajón. Se evidencia con mayor claridad para las personas que estamos en esos temas, que lo que parecía una norma para entender cómo se estructuran los vínculos o las jerarquías raciales, en el mundo anglosajón aparece como una excepción. En un mundo que ordena este tipo de cuestiones a través de esquemas justamente diferentes, habría que pensar qué tipos de vínculos internacionales convienen a qué tipo de agenda de estudio. En el caso de la raza particularmente, me parece que el latinoamericano es mucho mejor que el anglosajón.

Nicolás Kwiatkowski:

–Dos cosas, una que me olvide antes respecto de las bases de datos, sé que a veces se sobredimensiona la importancia de las bases de datos, pero sigue siendo, de todas formas, un discurso útil. Hay un problema que sé que existe con el uso de las bases de datos con las que cuenta la universidad, que no son pocas a través del MINCYT, que es que las bases no se usan. Están disponibles y el uso es tan bajo, que el MINCYT amenazó a la biblioteca de la universidad con cancelarlo, porque si las consultas son de un promedio de veinte artículos por investigador en el año y son bases caras, el MINCYT propuso cancelarlo, si total no se usa. Hubo que dar una pelea grande para que eso se mantenga, así que los invito cordialmente a que se conecten a internet y descarguen los artículos de ahí porque están. Lo que necesiten pero úsenlo, porque ese recurso está y corremos el riesgo de perderlo por no usarlo, y me parece que eso es muy útil.

Respecto lo que decía Cristiana de las bibliotecas, me parece que tenía razón en su planteo, el hecho de que los estudiantes tienden a no usar la biblioteca. Ahí les diría dos cosas, primero una práctica, que venimos adoptando hace algún tiempo varios de docentes de la universidad que tenemos estudiantes en el campus, que es marcar en la bibliografía cuáles de los libros que usamos están en la biblioteca. No poner esos libros en la fotocopidora, para incentivar que *los pibes* vayan a la biblioteca, que encuentren y usen los libros ahí, que es una biblioteca *open source*. Eso sería una cosa importante, y otra que podría vincular a la cuestión de las agendas de investigación, es que la biblioteca de la UNSAM ya tiene dos bibliotecas donadas, compradas por la UNSAM, importantes para la historia y para la historia del arte, que son la biblioteca de Tándeter y la biblioteca de Ciocchini. Esas dos colecciones están incorporadas a la biblioteca central, y catalogadas para la consulta. Con lo cual, desde la formación de los estudiantes de



posgrado y grado dentro de poco, podríamos incentivar que esas bibliotecas sean objeto de trabajos de investigación, ya sea sobre todo intelectual, o sobre los problemas de los que ya se habían ocupado Tándeter y Ciocchini. Porque de esos conjuntos bibliográficos, Tándeter ya está todo adentro y Ciocchini alrededor de un ochenta por ciento catalogado, el resto se está recuperando, pueden servir para trabajos de investigación importantes y contribuir a conformar agendas de investigación a futuro. El año que viene se va a sumar a esas dos colecciones la de Burucúa. Ahí hay material para construir agendas de investigación a futuro, yo no digo programas de investigación, pero sí una o dos tesis de doctorado puede ser.

Carolina Vanegas:

–Con respecto a las agendas de investigación, obviamente mi perspectiva es de estudiante extranjera, y en este ámbito de historia tan centrado en la historia nacional, que no es algo común ni particular de la Argentina, sino que cada ámbito nacional y no sólo latinoamericano, tiende a ser nacionalista. Hay recientes movimientos de estudiantes, dos focos bastante fuertes en la Argentina y México, sobre todo de recepción de estudiantes latinoamericanos, que están modificando las agendas y las perspectivas comparativas de datos e invasión a los temas. En mi caso particular, lo que sucedió fue que ese ejercicio sencillo de explicar cosas, que hacen parte de un lugar común dentro de una agenda nacionalista de la historia, cuando uno está por fuera tiene que explicar todo desde el comienzo y adoptar necesariamente una posición frente a eso. Esa elaboración, pensando incluso en los estudiantes de grado, modifica la forma cómo uno ve esa historia nacional, comparativamente y desarmando un poco este tema de las siglas nacionalistas, e impulsa los estudios comparativos. Pienso que en el IDAES hay muchos estudiantes latinoamericanos, que tienden a juntarse mucho entre ellos, es como un grupo de extranjeros frente a una masa argentina muy cerrada y autocentrada, en los que hay unos diálogos que no siempre son tan fluidos pero que están sucediendo.

Ricardo Ibarlucía:

–Dos notas al pie a lo que decía Nicolás y otras intervenciones. La primera, es que es un problema global el que vos señalas, la escasa consulta de las bases de datos, hay estudios que son aterradores sobre la escasa lectura de papers en general. Nosotros tenemos una ficción de que los papers nunca se leen, no, no se leen, solo se publican. De modo que hay un problema muy serio, no es solamente de principio, sino que es un poco una crisis de las bases de datos y de las revistas en papel en primer lugar, y las electrónicas en segundo lugar. Los financiamientos se vuelven muy onerosos para algunas universidades o institutos de investigación.

Segundo punto, bibliotecas. Me parece que también hay un problema, ya no voy a decir global, pero sí que hace a lo no construido durante estos últimos treinta años. Quizás en los comienzos de la era democrática, donde hubo una renovación del campo, en el área de filosofía y letras, duró unos pocos años esa inversión. Luego entramos en otros sistemas que vos mencionabas, la privatización de los



libros. Nuestras bibliotecas son comparativamente mucho más pobres que las que existían en Buenos Aires en los años 1960 en estas universidades. Lo mismo la caída de las revistas, a las que se volvió muy difícil acceder. Algunas bibliotecas se han hecho con iniciativas privadas, asociaciones civiles, que hoy tienen algunas bibliotecas muy ricas. La iniciativa de la UNSAM ha sido en ese contexto de depredación de las bibliotecas universitarias, que fueron incluso perdiendo su caudal. La biblioteca Vattuone, no desapareció, la fueron robando una a una, con ello los archivos, las clases, los profesores históricos, estantes, incunables que desaparecieron, y la escasísima renovación bibliográfica que ustedes indicaban, es desesperante. La construcción de esta biblioteca fue bastante excepcional, en el contexto de las nuevas bibliotecas construidas, asumo que la de Sarmiento es otra, más pequeña, pero que tiene materiales interesantes. La idea ahora es ampliarla, además tiene colecciones interesantes y varios convenios, eso también hay que tenerlo en cuenta. En el área de historia de filosofía tiene la importación por convenio, no al catálogo de la biblioteca pero sí el préstamo bibliotecario, la consulta in situ de las dos bibliotecas filosóficas más importantes de Buenos Aires: la del Centro de Investigaciones Filosóficas y la de la Sociedad Argentina de Filosofía Analítica.

Mirta Lobato:

–Me voy a ir para otro lado, porque hasta ahora nos vimos concentrados en las bibliotecas. Cómo buscamos resolver los problemas de acceso a la información. Pero yo me quedé pensando en la agenda de investigación, y este listado de fragmentos de la historia que aparecen. Cuando meditaba esto, descubrí que era absolutamente anarquista respecto a lo que pienso sobre las agendas de investigación, porque considero que no debería haber agenda de investigación. Sin embargo, están las quintas acá, y esas quintas de historia cultural, de historia social, de historia intelectual, de historia de la religión, historia política, etc., esas quintas implican reflexionar algo sobre esas agendas. Pero me parece que más que discutir la posibilidad de una agenda de investigación, tendríamos que pensar, a ver que les parece a ustedes, cómo esos diferentes fragmentos pueden dialogar, de modo que sea fructífero, para estimular interrogantes que van a ampliar esas agendas de investigación. La pregunta que yo me hago es, ¿cómo, desde todos los grupos que han promovido los estados generales en historia, pueden conversar para pensar si se puede armar una agenda de investigación o no? Yo preferiría que no, pero para discutir los problemas tanto teóricos, metodológicos de acceso a la información que se plantean, o para temas que pueden ser transversales a las diferentes capillas. La cuestión de la raza, el género, que no es exclusivamente mujeres, sino que tiene que ver con toda la discusión sobre masculinidades, feminismos, pos feminismos, etc., que nos lleva a un territorio que francamente es bastante complejo desde mi punto de vista. De algún modo quisiera abrir la discusión sobre esto que aparece en la propuesta que se hizo.



Rodrigo Laham Cohen:

–Un comentario más sobre la agenda, que en realidad es una idea de Martín. Estuve en la inter-escuela, varios de ustedes supongo que también. Eran ciento trece mesas, mucho menos que en Bariloche y que en Mendoza, obviamente, igual estaba cerca de Puerto Madryn. La cuestión es que la historia europea, esto que marcaba el profesor Juan Suriano, de historia europea había trece nada más, el resto era de la Argentina y América. De todos modos, aunque yo me dedique a historia europea, no me siento con la autoridad moral para pedirles a las universidades argentinas que fomenten más el estudio de la historia europea, no sé si anti corporativo, pero realmente en contra de nuestros propios intereses materiales, somos universidades argentinas y me parece absolutamente lógico que el énfasis esté en la historia argentina y americana, porque allá no están estudiando historia argentina, no tienen. De hecho, el programa de la UBA es bastante euro-céntrico, tenemos cuatro de historia europea, historia americana, historia argentina. Por un lado, me duele el alma porque siento que mi espacio se achica cada vez más, y por el otro, me parece lógico, son las condiciones de juego. Sólo quería compartir eso, que los intelectuales nos dan un mapeo, no sé si de la agenda, pero sí de los intereses que hay. De antigua y medieval éramos dos, tres mesas.

Valeria Manzano:

Me sumo al planteo de Mirta, en la pregunta también de qué definimos por agenda de investigación. La pregunta es ¿hasta dónde seguimos, hasta dónde existe? porque existía una agenda de 1983 en adelante ¿hasta dónde se trata de construcciones colectivas, de construcciones individuales? ¿Hasta dónde las instancias de financiamiento incluso, no logran condicionar en un punto, la misma elección? No digo de agenda, construcción de agendas, que no sé qué son, sino más bien de temas, de campos. Aquí no es tan obvio. Voy a poner un ejemplo muy breve, en Estados Unidos, hace más o menos cinco años, se lanzó un programa de estudio de los Animales no humanos, y en cinco años explotaron. Ya se venía analizando, pero en realidad poner en juego un sistema de becas amplísimas para estudiar la relación de los humanos con los animales no humanos produjo una suerte de revolución en el área misma, de visibilización. Nosotros no tenemos ese tipo de instancia tan específica que logre poner temas en las agendas de investigación, por suerte, eso estamos esquivando y es una motivación que me gusta. Se me ocurre cuestionar si existen agendas, si esas agendas son temas, si en caso de existir, incorporan más bien temas, perspectivas o incluso períodos. En concreto, puedo tocar cinco de estos cuatro subcampos dentro de la propia temática de investigación que tengo, y hay que ver hasta dónde puede ser más fructífero o menos fructífero el diálogo, si pensamos como nodos problemáticos más que agendas específicas, como una serie de pasos a cumplir. Eso es algo con respecto a las agendas.

Saltando al otro subtema, hay una pregunta formulada que a me gusta particularmente, que es ¿hasta dónde las investigaciones más actuales, de quienes estamos sentados en la mesa, abordan más metodológicamente la construcción de las narrativas históricas? La pregunta del cómo versus la pregunta del por qué. Hay una serie de reflexiones, salto de tema en torno a causalidades, a las conexiones, a los efectos que, muchas veces, en la producción aparecen como bastante más desmerecidas por la



narración y la descripción de los focos. Me parece que está bueno plantearlo por lo menos, para ver si podemos acordar qué es un nudo sintomático de las producciones más descriptivas, más monográficas y más hiper-especializadas de los últimos tiempos en el análisis del cómo ante el por qué.

Marina Franco:

–Con esta pirueta que me dejó armada Valeria, entramos al segundo sub-eje de este bloque, que es formación y profesionalización. Solamente para indicar algunas orientaciones de qué es lo que nos interesaba pensar colectivamente, que en realidad a este sub-eje ya llegamos con algunas cosas que han ido aflorando del día. La primera de ellas tiene que ver con algo planteado por Burucúa ¿no? En relación con la formación, por un lado, la cuestión central de la articulación entre el grado y el posgrado en general, que él mencionaba en tanto y en cuanto mucha de la gran renovación historiográfica de la que todos estamos hablando llegaba poco o mal al grado, y habría que ver cómo llegaba en todo caso al posgrado.

Vinculado a eso, y para entrar en la cuestión de la profesionalización salieron otros temas en la discusión que tienen que ver fundamentalmente con las reiteradas alusiones, implícitas o explícitas, a la presencia del CONICET como organizador de la profesionalización de los últimos tiempos, y por supuesto, del financiamiento. Y ahí hay una pregunta interesante que es ¿cuáles son las posibilidades y los límites de las estrategias de profesionalización ligadas a instituciones financiadoras como CONICET? ¿Cómo se ligan los subsistemas CONICET y de la universidad en función del apoyo, de la formación y profesionalización? ¿Cómo enseñar a hacer investigación? A su vez, otra cuestión interesante que ha salido, en relación con la profesionalización a lo largo de la tarde, es esta centralidad del financiamiento a la investigación, que también tiene implicancias en dos niveles. Uno es la hiper-especialización, que señaló Gabriel Di Meglio en algún momento. Y el otro es la desarticulación o no, habrá que discutirlo, entre investigación y docencia, tanto en el nivel de grado como en el nivel de posgrado. Esas serían las cosas que los invitamos a discutir colectivamente. Tenemos media hora, treinta y cinco minutos.

Nicolás Kwiatkowski:

–Un comentario muy breve y en parte en respuesta de lo que decía Rodrigo, respecto de si estudiar o no historia europea e investigar historia europea desde acá, porque me parece que eso se articula también con la formación de grado y de posgrado. No sé si tenemos el derecho de pedirle al Estado que financie nuestras investigaciones sobre esos temas o no, es otra discusión. Sí considero que es importante para la formación de grado y de posgrado, incluso para aquellos que después se dedicarán de una forma u otra a la historia argentina o a la historia latinoamericana, que esa formación incluye también un buen conocimiento de la historia europea y un buen conocimiento que surja de docentes investigadores, por varios motivos. Por un lado, porque eso enriquece los enfoques posibles de los problemas locales a partir del conocimiento de perspectivas existentes respecto de problemas distantes. Eso contribuye con la posible provincialización de los estudios locales. Me parece que estamos casi todos de acuerdo en que



es imposible entender la Argentina sin salir de la Argentina, y que la comprensión de las articulaciones de los problemas locales que estudiamos o que estudian ustedes con problemas más amplios tanto geográficamente como temporalmente, enriquece la investigación que ustedes hacen en historia argentina. Ninguno de los que yo conozco, a menos que se dedique a la historia argentina, estudia Argentina con una mirada centrada en que lo local ignore la forma de comprender procesos semejantes o comparables que preocupan, seguramente que acá también pienso en la trayectoria de Ezequiel y otras que podría citar. Me parece que esa información amplia y hasta cierto punto también enciclopedista que ha sido tan criticada en los últimos treinta años, ha contribuido en el enriquecimiento de las formas de abordar los problemas locales. Creo que incentivar eso en la formación y articularlo entre investigadores, no solamente locales, con una formación de grado y posgrado en problemas no necesariamente argentinos, enriquece la tarea de investigación de asuntos locales específicos.

Luciana Anapios:

–En realidad, en torno a este eje pensaba cuál es la particularidad de la UNSAM, por lo menos la que conozco de la articulación de grado y posgrado. Hice un recorrido particular, como todos los recorridos, por la UNSAM. Empecé desde el posgrado, o sea, entré por arriba y después empecé a dar clases en el grado en el 2008, casi con la creación de carrera de sociología. O sea, primeras cortes que recién hace dos años empezaron a terminar y a recibirse. Lo mismo con antropología porque la materia que doy en el grado se da para antropología y sociología, y como optativa para otras carreras. Entonces pensaba en esto del dialogo entre el grado y el posgrado, que en realidad visto a través de estos años, aproximadamente 8 o 10 años, es un dialogo que se va construyendo muy... trabajo de hormiga, digamos. En realidad el año pasado, en los estados generales también surgía esta cuestión de cómo son los estudiantes, quiénes son los estudiantes de grado de la UNSAM en relación a otras universidades nacionales, y sobre todo a la UBA, de dónde venimos la mayoría de los docentes, no todos, pero gran parte de los docentes de la UNSAM. Y aparecía esta discusión de si eran estudiantes con menor formación, si era radicalmente otro tipo de estudiante, bueno, esa discusión estuvo y aparecía la idea de que en realidad no. Hay un prejuicio que en realidad cuando uno trabajaba en los cursos, al contrario. Sí es cierto que es un público diferente y eso es lo interesante supongo, en todas las experiencias de las universidades más jóvenes, lo mismo pasa en Sarmiento con otras características. Y que los desvíos más interesantes para mí se dan en el grado, como docente de grado y posgrado, justamente por esas diferencias de los estudiantes. Porque en general son estudiantes que no tienen tradición universitaria, en general, en sus familias, son primera generación de estudiantes. Eso hace que el acercamiento a los docentes, a la bibliografía sea totalmente diferente, pero también en estos últimos años se está creando una tradición universitaria. Me acuerdo cuando empezamos a dar clases con Suriano en el grado, una de las cosas que más rápido se notaba es que no había lo que llamamos nosotros “una cultura universitaria”. Esa jerga del pasillo, de saber cómo comportarse, eso en estos años se fue creando. Lo que yo veo sobre todo del grado, es cómo se fueron construyendo estos perfiles, no es casual que los que logran



terminar sus carreras y sus tesis en general, han sido muy acompañados por la universidad incluidos de muchas formas. Desde programas de ayudas de becas hasta participación en programas de intercambio estudiantil, y eso los arraiga mucho a la experiencia universitaria. Con un acompañamiento institucional que es muy indispensable en esos recorridos, y que cuando hay estudiantes que terminan sus carreras sin éxito, eso es otro. En general, yo creo que es algo fundamental que aumente la tasa de graduación que, en estas carreras como sociología y antropología es un problema. Y que por primera vez ahora, en los últimos dos años veo las mismas caras que vi en grado en el posgrado, antes eran mundos totalmente diferentes, en el posgrado los recorridos venían desde otros lados, de la UBA, de otras universidades nacionales o de profesorados, y ahora empiezo a ver las mismas caras que se formaron acá, entonces ahí digo con esto, muy de a poco empieza a haber una articulación... Digo, esta articulación casi epidérmica la que estoy mencionando... pero que me parece que es parte del crecimiento de la UNSAM y que tiene sus propios desafíos también, porque justamente por eso mismo, porque son los casos que logran articularse con la institución a través de sus políticas universitarias.

Juan Suriano:

–Yo quiero poner un tema acá que en realidad lo estoy pensando específicamente para la UNSAM. Quiero alejarme un poco del tema que planteaba Luciana y pensar más, digo, se está creando la carrera de grado en la UNSAM y tenemos al menos un par de posgrados también en la UNSAM. Pero, a ver ¿qué es lo que quiero plantear acá? Quiero plantear, por lo menos tirar acá, esto no se va a ver sobre hoy y me parece que sí sería bueno discutirlo de aquí en adelante, y es que la historia en la UNSAM se está transcurriendo de una manera complicada, digamos, para ponerlo en un punto. Interesante por un lado, por la creación de grado, la existencia del posgrado marca una base sustancial de la historia al interior de la UNSAM, pero tengo que ser sincero. Me parece que estamos trabajando cada uno por su lado, y digo, no tiene nada de malo tener como agendas diferentes, pero creo que si hay que pensar en la articulación en la UNSAM, lo que hay que pensar de aquí en adelante es de alguna manera, y ahora voy a explicar qué entiendo por articulación, articulación de grado, de posgrado. Que es un problema ¿Por qué? Porque en realidad estamos instalados en escuelas diferentes, escuelas e institutos diferentes, historiadores en la escuela de política y gobierno (quiero que hablemos sinceramente sobre esta cuestión), historiadores en la UNSAM e historia en el IDAES. Yo no quiero entrar en la polémica, si la historia se relaciona más con las ciencias sociales o con humanidades, creo que está claro que es transversal. Entonces me parece precisamente que la palabra transversal lo que tiene que implicar es de alguna manera, y de aquí en adelante deberíamos empezar a tener algún diálogo, porque sino lo que yo siento es que vamos a construir hechos por separados. Además debo agregar, no solo es la carrera de grado, no es solo los posgrados, la miro a Adriana y pienso que es sobre el CeDInCi, que es otro lugar importante del historiador. Entonces me parece que este es un tema que hay que discutir de aquí en adelante, y cómo de alguna manera empezamos a dialogar de forma fructífera entre nosotros. Creo que de alguna manera, esta instancia nos permite por lo menos un primer paso. Por supuesto que creo que tenemos posiciones



diferentes en algunos aspectos y adhesiones teóricas o epistemológicas diferentes. Eso no es un problema, pero me parece que lo que quiero plantear acá es que de alguna forma, de aquí a futuro debería existir un dialogo un poquito más fluido y más francos entre todos nosotros. Digo, yo me hago cargo de lo que me corresponde, esta falta de dialogo, pero quiero ser muy sincero con esta cuestión.

Gastón Olivera: Voy a volver con el tema anterior. No es necesario tener la capacidad de plantear bien el escenario de la difusión, pero por lo menos dejar planteado mi desacuerdo un poco con el espíritu que planteaba Nicolás. Creo que se ha elogiado y se ha reclamado mayor presencia de bases de datos, mayor presencia de bibliotecas, pero yo pensaba también hasta qué punto las bases de datos con las que contamos y que añoramos, y las bibliotecas que también añoramos no están formando también la agenda de investigación para nuestro caso ¿no? El caso de lo que sería la historiografía argentina. Justamente me preguntaba si realmente hay, incluso del 83 a esta parte una agenda historiográfica local, quizás no nacional porque nacional es a esta altura una mala palabra ¿no? Pensaba en lo problemático que es entrar en el abordaje de lo que planteaba Nicolás, ¿no? Está bien, es muy rico tener esa base de datos y mejor leerlas antes de que se caigan, pero hasta qué punto esa dinámica nos lleva a leer cosas que en realidad nos están marcando un poco el camino a seguir. Y pongo un ejemplo, nosotros en la Patagonia del sur tenemos una joven revista, tiene diez años creo ya, y poco a poco nos vamos ajustando a los criterios de CAICYT, que son criterios que no son nuestros y que nos imponen. Por ejemplo, tener una segunda lengua, nuestros resúmenes tienen que tener una segunda lengua, que Oh casualidad, deber ser inglés, no mapuzugun por ejemplo ¿no? Esto no es para caer en un localismo, pero me preguntaba de qué manera eso determina la posibilidad para la emergencia de historiografías y de agendas críticas, respecto a lo que... y sino es un fatalismo también siempre recaer en esto que también Nico decía bien: hasta qué punto la historiografía norteamericana y europea enriquecen nuestra perspectiva de investigación. Pero poco se ha dicho de cómo nuestras perspectivas locales pueden enriquecer la mirada de procesos europeos. A mí por ejemplo, me calentó siempre, y lo digo a esto como autocrítica porque yo también soy muy adepto a las modas y leo también mucho de historiografía europea, pero yo nunca me sentí más cómodo y creo que nunca entendí más la historia del imperio alemán, del segundo imperio alemán, como cuando lo pensé desde Patagones, por ejemplo, porque... estaba enamorado de Thomas Mann, de la república de Weimar, y cuando lo descentré a eso, cuando vi la "colonialidad" en el centro de esa cultura moderna alemana, sentí que conocí un aspecto que la agenda de lecturas alemanas propiamente dichas, no me mostraba ¿no? Bueno, eso nomás.

Nicolás Kwiatkowski:

—Yo voy a volver a la intervención de Juan. Me parece que hay un punto muy importante que Juan hace, y creo que es un punto que siendo historiadores podríamos pensar en resolver a partir de una experiencia "pre-mitórica" de esta misma universidad. Porque me parece que tensiones semejantes a las que se están enfrentado ahora en la apertura de una nueva conformación del campo dentro de una institución, se



dividieron en la última década digamos, entre el IDAES y Tarea. Lo cual generó muchos problemas para algunos investigadores que estaban radicados en el IDAES, pero tenían proyectos de investigación en Tarea. Eso pasó por un periodo conflictivo durante por un par de años, y en los últimos dos o tres años encontró una forma de resolverse que me parece puede darnos algunas enseñanzas para que no pasemos por el periodo conflictivo que pasaron ellos antes... pasamos nosotros antes, yo estuve ahí. Y la forma de solución que se encontró entre esos dos institutos para resolver la cuestión, fue un acuerdo institucional que indicaba la doble pertenencia institucional de los profesores que así quisieran, entre los dos institutos. Eso implicaba que ambos institutos dejaban de disputarse profesores, investigadores, radicaciones y los lugares de proyectos de investigación, y empezaban a trabajar en conjunto, en una forma de acordar que con la doble radicación de los investigadores esa doble relación pueda ser más fluida. Entonces como una opción posible para encaminarnos hacia una solución de alguno de estos problemas, propongo alguna solución semejante, un acuerdo institucional entre las cuatro unidades académicas en las que se desempeñan los historiadores de la UNSAM para garantizar una forma institucional de acordar el intercambio de profesores, investigadores, radicaciones de proyectos de investigación, etc. Que eso permita un trabajo en común más que competencias y más o menos orden.

Mirta Lobato:

–No sé si puedo hablar porque no soy de la UNSAM, pero me parece que es interesante pensar en formación y profesionalización, y en estas diferentes instituciones que están dentro de la gran institución que es UNSAM y cómo se pueden pensar las articulaciones, el dialogo dice acá, entre los diferentes niveles de formación. Por un lado, me parece que el grado no puede existir sin el posgrado o el posgrado no puede existir sin el grado ¿no? Por ejemplo, mi experiencia en la Universidad de Buenos Aires es de posgrado, y no estaba organizado. Entonces el grado era sacado de una cantera de historiadores que iban a hacer sus posgrados de manera anárquica en filosofía y letras, y de manera más organizada en otros lugares. O sea que el grado es importante para enfrentar al posgrado y viceversa, porque los investigadores formados y la gente que sale del posgrado puede subirse al grado.

Entonces, en ese punto es como muy interesante pensar las experiencias discriminadoras que se dieron en las instituciones. La relación grado-posgrado en la facultad de filosofía y letras, que es el lugar de donde vengo fue de segmentación, degeneración, confrontación, que generó una esterilidad y una paralización en muchos aspectos. Por ello, si es posible profundizar el diálogo, me parece que sería interesante. Cómo hacerlo, tal vez es la pregunta, porque no es solamente la radicación de un historiador, sino cómo abrir los canales de diálogo. Esa es la pregunta que yo haría en términos más amplios. ¿Cuáles son los caminos para que se pueda dialogar sobre algo que es tan básico como la formación del grado y del posgrado en una institución? Esto tanto para sociología como para historia del arte, para historia, para antropología, para lo que sea, no es un problema solo de historia, lo que pasa es que yo estoy trayendo mi experiencia de filosofía y letras como falta de diálogo y que es paralizante ¿no?



Entonces yo ahí, le dedicaría un poco de tiempo a la investigación sobre cómo abrir los canales de diálogo.

Inés Yujnovsky:

–Por un lado, agradecer la sinceridad, porque se pone sobre la mesa algo que está un poco en los pasillos. Por un lado plantear una pregunta, porque no entiendo muy bien de dónde sale y de dónde viene el conflicto, pienso que no solamente hay dos posgrados y un futuro grado, pienso que hay más. Están los ocho archivos. Cuando yo pienso en la UNSAM pienso en la UNSAM, no pienso solamente en el INDEC o humanidades, o Política y Gobierno. Me parece que el diálogo es fundamental y hay que aclararlo ayer en realidad. En realidad una pregunta que me hago ahora, un poco con la charla es ¿Por qué parte del conflicto tiene que ver con la formación de grado y posgrado? ¿Por qué no hay un conflicto en investigación? Por lo menos en lo que escuché de radio pasillo, o sea el conflicto sucede en la formación.

Juan Suriano:

–¿Me dejás aclarar algo? Simplemente no hablé de conflicto, hablé de falta de diálogo y falta de coordinación, nada más que eso, y hablé de los historiadores de la UNSAM. Si olvide alguna institución, no viene al caso. Hablé de los historiadores, hablé del campo de la historia en la UNSAM, y lo que planteo es mejorar el diálogo, si se quiere. Pero no de conflicto, porque no lo veo en este momento, quiero aclararlo porque para mí esto es importante. Lo que hay es gente que va para distintos lugares y está en una misma institución, entonces una institución tiene que tener una política y la UNSAM no la tiene, en esto tenemos que ser sinceros, no tiene una política clara para historia. Hemos armado distintas “quintas” y ahí estamos, más sinceridad que esta no puedo tener. No estoy diciendo que esto lo vamos a resolver hoy porque no tenemos tiempo, pero lo que estoy argumentando es que a futuro podríamos tener encuentros y diálogos sobre esta cuestión, nada más que eso.

Mirta Lobato:

–Hay dos sistemas que se están tocando, el sistema universitario y el sistema del CONICET, y esto es un problema general de la Argentina. Esto de que hay sistemas universitarios, sistemas CONICET que se juntan, pertenencias institucionales cruzadas, dineros que se dan, que se destinan a la investigación porque el CONICET es investigación en los distintos lugares. Creo que en otros lugares no es tan así, al menos lo que conozco. Como la profesionalización y el CONICET está sosteniendo investigadores, y que la investigación es casi como un acto individual, uno investiga solo, socializa en algunos momentos. Cuando vos estás en una institución que tiene la obligación educativa, la formación en este caso de grado, las discusiones de filo ¿qué discutían en filosofía y letras? El programa, los mecanismos de selección, los criterios de selección que hacen a la vida de una institución, y eso no es así, sí que es más



difícil ponerse de acuerdo me parece, por la experiencia de filosofía y letras. ¿Qué programa? ¿Cómo se seleccionan los profesores? ¿Con que criterios? El del CONICET está claro; es una regla, es otro subsistema. Pero el subsistema universitario es diferente, y la verdad que es un desafío para nosotros investigadores, más allá de cada institución.

Claudio Ingerflom:

—No pensaba hablar de la licenciatura, es más tengo una ficha ahí que la escondí para que no piensen que era una provocación, porque la tengo que llevar a otro lado, para no mezclar. Cuando se nos invitó a los Estados Generales se nos aclaró que no había ningún tipo de lugar para el debate institucional, currículas, etc., y que íbamos a hablar, se repitió esta mañana, cada uno con su voz personal, como orador. La intervención de mi amigo Juan me obliga a no hacerme más el tonto. Es más nosotros nos enteramos de todo esto hace dos, tres semanas. Quiero agradecer porque fue un fin de semana de trabajo intensivo, donde cada uno dejó de lado sus cosas. Estoy sumamente contento y satisfecho de que por fin se hable de la formación de grado y de posgrado, porque entré en la UNSAM en el 2009 y nunca me invitaron a hablar sobre la formación de posgrado.

Entonces tomo esta invitación que se hace para debatir grado y de posgrado, y adhiero plenamente a discutir cómo está organizado el grado, pensar que la escuela de humanidades tiene una licenciatura aprobada y un profesorado aprobado del 2011 y además la escuela tuvo problemas, su organización cambió. Nosotros, cuando tuvimos la posibilidad, en primer lugar, nadie de la escuela de Humanidades, excepto los que estamos en historia como Inés, Gabriel y yo, que siempre pensamos que había que dirigirse a eso. Este año, gracias a la nueva gestión, al contexto, etc., se lograron cosas para que la carrera se realice ¿Que hicimos? Le pedimos a Gastón que por favor reelabore el proyecto del 2011, en función de cambios epistemológicos, cambios metodológicos, cambios políticos, y la idea a la que estábamos nosotros llegando era la posibilidad de, a partir del segundo, tercer año becar a los mejores estudiantes de la carrera para que sean estudiantes investigadores. Porque el objetivo es sacar a los mejores investigadores. Gastón a su vez invitó a Nico y los dos propusieron un proyecto que tiene que ver en algunas cosas, con el proyecto 2011 que había sido aprobado por el consejo superior de la universidad, e innovaciones.

A partir de ahí, nosotros largamos una consulta universal, es decir, que todos los historiadores que están en la UNSAM, y si alguno no lo recibió fue por un error nuestro. La mayoría de todos ustedes recibieron una invitación repetida, una, dos, tres veces a venir a las reuniones para elaborar y discutir en conjunto el programa de historia. Hay quienes respondieron muy positivamente, se pusieron la camiseta, dijeron “estamos y vamos a jugar”, hay quienes dijeron “a nosotros nos representa tal y tal persona”, y hay quienes no respondieron. A partir de ahí hicimos numerosas reuniones globales y parciales, por regiones, en América Latina, Argentina, Europa, etc., se modificaron muchas cosas, y nació el programa. ¿Con qué criterios, Mirta, seleccionamos? Bueno, mira, las materias que seleccionamos fueron en función de las



proposiciones, en función de un sentido común que hay en historia también, y en función de una orientación. ¿Cuál es la orientación? Tiene que ver un poco con lo que decía esta mañana y con lo que decía recién Mirta, nosotros creemos que en la carrera hay que entregar a los estudiantes una formación global, no para que salgan especialistas de historia china o de historia del mundo musulmán. Sino, por ejemplo, para que entiendan que la historia que nosotros queremos es una historia descentralizada, que tiende a lo que son las diversas maneras de llegar, las diferentes modernidades, que hay lenguas sobre las cuales la palabra modernidad no existe, ese es el tipo de formación. Uno lo entiende, por ejemplo, como historia del derecho sin entender lo que es el derecho, la diferencia entre el derecho, el deber y el derecho moderno. En cuanto a los profesores elegidos, es algo parecido a los mejores, los más expertos en su materia, los que están investigando y con gran criterio. Tenemos 24 que están en CONICET, de los cuales 14 son investigadores.

Hoy el equipo docente está compuesto por cinco carreras que pertenecen al IDAES, por cinco carreras que pertenecen a Humanidades y por cuatro que pertenecen a Política y Gobierno. Creo que es una distribución bastante equitativa, y los demás son compañeros. Yo me voy a parar acá porque no creo que sea el objetivo de la mesa discutir las características de la licenciatura. Perdón, un elemento, no creo que el profesorado sea un profesorado de segundo orden, no me parece respetuoso con respecto a los alumnos de las escuelas secundarias, que alguien se forme como licenciado y como profesor al mismo tiempo. Entonces vamos a sacar el profesorado el año que viene, lo vamos a discutir, con sus especificidades, pero no podemos sacarle quince materias a la licenciatura para poner las quince materias en pedagogía. Esas son las explicaciones de por qué esta es una licenciatura con un claro perfil de investigador, no voy a discutir, ustedes lo saben, hace 5 años que estoy acá. Tenemos la posibilidad de hacerlo, tenemos los colegas precisamente que están dispuestos a colaborar, el equipo docente sigue abierto, estamos abiertos. Cuando les digo que hay cinco, cinco y cinco y no, cinco, cinco y cuatro, pero no importa, es lo mismo. Quiere decir que esto es expresión de una política institucional, la maestría en historia conceptual que yo dirijo, es una maestría en la cual trabaja Ariel Wilkis y Alexandre Roig del IDAES, y estamos trabajando en ciencias sociales e historia juntos. Es decir, no son cátedras, nadie se apropió de nada, hay tres o cuatro docentes por cada materia, y además todos los docentes tienen tres obligaciones, perdón cuatro: enseñar, investigar, ser tutores de uno o más estudiantes, los cursos son colectivos y el seguimiento va a ser individual, y cuarto, participar de seminarios de estudios avanzados porque es el lugar de discusión de la cátedra que vamos a analizar entre todos.

Juan Suriano:

–Perdón, yo no pedí explicaciones. Respeto plenamente.

Claudio Ingerflom:

–No, las explicaciones eran para la gente...



Juan Suriano:

–Está bien, pero las discusiones que hacemos sobre cómo hacemos de aquí en adelante para articular, cómo pensar en conjunto el grado y el posgrado, de cualquier modo ya existen, ya está armado de una forma determinada. Es mi perfil y eso debe respetarse. Pero hay una actividad en conjunto. Yo no estaba pidiendo una respuesta inmediata, ni mucho menos que expliques, yo lo respeto plenamente el entusiasmo, pero me parecía que de aquí en adelante era una discusión interesante.

Claudio Ingerflom:

–Sobre el posgrado.

Juan Suriano:

–Sí, plenamente. Perdoname, pero el posgrado estaba antes. Ninguno de ustedes estaba acá cuando armamos el posgrado.

Claudio Ingerflom:

–Sí, yo si estaba acá.

Juan Suriano:

–Yo no estoy diciendo cómo se armó o no se armó el grado, estoy pensando cómo miramos de aquí para adelante. Si lo queremos hacer, lo hacemos; sino, seguimos cada uno por su lado. Simplemente lo pienso.

Marina Franco:

–Perdón, no quisiera interrumpir la conversación, pero por cuestiones de horario ya deberíamos dar por cerrada la jornada.

NOTA de los EDITORES: Por imprevistos técnicos ajenos a la voluntad de los organizadores, las mesas llevadas a cabo el día 24 de septiembre de 2015, referidas a los vínculos entre Historia y Ciencias Sociales, así como a la Historia en la esfera pública, no han podido ser registradas. Por tal razón, lamentamos su ausencia en estas memorias.



Inauguración de la exposición *La mayor catástrofe de la historia de la humanidad. América Latina y la Primera Guerra Mundial.*

Ibero Amerikanisches Institut-UNSAM

Gastón Olivera:

–Bienvenidos a todos. Es un gusto, un honor, poder estar presentando esta exposición aquí en la UNSAM, en el edificio de ciencias sociales. Se trata de un proyecto que se preparó el año pasado para conmemorar el centenario del inicio del conflicto, en el marco de un congreso de historia, y que se exhibió en la biblioteca del Instituto Iberoamericano de Berlín. La muestra fue confeccionada por un grupo de investigadores y coordinada por Stefan Rinke, quienes dedicaron a su preparación un semestre. Se elaboraron estos paneles que problematizan, desde la cátedra de América Latina de la Universidad Libre de Berlín, la Primera Guerra Mundial desde un escenario distinto al habitual, sobre todo para la Europa de ese momento, para generar otras lecturas de este conflicto en clave transnacional. Como van a ver ustedes, hay paneles que tratan de ver la guerra en su dimensión global. Básicamente, quiero agradecer a Juan por haber aceptado esta exposición y haberse interesado, así como a Luciana Anapios, que fue la encargada de mediar y realizar todas las gestiones para que se lleve a cabo este evento. El encargado de presentar el escenario histórico es el señor Fernando Devoto.

Fernando Devoto:

–Nunca en mi vida había presentado una muestra, es la primera vez. Creo que hay que darse todos los gustos mientras que uno pueda, pero no sé bien cómo se hace, eso es lo que quiero decir.

Una primera consideración, tenemos una superstición y son los números tontos (cincuentenario, centenario). Ocurren acontecimientos en el pasado que luego son un motivo, sobre todo para los investigadores, de obtener fondos para hacer cosas. En algunos casos, los acontecimientos que ellos recuerdan son relevantes, en otros son menos relevantes. Aun en los casos más destacables, tendemos a subrayar aún más ese papel porque es inherente al género. Entonces, creo que una de las consecuencias de este centenario en los países de América Latina y también en España, ha sido una producción bastante importante de trabajos sobre el papel o el lugar de América Latina en la Primera Guerra Mundial. Yo diría que esas miradas, que de algún modo esta exposición refleja, pueden ser pensadas desde dos o tres ejes problemáticos.

El primero es América Latina y la Primera Guerra Mundial. Efectivamente ¿la Primera Guerra Mundial puede ser pensada como un impacto más o menos homogéneo sobre el continente? Yo diría que no. Considero que hay distintas realidades, muy diferentes, que tienen que ver con el tipo de vinculación, mayor o menor, que los países latinoamericanos tenían con el mundo europeo, en el nivel de las ideas, el económico y según su ubicación geográfica. Entonces, si uno quisiera decir algo, que es de todas



maneras esquemático, podría afirmar que los dos lugares de América Latina en los cuales la Primera Guerra Mundial tiene un impacto fuerte, al menos durante la guerra, son por un lado Argentina y por otro México. ¿Por qué Argentina? Porque Argentina es, en términos comparativos con otros países de latinoamericanos, el país más integrado a la economía europea. ¿Por qué México? Porque tiene una ubicación estratégica y va a ser, si bien curiosamente se encuentra ausente aquí en la exposición, o en lo que hemos y he visto de la misma, el escenario de aquel episodio que es considerado como el más decisivo del lugar, de América Latina, en la primera guerra, el referido al famoso telegrama Zimmermann, que es, como saben los colegas, un intento de Alemania de establecer una alianza con México, para que éste cree un frente en el sur de los Estados Unidos con ánimo de recuperar los territorios perdidos en el siglo XIX.

Asimismo, es visible en el caso mexicano que la importancia de la Primera Guerra Mundial tiene que ver con el desarrollo de la revolución mexicana, donde podríamos nombrar, existe un debate al respecto, la guerra civil en México durante la revolución y la discusión en torno de la importancia del lugar de las potencias beligerantes en el desarrollo de la revolución. Hay quienes, como por ejemplo Javier García Diego, han insistido mucho sobre este tema, señalando que finalmente el resultado de la revolución está en buena parte influido por el papel, sobre todo de los Estados Unidos, en relación con las distintas figuras políticas mexicanas. Recordemos que en el mismo momento en que empieza la Primera Guerra Mundial cae Huerta en México y la coalición Carranza, Obregón, Villa, entre otros, da lugar a una nueva fase en la revolución. Luego la figura de Carranza, según algunos, será vista como germanófila, quien después de su caída será sustituido por Obregón, líder que al final de la revolución habría tenido, según ciertas lecturas, una postura de apoyo a los norteamericanos.

Entonces ahí tenemos un escenario en el cual la guerra afecta la vida política, hasta en el caso de la expedición norteamericana de Pancho Villa en la región de Columbus, sobre la que algunas ideas, un poco conspirativas, indican que lo que da lugar a esa intervención habría sido una sugerencia incentivada por agentes alemanes. Es una cuestión en debate. Pero en cualquier caso, yo diría que el caso americano nos muestra una paradoja, porque la mayoría de los mexicanos corrientes no se enteraron de la guerra, así como gran parte de los latinoamericanos. Me refiero a esas personas de las cuales nunca sabemos nada, porque siempre sabemos mucho de los intelectuales, que hablan y escriben, pero sobre las personas corrientes podemos simplemente conjeturar, ya que no sabemos en general, y sobre todo en las áreas rurales, si hubo un vínculo con lo que pasaba en Europa, sobre todo el frente europeo, o si ese vínculo fue casi inexistente. En cambio, la política mexicana aparece fuertemente influida, también en parte la política cubana, pues durante el desarrollo de la guerra hubo un conflicto civil, una guerra civil entre liberales y conservadores, durante el cual este enfrentamiento se fue a entrelazar con el mundo europeo.

Distinta es la cuestión del sur, donde creo que el punto de partida de cualquier reflexión, está planteado en algunos paneles, es el tema económico. Sobre la economía de México durante la guerra civil sabemos relativamente poco. Solo para poner un ejemplo, el gran constructor de estadísticas históricas, un poco



fabuladoras, que se llama Madison, no ha reconstruido las de México durante la guerra civil, ni siquiera con la aproximación que Madison utilizaba para reconstruir esos años, y ahí sabemos poco, yo sé poco, mejor dicho. Entonces, en lo que nosotros vemos un rasgo común es en que la guerra afecta tres dimensiones de la vida económica de los países latinoamericanos, en distinto grado. El primero es el fin del flujo de capitales, el segundo es la caída abrupta de las importaciones y el tercero la perturbación del comercio internacional, sobre todo a partir de 1917.

Estas tres cuestiones no afectan a todos los países del mismo modo. Por ejemplo, creo que hay un caso virtuoso, que es el de Perú. Sus exportaciones tiran mucho durante la guerra, sobre todo las de algodón, azúcar y cobre. Es uno de los pocos países del que se puede decir que durante los años de la guerra su situación es relativamente holgada. Un país que sufre mucho es Brasil, porque siempre en casos de crisis el café, su principal producto de exportación, es un artículo que paga ante una caída de los precios, mientras el caso argentino es un caso bastante complejo.

Entonces yo diría impacto sobre la economía. No es por reivindicar algo que ha pasado de moda, que es la historia económica, sino porque el impacto sobre la economía efectivamente tiene un impacto sobre las personas, supieran o no que había un conflicto en Europa. ¿Y dónde se ve ese efecto? Se ve en una caída de la actividad económica. Pensemos en el caso argentino, donde el PBI, si bien hay distintos modos de medirlo, cae alrededor de un veinticinco por ciento entre 1914-1917, produciendo una de las mayores crisis de la economía en el siglo XX, el país tuvo varios episodios críticos en ese tiempo. Esto afectó en el nivel de vida de las personas. Los datos, Juan podría decirlos mucho mejor que yo, pero sabemos que el salario real cae aproximadamente un tercio, que la desocupación se triplica, y este escenario se da, con mayor o menor fuerza en todos los países latinoamericanos. Este proceso se hace emblemático en grandes conflictos sociales, como la huelga de los obreros en San Pablo en el 1917 y la semana trágica en Buenos Aires. Entonces lo que tenemos es un impacto notorio sobre la sociedad, donde las personas viven peor, pierden sus trabajos y todo esto genera una consecuencia, un costo que no se compara desde luego, con el costo de las vidas humanas que se pierden en Europa.

Hay una imagen muy optimista, respecto de América Latina como un lugar de prosperidad o de felicidad, una especie de paisaje agrario confrontado con el europeo, que es y no es tal. Es decir, el impacto social y en algunos casos el efecto sobre el sistema político. No sabemos bien, como tampoco cuánto influyó la guerra sobre la vida corriente de las personas, ni si la economía siempre influye sobre la decisión de las personas. En este punto nunca se ha pensado, no tengo una respuesta para eso, pero el triunfo de Irigoyen en el 1916 fue, como ustedes saben, bastante estrecho, habría que pensar si esa pequeña luz que Irigoyen logra contra los conservadores no está relacionada con la crisis económica que va del 1914 al 1916 en Argentina, la cual habría afectado al gobierno conservador en el poder. Lo cierto es que si afectó a los conservadores no afectó a Irigoyen.

Aquí tenemos otra dimensión del conflicto, que no tiene que ver con las personas corrientes y las clases populares, si no con el mundo de la opinión pública, y ahí tenemos ciertamente lo que me gustaría llamar una guerra de papel. Es decir, una guerra visible en los periódicos, tampoco tanto. Si uno vuelve a mirar



los periódicos de esos años, salvo los periódicos de comunidades, *La Nación* y *La Prensa* tienen las noticias de la guerra en las páginas tres, cuatro o cinco, mezcladas con las noticias sobre las carreras de caballos, que tenían bastante importancia en los diarios en ese entonces, y otra serie de cosas. Cuando se ha hablado por ejemplo, para el caso de España, de una especie de virtual guerra civil, aquí no hay otra cosa. Hay debates intelectuales, pero esos debates no remiten a la experiencia de la guerra, sino que hacen referencia a la representación de esa experiencia.

Aquí la imagen de la guerra es una imagen narrada, a través de cartas de inmigrantes, de los periódicos, de los oradores, pero en estas imágenes no chorrea la sangre, como sí chorrea en la experiencia cotidiana de los europeos. Esto hace una diferencia importante acerca del impacto de la guerra, porque afecta en el debate de ideas, la vida económica, produce efectos sociales, pero es muy reducida su incidencia en la experiencia cotidiana de las personas. Esto puede matizarse en aquellos países donde existían grandes comunidades de inmigrantes, el caso más emblemático es la Argentina, donde la guerra fue algo más cercana. ¿Por qué? Primero porque muchos inmigrantes fueron a pelear, en muchos casos obligados. Hay referencias de que la nacionalidad podía hacer perder el empleo en las famosas listas negras. Asimismo, una persona podía perder su trabajo en las instituciones comunitarias sino se enrolaba al recibir una citación, o sea que hubo mucha presión para enrolarse, y en la Argentina alrededor de 50.000 personas participaron en la guerra. En la muestra hay un caso de un hijo de franceses, los franceses son uno de los grupos cuya segunda generación tuvo una presencia mayor de personas que participaron y luego se desilusionaron con el conflicto.

Entonces ahí donde tenemos comunidades de inmigrantes, la guerra impactaba en mayor medida. Hay que recordar que en Argentina alrededor del dieciséis por ciento de la población pertenecía a países beligerantes, un porcentaje verdaderamente elevado. Ahí donde ocurría esto, evidentemente la guerra tenía un impacto más cercano, no era un debate de intelectuales siempre un poco veleidosos. Me gusta poner el ejemplo de Leopoldo Lugones, que ya venía proclamando la necesidad regeneradora de la guerra y cuando llegó agosto de 1914 él estaba en Europa y se vino a la Argentina para hablar con estudiantes y otros grupos acerca de la guerra, pero no se quedó. Pero no me refiero a eso sino a aquellas personas que tenían sus familiares allá y para quienes los lazos, las posibilidades de reencuentro se habían cortado, porque como saben, la guerra había perturbado fuertemente la inmigración y la emigración. En ese contexto yo diría, para no hacer esto demasiado largo, entre otras cosas porque no puedo estar parado mucho tiempo, eso los salva, que hay distintas posiciones entre aquellos de los que podemos registrar opiniones que generalmente han sido divididas, como las que están en la muestra, entre germanófilos y aliadófilos, y creo que hay una tercera categoría, la de los neutralistas. No quisiera proyectarme sobre los debates con relación a la segunda, pero acá efectivamente existieron los neutralistas. En Argentina tenemos un ejemplo ideal en la figura de Hipólito Irigoyen, hombre sensato si los había. Ante los parlamentarios que lo van a visitar en el 1917 para pedirle que rompa las relaciones con Alemania, con los imperios centrales ¿qué dice Irigoyen? “¿Ustedes van a ir a pelear?” un silencio general. Hablar era muy fácil, pero irse a la guerra era más complicado. Si la



guerra tenía alguna perspectiva, en la Argentina se dice que era mayoritariamente aliadófila. Tal vez, pero en las elecciones de 1918, que es la única encuesta que tenemos sobre las personas, Yrigoyen gana con casi el cincuenta por ciento de los votos, siendo un solitario defensor de la neutralidad. Por ello yo diría germanistas, aliadófilos y neutralistas.

El último punto y no menor, que la guerra mostró efectivamente la vulnerabilidad de las economías latinoamericanas, sobre todo las economías más integradas. Generó discursos acerca de la necesidad de lo que hoy podríamos llamar “otro modelo de desarrollo”. Esto fue fuerte por ejemplo en Brasil, donde de todas maneras, hay discusiones sobre este tema. La idea es que este modelo, dependiente del comercio internacional, el capital extranjero y la exportación de bienes primarios era un modelo muy frágil. Ahora algo curioso es, si se quiere, hay algunas imágenes muy bonitas. Estos países, aquellos que eran considerados estratégicos, fueron sometidos a una intensa presión por parte de las potencias beligerantes y sobre todo, en el caso argentino, por Inglaterra en mayor medida que Estados Unidos. El ministro de relaciones exteriores de Victorino de la Plaza, un insospechable conservador que se llamaba Murature, dijo –por los ingleses– que “nos tratan como la inquisición”, para mostrar el grado de presión que hubo sobre los distintos gobiernos latinoamericanos en torno a intervenir en la guerra, así como respecto a perseguir los intereses de las economías de los países del bando contrario. Quiero señalar de todas maneras, que los intereses económicos no siempre van de acuerdo con los políticos, y que acá la guerra entre los grandes grupos económicos fue una guerra de todos contra todos, no solo entre empresas de países germanófilos y países aliadófilos, sino una guerra económica entre ingleses y norteamericanos, ingleses y franceses. Esto demostró que no se soldaban exactamente las lógicas políticas con las lógicas económicas.

En cualquier caso, ¿obtuvo una lección América Latina? Siempre es fácil que el historiador mire luego y diga: “no aprendieron la lección correspondiente”. Es evidente que hubo una lección en el ámbito cultural, con el desarrollo de un nacionalismo cultural. También se produjo la emergencia de algún nacionalismo político. Sin embargo, en términos económicos, América Latina compartió la creencia de los países europeos de que luego de la guerra se retornaba a la normalidad, a la situación de la preguerra, es decir los años 1920. Solo cuando una nueva crisis, la del 1930, afecte de manera decisiva el modelo de inserción en la economía mundial de la región, como productores de bienes primarios, se van a entender todas las consecuencias. Estas habría que discutir las, Cristina que debe saber más que yo.

Lo que ocurre con esta industrialización paulista, en realidad el punto de arranque viene de un poco antes, si la guerra lo acelera o no lo acelera podría ser un ejemplo diferente. En el caso argentino todos creen que se puede volver a la situación privilegiada que existía por los términos de intercambio y, efectivamente, son buenos al terminar la guerra. Un panorama que de algún modo está presente en las imágenes de esta muestra, que es una exposición que tiene un signo de los tiempos. Yo lo que empezaba a encontrar en las fotos horripilantes sobre la Primera Guerra Mundial y lo que encuentro, son caricaturas. Sé que hay algunas películas también que van a estar expuestas, me dijo Luciana en los próximos días, pero temo que si esas películas son documentales, tengan el mismo déficit que tenía la



fotografía entonces. Cuando uno mira las fotos en los diarios percibe que eran muy lavadas y probablemente los documentales sujetos a la censura de guerra también ellos llevan algo, algo que alejaba de la experiencia de las personas la potencia de la imagen que hoy en día tenemos ante acontecimientos que ocurren en otros contextos.

En fin, para los contemporáneos aquí, la guerra fue un episodio, en mi lectura no fue un episodio decisivo, como si lo fue para el contexto finalmente, más allá de los diez, veinte o treinta millones de muertos, los que sean. Recordar, de todas maneras, que en México hubo un millón de muertos en la guerra de la Revolución, sobre quince millones de habitantes. Los franceses tuvieron dos millones de muertos en la guerra sobre cuarenta millones de habitantes, por lo que el impacto es mucho mayor en el caso del fenómeno al cual le prestamos menos atención, que es la Revolución mexicana. Más allá de ello, creo que la guerra fue concebida, al menos por la clase dirigente, como un rayo en un día de sol. Luego de transcurrido, todo podía volver a la normalidad, no necesariamente para las clases populares, porque otro de los efectos de la guerra fueron, están Mirta y Juan que saben mucho más del tema, la liga patética argentina, la represión de la Semana Trágica, la Liga de Defensa Nacional en Brasil. Pero estos eventos eran hijos de la Revolución Rusa. Finalmente, si la Segunda Guerra Mundial fue decisiva, más allá de la experiencia concreta de las personas, la Primera Guerra mundial fue decisiva por lo que emergió de ella, que fue la Revolución Rusa y los fascismos, al menos el italiano y Primo de Rivera en España. Es decir, un mundo nuevo al que se alude aquí también, como la crisis de una civilización, crisis de la civilización que sin embargo, en Argentina por lo menos, tardó un poco más en morir.

Gastón Olivera:

–Muchas gracias por la presentación. Esta muestra originariamente pensada para Berlín, salió de gira imprevistamente, se presentó en otras ciudades de Alemania y en Costa Rica, por lo que se trata de la segunda vez que se encuentra fuera de Alemania y de Europa, por lo cual la idea es no importarla acriticamente, sino generar lecturas como la que acaba de hacer Fernando. Invitamos a todos ustedes a producir sus propias lecturas de la muestra, críticas o de acompañamiento.

Fernando Devoto:

–Hay un papel sobre Gardel, como ustedes saben Hernán Otero mostró que el famoso mito uruguayo de Gardel deriva de que para eludir el enrolamiento se hizo falsificar una partida de nacimiento en Tacuarembó, con perdón de los amigos uruguayos si hay alguno. No está dicho hoy, está dicho solamente que publicó un tango, el tango sí, pero ir a pelear.